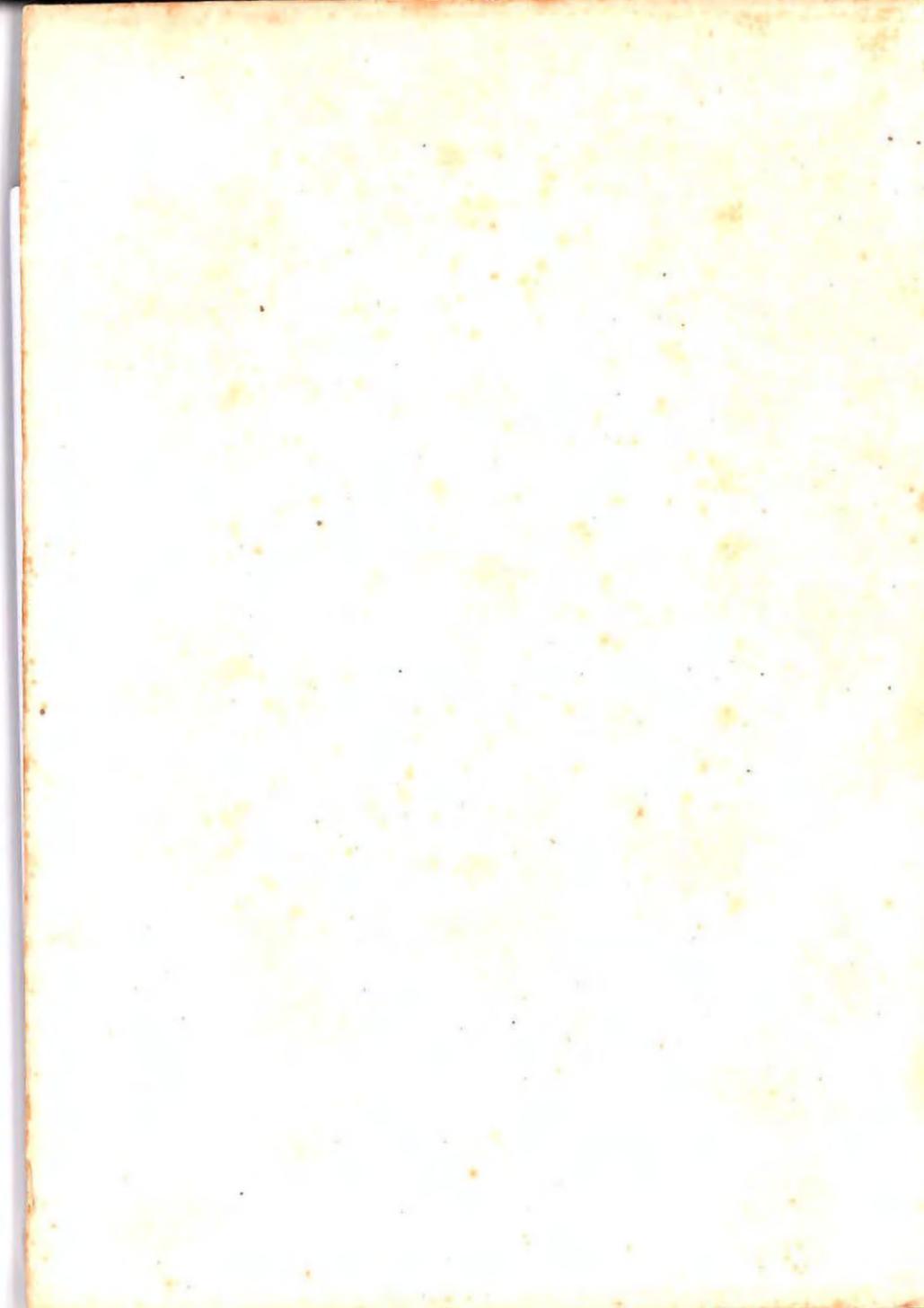




# UN MARQUES MODELO

El segundo Marqués de Comillas

por el P. Eduardo F. Regatillo, S. I.



C 30735

206

algunos  
manchados  
1950

Ed. J.  
Hernandez

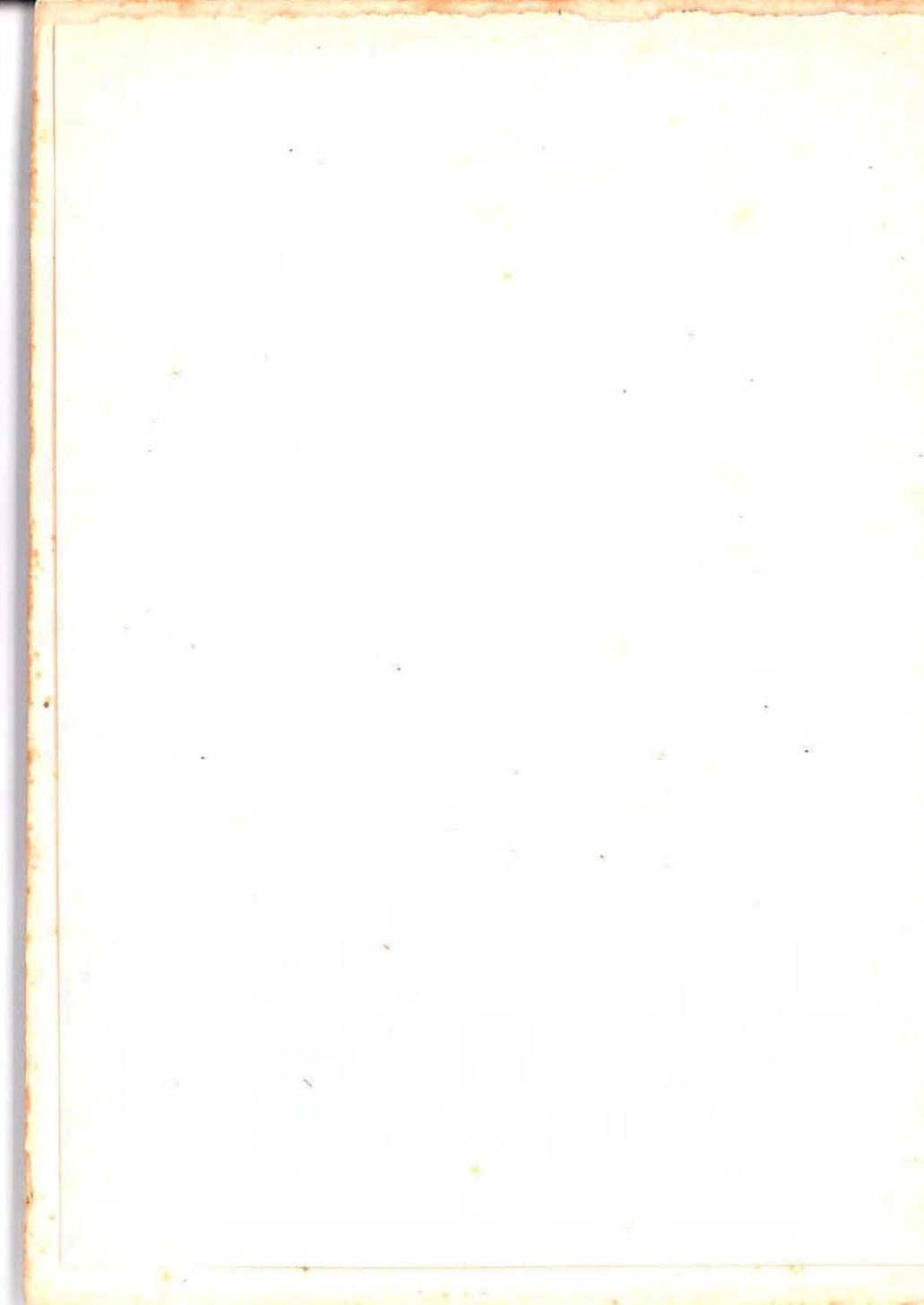
UN MARQUES MODELO

---

EL SIERVO DE DIOS

CLAUDIO LOPEZ BRU

SEGUNDO MARQUES DE COMILLAS



# UN MARQUES MODELO

---

EL SIERVO DE DIOS

CLAUDIO LOPEZ BRU

SEGUNDO MARQUES DE COMILLAS

POR EL

P. EDUARDO F. REGATILLO, S. I.

POSTULADOR DE LA CAUSA DE SU BEATIFICACION

*Nihil obstat.*

DR. FRANCISCUS PAJARES  
Censor.

*Imprimi potest.*

VIRGILIUS REVUELTA, S. I.  
Praep. Prov. Legionen.

*Imprimatur.*

Santanderii, 1 Maji 1950.

† JOSEPHUS, EPISCOPUS SANTANDERIENSIS.

---

Tall. Tip. J. MARTÍNEZ, S. L. Cisneros, 13. Santander.

## PRÓLOGO

---

*El 15 de noviembre de 1948 el Postulador de la causa de beatificación del Siervo de Dios, Marqués de Comillas, entregaba en Roma a la Sagrada Congregación de Ritos los procesos diocesanos practicados en España durante cuatro años; en orden a conseguir que el Sumo Pontífice decretase el honor de los altares al que ya en vida se llamó el Marqués humilde de la caridad.*

*Sabemos que la primera impresión producida en Roma ha sido tan excelente que se proponen llevar con rapidez los procesos, dada la importancia de la causa.*

*A la verdad es causa única entre el millar de causas que obran en la S. Congregación de Ritos, por la calidad de la persona de que se trata. Por eso no dudamos de que el Papa ha de tener empeño en sublimar a los altares a tan eximio modelo del mundo moderno, como personaje de la Nobleza, del negocio, de la familia, de la Acción Social, de la Acción Católica; en una palabra, como el ejemplar acabado del caballero, del patriota y del cristiano.*

*Mas el Papa no le pondrá en los altares, mientras el Siervo de Dios no obre verdaderos milagros, reconocidos como tales por la Santa Sede; y para esto es preciso que los fieles conozcan sus insignes virtudes y le invoquen con la más viva fe, a fin de conseguir del cielo por su intercesión*

*toda suerte de gracias y milagros verdaderos, que son el sello con que Dios refrenda la santidad de sus Siervos.*

*A este fin se encamina este compendio de la vida del Marqués de Comillas, remitiendo a los lectores, que deseen tener un conocimiento más amplio de ella, a la preciosa obra del P. CONSTANTINO BAYLE, El Segundo Marqués de Comillas, que a su tiempo verá la segunda edición.*

*Huelga decir que los datos que aquí consignamos están tomados de fuentes puras, y ofrecen todas las garantías de veracidad. Hemos procurado reproducirlos con la mayor sencillez, y a ser posible con las mismas palabras con que salieron de la fuente; convencidos de que cuando las cosas son en sí mismas grandes e interesantes, no necesitan atavíos que las adornen y den interés; sino al contrario más mueven e interesan descritas en su nativa espontaneidad.*

## CAPÍTULO I

### En la aurora de la vida

La *Casa Comillas* surgió de la nada. Allí donde hoy se levanta el magnífico palacio de Sobrellano, ocultábase una casita montañesa, solar del Marqués primero. Su madre vivía en tanta pobreza, que se la veía llamar a las puertas de la familia Trassierra con su delantal de humilde aldeana y su pañuelito a la cabeza, implorando un poco de sopa en un puchero o escudilla de barro.

A esta pobre mujer, viuda desde muy joven, llamábanla sus comadres *La Condesa*, tal vez por su segundo apellido *Conde*; pero a la verdad, que con su pobreza contrastaba la nobleza de su alma.

El Marqués primero, D. Antonio López, heredó de su madre la pobreza con la grandeza de su alma.

A los 14 años, sin más letras que las aprendidas en el vecino barrio de Travía, el hijo de la *Condesa* corrió a probar fortuna en Andalucía; acomodándose en Lebrija, de dependiente con un pariente suyo que tenía *tienda de montañés*; o sea, ventorro y figón en una pieza.

Mas aquella tienda ahogaba su ancho corazón; y un día, sin consultarlo con nadie, tomó la carretera, y se presentó en Cádiz. Su buena ventura le deparó no sé qué servicio en un barco de vela, que le transportó a La Habana, donde pronto halló amo en una tienda de comestibles.

Allí trabó amistad con otro dependiente asturiano de la tienda vecina, Manuel Calvo, vivo y despierto como él. Cuando los dos mozos hubieron ahorrado algunos miles de pesos, se le ocurrió a Antonio probar la suerte de *trabajar por cuenta propia*. Compraron harinas; y en un patache que fletaron, el hijo de la Condesa llevó su mercancía a Santiago de Cuba, y al poco tiempo pudo presentar al socio una cartera abultada con las ganancias.

Ganados los primeros miles de duros, todo fué camino llano a su genio prodigioso de negociante. Abrió nuevos negocios, que prosperaron. Desde 1845 va y viene de Cuba a la Península, hasta que en 1856 se estableció definitivamente en Barcelona. Al año siguiente adquiere el primer vapor de su flota, que se llamó al principio *Compañía López*, y después la *Trasatlántica*.

Siguieron otras empresas financieras, florecientes.

Sobre las riquezas vinieron los honores. En 1878 le nombraba Alfonso XII *Marqués de Comillas*. Pocos años después le confería la *Grandeza de España*.

Así llegó D. Antonio a la cima de la grandeza humana.

Nosotros, los niños, le queríamos mucho, dice el anciano Sr. Abarrategui, de Comillas; estábamos suspirando por su llegada, porque hasta que él no llegase no nos daban las vacaciones del verano. El había de asistir a los exámenes en la escuela, juntamente con el párroco, el alcalde y el maestro; y nos hacía preguntas. Al día siguiente comenzaban las vacaciones. Nos llenaba de regalos.

Es lamentable que para denigrar su nombre se haya echado a volar el rumor de *negrero*, que hizo su fortuna con el odioso mercado de negros. El verdadero origen de su fortuna es el que queda referido, tal como solía contarle el propio Manuel Calvo. Ciertamente que en sus inge-

nios de Cuba tenía ocupados esclavos negros, en aquella época en que todavía las leyes no habían desterrado la esclavitud en las naciones, hoy abolida en los pueblos cultos; pero con sus esclavos era, más que patrono sin entrañas, padre cariñoso y cristiano. ¡Ojalá todos los amos y patronos de hoy se portaran con sus criados y obreros tan paternalmente como el primer Marqués de Comillas con sus esclavos!

Sobre la abolición de la esclavitud en Cuba, colonia española entonces, presentó a las Cortes un proyecto de ley el Presidente del Gobierno, General Martínez Campos, en 1879; pero tan desfavorable acogida tuvo en las Cámaras, que produjo la caída del Jefe del Gobierno. Su sucesor, Cánovas, con no pocas dificultades, sacó adelante la ley del 13 de febrero de 1880, que abolió la esclavitud en la *Perla de las Antillas*. La abolición había de realizarse por cuartas partes de los esclavos que tuviese el patrono, comenzando al terminar el quinto año de la ley, y cesando definitivamente al concluir el año octavo.

Es decir, que hasta 1889 no quedó totalmente abolida la esclavitud en Cuba.

A la vista tengo la relación manuscrita de la segunda Marquesa, en la que dice cuánto se ocupaba él de la moralidad de sus esclavos negros, «haciendo legalizar uniones ilegítimas, y ocupándose de que recibieran los sacramentos, cuando el cólera, que hubo en Cuba, diezmaba sus servidores, cuidándolos personalmente».

La fe que sacó arraigada de su casa no se amortiguó jamás. Buena prueba de ello es la tiernísima carta que el 10 de febrero de 1860 escribió a su esposa por mano ajena, a bordo del *América*, desde Tetuán, cuando atacado él mismo del cólera se sentía morir.

«Querida de mi alma: Si, como es probable, recibes esta después de haberme perdido, sírvate de consuelo,

primero que absolutamente no he carecido de ningún consuelo espiritual ni temporal... Muero lleno de amor por tí y por esos cuatro hijos, y mi último pensamiento será pedir a Dios perdón por mis faltas, felicidad para tí y para tus hijos... Te encargo que des quinientos duros a los pobres... Mil misas de a diez reales cada una...»

Otra prueba de su religiosidad fué la iniciativa suya, única en la historia de la navegación comercial moderna, de poner capellanes en sus barcos; y la esbelta capilla-panteón de familia que levantó en su villa natal, antes que el palacio, con su capellanía de misa diaria; y la *obra pía* en favor de su pueblo; y sobre todo la fundación del Seminario de Comillas, por él iniciado.

Tal fué el padre de D. Claudio. Su madre, Dña. Luisa, hija de un comerciante catalán establecido en Santiago de Cuba, era señora de acendrada piedad. Por la línea materna estaba el Siervo de Dios emparentado con Santa Juana Francisca Fremiot de Chantal, Fundadora de las monjas Salesas.

Dios bendijo aquel matrimonio con cuatro hijos, el menor de los cuales fué Claudio. Cuando él estaba en el seno materno, su piadosa madre pedía devotamente la bendición a San Antonio Claret, entonces Arzobispo de Santiago, para aquel hijo que iba a nacer; a las bendiciones del santo Prelado, atribuía ella la santidad que años más tarde admiró en su hijo.

La peste del cólera, que en aquella región se desarrolló, obligó a D. Antonio a enviar a su esposa con sus tres hijos pequeñitos, y el nonnato Claudio, a España; el cual vino a nacer en Barcelona, el 14 de mayo de 1853.

Educólos su madre en toda piedad. Los días de fiesta, nos atestiguó su nonagenaria doncella Tomasa, llevábalos a confesar y comulgar en la *misa pequeña*, y luego iban a la misa mayor a la parroquia.

Cuando decimos que D. Claudio tuvo fama de *Santo*, no queremos significar un hombre ideal, sin mancha ni lunar, cual no ha existido en el mundo; y cuales sin embargo, se empeñan en presentarlos muchas veces los escritores de vidas de Santos.

No, Claudio, fué niño, con sus defectos de niño; joven, con algunas faltas de joven; hombre de edad madura, con sus pequeñas tachas. Pero esas deficiencias propias de la fragilidad humana, que aun los más grandes Santos las han tenido, ¡cuán pocas, cuán pequeñas, cuán lloradas fueron y cuán compensadas con las más heróicas virtudes!

¡Con qué viveza y espontaneidad nos describe su esposa los primeros años de Claudio en Comillas!

«Compañeros inseparables él y su hermano Antonio de Joaquín de Piélagos... parece que hacían mil diabluras de chicos, bañándose en el muelle a todas horas, desmandándose por las huertas con la fruta, y haciendo unas deudas de caramelos en la confitería del pueblo, y algunas otras travesuras.»

«Alarmada Dña. Luisa... contó a D. Antonio todas las faltas de Antonio y Claudio; y D. Antonio, después de fuerte reprimenda, enarboló un látigo y dió unos cuantos latigazos a sus hijos. La nobleza de los dos hermanos, que se querían entrañablemente, poniéndose uno delante de otro para recibir los golpes en lugar de su hermano, lo desarmó. El, D. Antonio lo recordaba muchos años después con lágrimas en los ojos; y Claudio dijo siempre que era la mayor prueba de cariño que había recibido de su padre. ¡Lo que le costaría hacerlo, decía, con lo cariñoso que era!»

«De esta época es la que llamaba Claudio *su conversión*.»

Gustábanle, como a todos los chicos, el juego, las cometas, los títeres; y más tarde, ya joven, añoraba aquellas infantiles diversiones. Cuando le nació el primer sobrino, se regocijaba al recuerdo de los días de su infancia, que iban a renovarse en su casa: «¡Qué satisfecha estarás, escribe a su madre desde Burdeos, 21 jun. 1875, con un nieto comillano! Ese picarón nos va a hacer la concurrencia. Pero no, en tu corazón hay sitio para todos. Por mi parte ya me estoy preparando para jugar al toro, hacer cometas, ejercicio, y todo lo que se le antoje al montañesuco...»

Refiere su esposa este rasgo tiernísimo de la infancia de Claudio: Siendo él niño le llevo consigo su padre a casa del Marqués de Salamanca, que entonces era la primera fortuna y el primer prestigio financiero de España; y al salir de aquel suntuoso palacio, le preguntó D. Antonio.—A tí te gustaría ser hijo de Salamanca ¿verdad?— Claudio se echó a llorar. Era una ofensa a su alma delicada pensar siquiera que pudiera él preferir padre alguno en el mundo al padre que Dios le había dado, a quien amaba *con pasión*, según expresión de la misma Marquesa.

Una institutriz inglesa dió a los dos hermanos lecciones de francés e inglés. Asistieron ambos a un colegio de párvulos «con boina y tirabuzones, las piernas al aire y la cartera a la espalda», según se describe a sí mismo Claudio.

Para el bachillerato tenían profesores en casa. En el aprovechamiento hubo de todo. «Recuerdo, dice Claudio, que en aquellos días de latín y de correa, solía exclamar muy a menudo el pobre Sr. Figueras, al ver que ni por casualidad sabíamos nunca los dos la lección en el mismo día: «*Cuando pitos flautas, cuando flautas pitos.*» Al Dibujo tenía afición y habilidad, según lo prueban los apuntes que gustaba de trazar en sus viajes, y el diseño del

futuro palacio de Comillas que le encargó su mismo padre. En Música no debió de pasar de los rudimentos desabridos, pues a los 22 años escribía a su hermano: «Anoche fuimos al Real; cantaron *El Barbero* muy bien. Empiezo a saborear la música, parece mentira.» En el arte del Baile ni llegó a una medianía. Conversando la Reina con la Marquesa, se mostraba muy satisfecha de haber hallado para las infantitas un maestro de baile muy habilidoso, llamado Moragas. Al oírlo la Marquesa no pudo reprimir la sonrisa.—¿Por qué se sonríe?—Porque ése fué el profesor de Claudio..., y el discípulo no sabe bailar.

\* \* \*

De 1869 a 1873 cursaron ambos hermanos la carrera de Derecho en la Universidad de Barcelona, al principio como alumnos oficiales; después medio desterrado su padre a Tolosa de Francia por andanzas antirrepublicanas, venían a examinarse a la ciudad condal. Poseemos el certificado de estudios de Claudio; sus notas no pasan de la medianía. Pero mejor estudiante él que su hermano, camino de la Universidad le iba explicando la lección. Y ¡rasgo picaresco de amor fraternal!: para evitarle el bochorno de que el profesor le cogiese en blanco, cuando éste dejaba asomar a sus labios el amenazante: *Sr. López Bru*, ya acompañase al apellido el nombre de *Claudio*, ya el de *Antonio*, siempre se levantaba y respondía Claudio, cambiándose de puesto con ligereza de ardilla, y favoreciendo al ingenioso engaño el gran parecido de los dos hermanos.

El 17 de junio del 73 D. Antonio escribía a su esposa: «En el momento que se presentó Claudio diciéndome que era abogado, te lo avisé por telégrafo, para no retardarte un momento la satisfacción que vas a recibir. Tam-

bién me dicen que hizo un examen brillante, y lo creo. Dios nos está colmando de toda clase de felicidades.»

Claudio se apresuró a comunicarlo a su madre en tonos más modestos: «Somos dos abogados de gran toga y birrete, ya que no de gran ciencia.»

Quizás para aquella ocasión compuso un estudio histórico-canónico sobre los *vicios que en su origen y desarrollo presenta la Iglesia Oriental*. Estaba magníficamente trabajado, e indicaba conocimientos no vulgares de historia eclesiástica.

Su afición a la literatura era decidida. Si los negocios no le hubiesen impedido tajar bien su pluma y pulir sus facultades literarias, hubiese resultado un buen escritor. Los primeros ensayos son ya de bríos. En las vacaciones de 1870 entre él y sus compañeros, para entretener las horas y amenizar las veladas, compusieron un periódico humorístico, *El Paraíso*. De Claudio son casi todos los artículos de fondo, y casi todos los versos y casi toda la redacción. Había terminado su primer curso de Universidad y contaba 17 años. De entonces es su primer esbozo literario, *El Campanario*, en el que con la frescura del estilo corre pareja la delicadeza de sus sentimientos religiosos.

Cuando los estudios de los dos hermanos estaban para terminarse, marzo del 73, los llevó su padre a Andalucía. Aquí suelta Claudio la rienda a sus aficiones de escritor.

Si la extensión de este compendio lo permitiese, harían las delicias de los lectores algunos fragmentos literarios salidos de su pluma. El *Diario* de su viaje por Europa contiene felicísimos cuadros y narraciones, que hacen salir la sonrisa a los labios; y planes de ulteriores escritos que le sugería la contemplación de los paisajes y escenas, los acontecimientos que experimentaba. En

retazos de papel y sobres viejos apuntaba algunas de las inspiraciones.

Grande debió de ser también su afición a hacer versos, si bien el consonante se le mostraba esquivo. Andando él por Cádiz en 1876, su hermano le escribe: —«Tengo deseo de leer lo que has escrito inspirado por las dulces musas que se mecen sobre las ondas azules y espumosas que acarician sin cesar a Cádiz.» Claudio le contesta:—«Hace tiempo que me tengo prohibida esta clase de desahogos... Tú sabes bien que nunca llegué a dominar el verso, y hoy que con otras ilusiones he perdido las ilusiones de poeta, no tengo paciencia para andar rebuscando consonantes: Es tiempo perdido...» (14 mar. 1876).

Modestia exagerada: cierto, dice el P. Bayle, que las alas de su musa tropezaban con los barrotes del metro; que falta la lima; de ordinario al margen se lee: «hay que corregir»; sino que le faltó tiempo y humor para hacerlo: todas sus composiciones son borradores. Pero las ideas y sentimientos tienen delicadezas exquisitas, y no pocas hallan forma adecuada.

\* \* \*

Abogados ya los dos hijos, D. Antonio los mandó en premio a un viaje por Europa. Recorrieron Francia, Inglaterra, Holanda, Bélgica, Alemania, Suiza, Austria e Italia. Claudio administraba los fondos no muy holgados; y para los dos mozos fué punto de honor volver con dinero sobrante. También escribía el *Diario*, componiéndole a retazos, a veces por las noches en las fondas, a veces en el tren. Entreveran la narración finas consideraciones político-sociales y descripciones muy bien trazadas.

La relación de la audiencia de Pío IX llena las últimas páginas del *Diario*. Aquí brota a borbotones el entusiasmo religioso del joven, que termina su relato con esta exclamación: ¡*El recuerdo de esta mañana no lo olvidaré jamás!*

\* \* \*

No pretendía D. Antonio que sus hijos se dedicasen al foro: los hizo abogados, porque algo habían de ser, y la carrera de Derecho abre cien caminos de la vida. Estaban llamados a ayudar y suceder a su padre en las empresas poderosas de la industria y del comercio. Faltábales aprendizaje, y los envió a Burdeos. Para estimular su celo y para que los ensayos los mirasen con interés personal, abrió a cada uno un crédito de cien mil francos, de libre disposición.

De Burdeos pasaron a Inglaterra; parece que el principal objeto fué perfeccionarse en el inglés. Claudió «estudió no sólo el idioma... sino su literatura, su historia, con la intensidad con que lo hace todo», escribe su esposa. De la literatura inglesa trajo un copioso resumen manuscrito.

Allí estaba educándose en un colegio D. Alfonso XII, entonces sólo Príncipe de Asturias, y los dos hermanos solían pasar por delante del Colegio con la ilusión de verle.

Estuvieron en Irlanda, que les pareció por el caserío y la vegetación retrato de la Montaña.

De todos estos sitios escribía a sus familiares saladísimas cartas, retratando tipos y paisajes, narrando sucesos, describiendo su vida y obras, y manifestando los nobilísimos sentimientos que en su alma anidaban.

No fué de mera fórmula el aprendizaje en que puso D. Antonio a sus hijos. Vueltos a España, el mayor se

fué a Barcelona, de cajero efectivo en la casa López; y Claudio en plena canícula pasó con su padre a Cádiz, a estudiar de cerca la Trasatlántica, en su doble aspecto de oficinas y de barcos: fué larga la estancia, hasta corrido marzo del 76; la distribución del tiempo bien sencilla y bien ocupada: —«Hoy lo de todos los días: dos largas tandas de escritorio, un paseo por el Peregil, un rato de casino, y otra vez al escritorio.»

Otras veces, a pesar del viento y del oleaje, y no obstante una fuerte irritación de ojos, que le estorbaba leer, se iba en bote, a visitar los barcos y el astillero, «a manosear muchas cosas de las que por educación he estado demasiado alejado, manchándome un poco de aceite y brea: conozco que me hace falta».

El sueldo era de cien duros mensuales; y con ellos habían de vivir, por lo menos en punto a ropa y otros gastos.

\* \* \*

*Y ¿cuál fué el comportamiento espiritual de Claudio en los años de su juventud?*

Alma buena, su juventud por lo demás no ofrecía cosa extraordinaria de santidad; era más formal que los otros jóvenes, según me manifestó su coetánea D.<sup>a</sup> Manuela del Piélago. Uno de sus compañeros le tenía por intransigente: alguna noche al salir furtivamente de casa su hermano mayor con este amigo, se decían: ¡que no se entere Claudio! Contaba éste por entonces unos 17 años.

Al lado de sus padres conservó aquella piedad cristiana que su buena madre le infundiera, aquellos profundos sentimientos religiosos que admiramos ya en su primer esbozo literario escrito en el jocoso periódico *El Paraíso*, por él mismo fundado; aquella inocencia de costumbres que ponderan sus familiares. La anciana To-

masa Puebla, su doncella, deshaciéndose en elogios de la bondad de Claudio, me decía, poniendo en las palabras toda la intensidad de su voz senil, y apretando con los dedos de una mano la arrugada piel de la otra: yo le quería tanto, que por él me dejaría sacar la sangre.

Con horror recordó él toda su vida la horrible impresión de oír tocar el *cancán*, baile escandaloso francés, en la iglesia de Belén, que estaba frente a su casa de Puertaferrisa (Barcelona); donde se daba un baile presidido por el Capitán General de Cataluña, al que asistían mujeres se puede suponer de qué clase. Era esto por los días aciagos de su destierro en Tolosa, cuando venía a examinarse a la Universidad de Barcelona. Su esposa consignó este amargo recuerdo de Claudio en la relación manuscrita que poseemos.

Lo verdaderamente admirable y extraordinario es que conservase tanta virtud en el extranjero. Ponderemos las circunstancias que rodeaban a los dos hermanos: jóvenes, en el desarrollo más violento de las pasiones, ricos y apuestos; en país o protestante o donde la religión está más adormecida, donde cualquier senda de placeres y vicios se les abría halagadora; sin ningún freno exterior, sin la vigilancia materna, y con ejemplos a la vista de jóvenes de honestidad fracasada. La virtud de Claudio sin embargo no fracasó, sino que salió más purificada de la prueba, como el oro del crisol. Para Claudio esos alicientes al mal, a los que llaman *desahogos de la edad*, estaban tan vedados por su conciencia, como si su madre en persona le acompañase por doquiera; se conservó casto e inmaculado, sin que ni ejemplos ni ocasiones le hiciesen tropezar.

Sus amigos D. Antonio y D. Lorenzo Movellán afirman que, estando ellos estudiando con él en Londres, Claudio se distinguía por su bondad y pureza de costum-

bres. Esta fama corre aún fresca entre sus familiares. ¡*En la pureza un serafín!*, exclamaba una de sus sobrinas.

No era por entonces, ni lo fué nunca, esquivo misántropo ni *beato* asustadizo, que abominara como pecaminosas cualquiera diversiones: asistía al teatro pocas veces y cuando tenía seguridad de que no se había de ofender al pudor; los saraos, por su posición, no podía rehusarlos, los tomaba como cumplido, y solo lo suficiente para cumplir. Los bailes y teatro y música de familia, donde todos estaban seguros de todos, sí le gustaban. Claudio no solía bailar, atestigua la citada Tomasa, pero se reía de los que bailaban, e incitaba a este a bailar con aquella.

Alguna vez actuó de maestro de danzas, como descubre su carta a su amigo Antonio Movellán, 15 set. 1871, cariñosa y juguetona, en que describe el veraneo de sociedad en Comillas: «vida tranquila y entretenida, sin peripecias sociales»... «La célebre tertulia inalterable, siempre inocente... siempre agradable. No se ha visto en ella más cara nueva que la de Pepita y Andrés... El segundo es un muchacho que ha visto pasar 17 abriles sin que le hayan robado más inocencia que la que arrebatan a un niño de cinco años, y no exagero.»

En achaque de galanteos, ni deslíz ni aun sombra se le conoció, caso raro en muchachos aficionados a versificar. Ni bromas le permitía su delicadeza en esta materia.

Las obligaciones de católico práctico, allí en el país de la herejía y del materialismo, no las olvidó nunca, y el fervor de los pocos fieles estimulaba el suyo.

«Son las diez del domingo, y acabo de volver de misa: la capilla, donde vamos generalmente, es pobre y pequeña, pero es tal la devoción de los asistentes, la mayor parte obreros y de la clase baja, que la prefiero a cualquier otra. De ordinario se da la comunión después de la misa; ¡y qué interesante es contemplar a un obrero

fuerte y rudo acercarse al altar al lado de una señora elegante; una vieja andrajosa, que apenas puede andar, junto a una muchacha linda, ricamente vestida a la moda; y un distinguido caballero tocándose con un pobre mendigo! Cuando veo cuadros así, es cuando más admiro nuestra religión: estos cuadros me parecen lo más sublime del mundo.» Así escribe desde Londres a su hermana María Luisa, 23 ag. 1874.

En aquella mezquina capillita buscaba Claudio fuerza y consuelo y lo hallaba.

«Ayer y hoy me siento, si cabe, más dichoso que de costumbre; qué sé yo por qué. Vuestras cartas, mi conciencia, mil cosas contribuyen a ello. Hoy ha influido especialmente una función religiosa a que hemos asistido en una capilla muy pobre, ante una congregación muy pobre también; hemos oído el sermón más elocuente, más lleno de emoción y de espíritu cristiano, tal cual yo lo entiendo, y más conmovedor que recuerdo haber oído hace años...»

Predicó el Ilmo. Chapel, excitando a la caridad en favor de un asilo de niñas, donde se las educaba hasta que pudieran ganarse la vida. El fruto que sacó Claudio fué ir aquel mismo día al asilo a buscar una recogida que enviar a España de institutriz, para la casa de Satrústegui. Y sacó además sentimientos como estos: —«La verdad es que hacemos poco en favor de la desgracia; muy poco, teniendo en cuenta lo que hacemos por nosotros, por nuestras necesidades y por nuestros caprichos... ¡Con cuánto gusto vería crearse esta institución en nuestro país! ¡Qué dicha tan grande pertenecer a una Iglesia, que así entiende la caridad y la humanidad!» ¡Hermosos sentimientos de un mozo de 21 años, en la capital de la protestante Inglaterra! (A María Luisa, 2 en. 1875).

Ya antes de ir allá, desde Burdeos comunicaba a su madre esta nota simpática, cristiana y española: —«Ayer hicimos las estaciones. ¡Qué diferencia entre el fervor con que se hacen aquí y en nuestra vieja España! Cada día agradezco más a Dios que me haya dado por patria un país que, aunque pobre, conserva aún vivas las creencias!» (26 mar. 74).

Esta unión y trato continuo con Dios me parece que es el secreto de su vida virtuosa en medio de los peligros mundanales, sin quitarle el carácter alegre y festivo que rebosaban sus cartas. Y aun llego a sospechar que entonces le comunicó el Señor el don de la oración mística, de alta contemplación de las cosas celestiales. Déjalo entrever una carta suya a María Luisa escrita tal vez desde Londres o Gibraltar a fines de agosto de 1875, en que la dice que padece un *mal de cielo*, que no puede menos de curarle todas las enfermedades de la tierra.

De su juventud hay un *Cuestionario*, especie de examen de conciencia, que retrata sus santas aspiraciones:

*Divisa*: Vivir para amar, y amar para ser bueno.—Fe, abnegación y amor.

*Idea de la dicha*: Tener satisfecho el corazón y la conciencia.

*Idea de la desdicha*: La vejez después de una vida ociosa y egoísta; no tener esperanzas, no tener fe.

*Cualidades favoritas en el hombre*: Ideas levantadas, ambición noble; el culto del deber.

*Dónde preferirías vivir*: Donde pueda ser útil; donde le gusta más a mi conciencia.

*Qué es lo que más aborreces*: Mis defectos.

*Qué faltas miras con mayor indulgencia*: Las mías, las de las personas que no quiero.

*Si no fueses tú, qué preferirías ser*: Un hombre muy virtuoso y muy desgraciado.

*Manjar favorito:* El que no me gusta.

*Color favorito:* El del cielo de España, cuando estoy en el extranjero, v. gr. en Inglaterra.

Estas máximas fueron la norma de su conducta toda la vida. Así, tomaba el trabajo como un deber; y cuando estaba sudando en el escritorio o tostándose al sol medio africano de Cádiz, y su madre le apuntaba el regreso a las brisas montañosas, su hijo la contesta:

«Te quejas de que no te hable de volver a Comillas, y es que te olvidas que yo estoy como el loro del portugués; voy a donde me llevan. Lo que sí deseo es que no pongas en juego tus maquinaciones para anticiparlo: antes que lo agradable está lo útil; y si quieres que podamos descargar algo a papá de su trabajo, es preciso que nos déjes hacer un poco lo que él hizo a nuestra edad, a pesar de que él tenía familia y madre. Por supuesto que creo innecesaria la advertencia.» (16 set. 75.)

La vista de Gibraltar inglés ponía de mal humor a su patriotismo: — «Ya casi me va pareciendo que estoy prisionero de estas murallas, de estos cañones y de estos soldados... No me puedo familiarizar con que los ingleses sean aquí los dueños; tanto que todas las noches me duermo arreglando un plan de ataque a esta plaza, que suelo poner en práctica en sueños.» (A María Luisa, 3 agosto.)

En 1874 murió el padre de Antonio Movellán. Claudio, siempre tan alegre y juguetón en las cartas a su amigo, cambia de estilo, consolándole con consideraciones que no se esperan en los 21 años:

«Yo comprendo la situación en que te encuentras... yo también sé que nadie tiene derecho a exigirte que no des rienda suelta a tu dolor, te ahogaría si no lo hicieses. Pero al mismo tiempo creo deber recordarte que tienes el deber de ir encauzando tu sentimiento, tu pena,

en cuanto te lo permitan tus fuerzas; y que debes también, para conseguirlo, rogar a Dios te dé el consuelo, que sólo de El puede venir. Yo sé que el que se halla en tu caso, hasta se apegal al dolor como un lazo que le une al que ha perdido... En cuanto sea posible hay que procurar dominarlo, sí, dándole el desahogo en ardientes súplicas a Dios: en la oración, que es el verdadero lazo que nos comunica con los que ya viven en otro mundo más feliz que el nuestro...

Piensa por otra parte... en la consoladora forma con que la religión considera la muerte: nos la presenta como la puerta de la felicidad eterna, como el único medio de alcanzar el premio de nuestras virtudes (¡y sin embargo, lloramos!). Y piensa también que todo lo de este mundo está encerrado en los límites del tiempo, igual los pesares que las alegrías.»

Así era Claudio a los 22 años: modelo de hijos, modelo de jóvenes, modelo de cristianos.

## CAPÍTULO II

### Carrera de santidad

Claudio ponía la fecha de su conversión en la escena de la justicia paterna contra las travesuras infantiles; lo cual indica que, a su juicio, los tiempos más borrascosos corrieron hasta los doce años que tendría cuando la hazaña. Pero se equivocaba; la conversión verdadera, no en el sentido que se da ordinariamente a esta palabra, de cambio de vida pecadora a vida justa, sino de bien en mejor, no fué ni casi pudo ser en edad tan tierna.

El año 1876 fué decisivo en la vida de Claudio. Su hermano Antonio cogió en Comillas unas fiebres infecciosas, que se presentaron graves. Los dos hermanos, que apenas nunca se habían separado, se querían con delirio. Al darse Claudio cuenta del riesgo, se propuso una doble tarea abrumadora: cuidar al enfermo en cuerpo y alma, como una Hermana de la Caridad; y sostener el vacilante ánimo de sus padres, ocultando bajo un semblante tranquilo su propio sentimiento.

Vivía en el mismo cuarto, dormitaba en una butaca o en un colchón tirado en el suelo; servíale en todos los menesteres; para darle ánimo ante la preocupación de que estaba tísico, no tomaba las precauciones que el mismo enfermo le sugería; diciendo: Si estuvieses tísico, no bebería yo en el mismo vaso que tú; y bebía el agua de aquel vaso. Con sus conversaciones le iba preparando a recibir con resignación la voluntad de Dios.

Aconsejaron los médicos el traslado del enfermo a Madrid, y con él se fué Claudio, también enfermo. Llegó Antonio desahuciado, y en los días que aún duró, puso Claudio toda su alma en disponerle a la muerte. Tan tiernas jaculatorias le sugería, tan divinos sentimientos le inspiraba, que cuantos entraban en la cámara del moribundo salían pasmados y conmovidos; y el mismo Padre jesuíta, que le ayudaba a bien morir, interrumpía sus exhortaciones, para ceder el puesto a las más fervientes y felices de Claudio; alabando a Dios que tanto desengaño del mundo y tan vivas esperanzas del cielo ponía en los labios de aquel joven.

La muerte de Antonio fué la de un predestinado para la gloria eterna: tan sincero era su arrepentimiento; tan completa su resignación en las manos de Dios; tan verdad su desprecio del mundo, que Claudio solía después repetir con íntimo convencimiento que, de sanar, Anto-

nio hubiera entrado religioso. Los ejemplos del hermano menor, que fué su ángel del buen consejo, sus sacrificios y oraciones atrajeron sin duda la misericordia de Dios sobre aquella alma.

La pérdida de aquel joven de 24 años, llamado a ser heredero de la Casa Comillas, cuando comenzaba a dar satisfacciones a su padre ayudándole en sus empresas, fué una espada de dolor para el corazón paterno.—«Aquel hombre energía, que había luchado tanto en la vida, pero cuya sensibilidad era tan grande, apenas pudo resistir a ese golpe. Vió con sorpresa entonces las energías morales basadas en la religión de Claudio.» Así se expresa la esposa de éste.

Para Claudio aquella aguda espada fué espuela que le estimuló en la carrera de la santidad con las más heroicas virtudes.

Las cartas que con tan triste ocasión cruzó con su amigo Joaquín del Piélagos son dignas de un Santo Job o de un S. Francisco de Borja.

El 8 de noviembre desahogaba su corazón: «Esta noche salimos para Barcelona. ¡Y qué dolorosa es, Joaquín querido, la separación de esta casa! ¡Qué cruel dejarle sólo en un cementerio desierto! Pero Dios no me desampara, socorre con las fuerzas necesarias a mi corazón y conforta mi espíritu, manteniendo en él viva la fe en sus promesas.

No creas, Joaquín, que me dejo abatir por la pena; no estoy sin duda destinado a morir por ahora; los veintidós años me llevarían a remolque por el mundo mucho tiempo, aun cuando yo no hiciera por mis padres y mi familia toda, y por seguir los preceptos de mi conciencia, esfuerzos para vivir. Largo sería explicarte mi estado de ánimo: lo haré más adelante; por hoy cuanto puedo decirte es que lo único que pido a Dios, es el conservarlo,

pues en El espero tener aliento para llenar mi puesto en el mundo.»

Huyendo del bullicio y buscando la quietud del campo se instalaron en una quinta, desde donde le escribe: —«Hacemos una vida tan tranquila como agradable; pues cuando se vive de un recuerdo, la calma para entregarse a él es lo más grato al alma. Tenemos misa diaria, hacemos largos paseos por el campo, y no nos separamos unos de otros ni un instante. Religión, naturaleza, familia: ¡qué dulces bálsamos manan de estas fuentes para sanar las heridas del corazón! Felices debido a ello, en medio de nuestra desgracia, damos gracias a Dios por todos sus mandatos, y vamos tomando alientos para volver a la vida» (22 nov. 76).

Su lema: «*Puesto que hay que vivir, a lo menos vivir provechosamente*», le confortaba; sufría ratos de amargura y a solas dejaba correr las lágrimas. Sentíase animoso, pero enfermo; no le asustaba morir, antes lo deseaba; mas el pensamiento del nuevo golpe que su muerte sería para sus padres le aturdía: —«No me dejo abatir por la pena, y miro la pérdida que nos aflige desde el verdadero punto de vista de nuestra religión. El pensar en el estado de ánimo de mis pobres padres, y cuál sería éste, *si Dios me llamara donde tanto deseo ir*, me llena de lágrimas los ojos y de dolor el corazón. En esos momentos tus palabras llenas de fe me alientan, recordándome que hay un Dios que todo lo regula para el mayor bien de todos, y que debemos descansar en sus inescrutables designios; recordándome lo efímero que es todo lo de acá abajo, lo veloz que huye el tiempo y con él la vida.» (16 nov.)

Como se trasluciese cierto tinte de melancolía, manifiesta él su alma en una preciosa carta a su amigo, que nadie sospecharía en un muchacho a quien la fortuna le

brindaba honras y millones, como a ningún otro en España por entonces.

«No soy hoy ni más ni menos que el Claudio de siempre: lo que tiene, que la gente que me rodea no ha reparado hasta hoy en mi carácter algo melancólico y ensimismado, y atribuyen a la pena la falta de animación, hija de mi modo de ser de siempre...

Ningún suceso funesto, ninguna ilusión frustrada me ha desligado del mundo. Joven aún tendí la mirada a mi alrededor, y tuve necesidad de levantarla al cielo, en donde he encontrado desde entonces el horizonte más grato, a pesar de que todo me sonreía aquí abajo. De ahí mi feliz tristeza, que no cambiaría por la más constante de las alegrías, y que agradezco a Dios como el más espléndido de sus dones...» (28 dic.)

Ahora sí que está convertido; ahora sí que emprende con alientos sobrenaturales el camino de la verdadera santidad.—«Desde aquella época, escribe la Marquesa, se sintió totalmente desprendido Claudio de las cosas de la vida; y su piedad y su virtud hacían exclamar a su padre: —*¡A veces desearía que hubiese cometido alguna falta, para poder merecerle!*»

Se ha corrido que el Siervo de Dios tuvo asomos de vocación religiosa. Pudo dar pie al rumor el verle tan despegado del mundo. Pero no es exacto: se persuadió de que Dios le llamaba a continuar las empresas de su padre, cristianizándolas por completo y marcándolas con su sello personal.—«Yo no he escogido mi camino, decía, Dios me le ha marcado; justo es que en él cumpla mi deber.»

«Después de la muerte de ese hermano tan querido, del que no se había separado nunca, prosigue la Marquesa, Claudio entró de lleno en el trabajo, ayudando a su padre en todas sus empresas y sociedades; y aunque

delicado de salud y con el ánimo abatido por la pena, ocultando ambas cosas a su familia; pues dos o tres años después murió su hermana mayor María Luisa que se había casado con Joaquín del Piélagos; y se enfermó su otra hermana Isabel..., y quedó solo Claudio, para consolar y sostener las quebrantadas energías de sus padres.

No mucho después la tribulación llamó de nuevo a las puertas de su amigo Piélagos con la muerte de su padre y de una hermana. Entonces es Claudio quien bien le consuela con los tesoros de la fe que guardaba en su corazón.

«Hace pocos días que sé la nueva prueba a que Dios ha querido someterte... Dios premiará tu valor y tu santa resignación a su voluntad» (7 jul. 80).

«Después de leer las consideraciones que en ella [tu carta] me haces, nada tengo que decirte, sino que puedes estar satisfecho de tí mismo. No cabe más valor ni más resignación de la que tienes. Que Dios te dé fuerzas para conservarlos» (8 jul. 80).

«Que Dios te dé y dé a tu querida familia la conformidad que necesitas, y al angelito (joven de 18 años) que nos ha dejado, llevándose la alegría de tu casa, la dicha que no hubiera encontrado ciertamente en este valle de lágrimas...

Confío en que has de hacer cuanto de tí dependa, para acatar debidamente en esta nueva prueba a que te ha sometido Dios, su santa voluntad; y temo a la vez que sea esto superior a tus fuerzas, aunque confío en que ha de atender Dios a mis ruegos, para que te dé cuantas has menester, si es que así te conviene...» (23 en. 81).

«El porvenir es un misterio, y Dios omnipotente y misericordioso. Si te conviene, no te faltarán días de calma y de alegría, días de descanso, a pesar de las desgracias que lloras. Es más, me parece natural que los días

frute quien tiene tus virtudes, y quien se ve, como tú te ves todavía, rodeado de muchos seres queridos... Acepta conforme y gustoso las penas que Dios te envíe; pero no te empeñes en creer que solo te ha de enviar penas; porque esta idea puede abatirte demasiado, aunque no lo creas» (30 en. 81).

### CAPÍTULO III

#### Boda feliz

El 28 de mayo de 1881, el santo Urquinaona, Obispo de Barcelona, en la capilla del palacio marquesal de Puertaferrisa, bendijo las nupcias de Claudio con la honestísima doncella María Gayón.

Fué la Marquesa de hermosura extraordinaria, genio alegre, distinción discreta, entendimiento vivo, decir agudo, chispeante, con ribetes de andaluza, un tanto más bulliciosa de lo que a la medida de D. Claudio ajustaba. Por inclinación, mocedad y conciencia de valer hubiera lucido en salones y espectáculos: decía el Dr. Ortiz de la Torre, médico de la casa, no haber conocido quien con más garbo y primor bailase la jota.

El trato con su esposo, el amor a su persona, y la veneración a sus virtudes la fueron moldeando a imagen y semejanza de Claudio. Con tono paternal, risueño, atajaba él las espontaneidades de ella, dicharacheras: —«María, María, no será tanto.» Describiendo ella con su viveza propia una dehesa, exclamó: ¡Vimos doscientos toros!— «Doscientas cabezas de ganado, María», puntualizó Claudio.

Renunció a los salones, asistía a Palacio en los turnos, como Dama de la Reina y en las ocasiones imprescindibles; trocó los entretenimientos por las asociaciones de piedad y caridad.

«Fué una mujer admirable, afirma el Marqués de Valdeiglesias... Le bastó saber que a su marido no le agradaba la vida de los salones, para dejar de asistir a bailes, reuniones y teatros. Yo, que por mi profesión organicé muchos bailes, al hacer las invitaciones, llegando a la Marquesa de Comillas, me decía: Es inútil la invitación, porque sé que no ha de asistir... En sus aficiones se observaba como un reflejo de los gustos de su esposo.»

En la vida pública y en la casera D. Claudio y Doña María se completaban, merced a sus caracteres distintos y a sus miras y afanes puestos en la perfección propia y en la defensa de los intereses de Dios.—«A cuál más santo» los califica D. Manuel Rubio Cercas, antiguo capellán de S. Rafael, que allí los trató íntimamente largas temporadas. Ella misma declaró al Excmo. Sr. Patriarca Obispo de Madrid que toda su formación espiritual la debía a Claudio.

Era ya muy buena cuando se casó jovencita ¡y después con aquel espejo delante toda la vida...! Así se expresa D.<sup>a</sup> Manuela del Piélago.

Todo el uno para el otro, según su servidor D. Antonio Calderón.

El cariño cristiano, pudoroso y tierno lo mismo hablaba en los primeros años, que cuando blanqueaban ya sus cabellos, como ella manifestó a raíz de su muerte. El mismo Claudio la califica así: «La ilustre dama compañera de esta trabajosa jornada, que sabe que con su valor y su alegría es con lo que más contribuye a hacerme llevadera la carga que Dios ha colocado sobre mis débiles hombros, y que hace cuanto de ella depende, por ca-

riño hacia mí, para que su valor y su alegría no le falten ni me falten. «¡Dios te lo pague!» (A la Marquesa, setiembre, 1884).

Y tanto, que al morir ella mandó que su cuerpo se sepultase en el mismo nicho de su esposo, derribado el tabique de separación, para que los dos féretros estuviesen en contacto.

El la nombró heredera universal de todos sus bienes, que al morir el Marqués eran muy cuantiosos; sino que los reveses posteriores, y sobre todo la saña de la república, los fueron mermando hasta reducirla a una mediocridad. Esta es la verdad atestiguada por los que en estos negocios entendían; y no hay que atribuir la causa de ello a su amante esposo.

Dios no quiso coronar de retoños aquella feliz pareja. Sin duda fué esta una de sus mayores tribulaciones, pues D.<sup>a</sup> María descubría así su sentimiento al Rev. Señor Rubio Cercas: ¡Cuántas gracias daría yo a Dios, si me quitara toda la fortuna, con tal que me diera un hijo; aunque para criarle tuviera que ir pidiendo limosna de puerta en puerta!

El mismo año de esta boda eligió Alfonso XII para estancia veraniega de la Corte la villa de Comillas, y por habitación las casas del Marqués. Impedido este por sus negocios de abandonar a Barcelona, envió a su pueblo natal a los recién consortes, para que recibieran y agasajaran a los egregios huéspedes. La tarea no era fácil por no existir entonces el suntuoso palacio; pero cumplieron a maravilla. Baste decir que hasta luz eléctrica montaron en las casas los obreros traídos expresamente de Barcelona; fué la primera instalación de lámparas incandescentes en España.

Se corrió que el arreglo de las casas costó a D. Antonio 700.000 pesetas.

El Conde de Sepúlveda escribía al Marqués el 20 de septiembre 1881: «De Claudio me dijo el Rey que viene *enamorado*. No conoce un joven más serio, más instruído y cortés y más delicado y previsor. Yo le he hecho hablar de varios asuntos, y estoy admirado de la variedad de sus conocimientos. No conozco en mi casa a nadie que tenga el instinto de las conveniencias como Claudio...»

Volvió el Rey al año siguiente. Entonces se resolvió D. Alfonso a crearle Gentilhombre con ejercicio. El decreto expedido el 23 de enero 1884 le entregó el Rey a su hermana la Infanta Paz, quien le envió a D.<sup>a</sup> María, Marquesa de Comillas. La misma Infanta, en un elegante artículo escrito a la muerte de Claudio, narra así la real merced: — «Cuando recién casada fuí con mi marido a Barcelona, y pasamos unos días inolvidables en su casa, me dijo mi hermano Alfonso: Yo no sé cómo demostrar a Comillas y a su cuñado Güell mi agradecimiento; si les doy una Gran Cruz, me la devuelven. Te voy a dar a tí dos llaves de Gentilhombre para ellos. Si les explicas que son las llaves de mi casa, para que puedan entrar sin pedir audiencia, y se las das tú, las aceptarán. Y así sucedió.»

Cuando la regia estancia en Comillas, el palacio de Sobrellano no estaba más que empezado, diciendo el padre de Claudio muy a menudo: «Ésta casa no la veré yo terminada; pero la hago, porque mi hijo no haría nunca un palacio.» Así lo refiere D.<sup>a</sup> María.

El mismo Claudio narra a su hermano, 10 de marzo del 76, el origen de la idea.— «Como ya conoces que las obras son el flaco de papá..., me ha encargado que *discurra algo* para arreglar nuestra casona, y entre tanto ha dado orden de cercar todos los terrenos que han de formar el parque. Para entretenerle le dibujé ayer un proyecto de Escorial, que recibió tío Claudio con un *¡Atiza*

*sobrino!*, pero que a él debió de gustarle, porque me encargó que lo estudiara y lo pusiera en las dimensiones verdaderas.»

Cuando fueron los Reyes a Comillas sólo estaba terminada la capilla-panteón, esa joya de arte delicadísima, deleite de cuantos la ven.

En una de las cacerías con el Rey cogió D. Claudio un resfriado, que degeneró en tuberculosis. Tan seria se presentó la enfermedad, que el Dr. Robert no le daba dos meses de vida. A Panticosa le llevaron en silla de manos; y ya algo repuesto, su padre alquiló el yate inglés *Vanadis*, y en él se dedicaron a cruzar el Mediterráneo y visitar las costas africanas; y luego navegaron en los buques más grandes y reposados de la Trasatlántica. Desde entonces quedó medio desahuciado. La Providencia divina suspendió el golpe, pero la amenaza duró toda la vida.

Convalecía en Caldetas, cuando recibió la noticia de que su padre acababa de fallecer repentinamente, 16 enero de 1883. Claudió voló a Barcelona transido de dolor, y ante el cadáver oraba con la oración del Señor en el Huerto: «*Hágase tu voluntad.*» Los funerales que le preparó excedieron en magnificencia a todo lo visto, aun a los de Alfonso XII. Todavía los recuerda el P. Creixell, entonces alumno del Seminario, quien atestigua que don Claudió señaló un pingüe estipendio para que asistiesen los seminaristas.

España entera y sobre todo Barcelona lamentó la pérdida de aquel prócer del trabajo y del patriotismo. Y el Rey expresó el sentir de la nación\* en telegrama a don Claudio: «Usted ha perdido un excelente padre, pero España ha perdido uno de los hombres que más grandes servicios la han prestado.»

Cuando Barcelona levantó la estatua a D. Antonio, su hijo fué a verla, y escribe a su esposa las impresiones: —«No me ha causado pena el contemplar el monumento, sino al contrario un dulce consuelo, una viva satisfacción, una más entre las mil que debo a mi padre. Parece que aún después de muerto se ocupa, no sólo en animarme y protegerme con su nombre y con su ejemplo, sino hasta se entretiene en proporcionarme alegrías. ¡Qué desgraciados han de ser los hijos de malos padres!» (12 septiembre 84).

Al caer sobre los hombros de Claudio la carga enorme de las empresas, nadie suponía que pudiera llevarla aquel pobre tuberculoso. Pero Dios le sacó a flote, para tanto bien de la religión, de la patria y de los pobres.

## CAPÍTULO IV

### Al frente de los negocios

Sobre hombros tan flacos cayeron de golpe multitud de empresas complicadísimas.

Fiel a la tradición de sus padres, con la mira puesta en el engrandecimiento nacional, toda nueva industria, todo empuje del progreso lo estimaba como deber suyo y a él contribuía, mientras su capital alcanzase. A los negocios heredados añadió muchos otros.

En todos tuvo él intensa participación, en muchos la dirección.

*¿Con qué espíritu emprendía los negocios y se ocupaba en ellos?*

No tomaba la carga como fórmula, ni las presidencias como puestos de honor o de alta inspección, que se con-

tenta con presidir sesiones y examinar el estado de los libros al final de cada ejercicio y firmar. Para él los negocios, los cargos, eran trabajo intenso; de conciencia, no sólo profesional, sino cristiana. Algunas empresas sollicitaban su nombre sólo como aglutinante, según se expresa su apoderado general Sr. Guasch, o sólo para darles prestigio; para él, cargo sin trabajo había de ser cargo sin remuneración.

Así la poderosa sociedad extranjera *Chade* (Compañía Hispano-Americana de Electricidad) durante la primera guerra europea quiso domiciliarse en España, y para su mayor crédito buscó como reclamo el nombre del Marqués de Comillas para la presidencia. No la hubiera él aceptado, sino porque era una gloria y prosperidad nacional que tal compañía se domiciliase en España. Los seis mil duros de asignación que le daban, jamás quiso cobrarlos, porque le parecía que no los ganaba. Muerto él, se hallaron los recibos endosados a favor de la *Cultura de la Mujer y Protección de la Infancia*, de Barcelona.

Por despegado de las riquezas que le supongamos, el negocio le miraba como negocio: primero, porque para negociar le habían confiado sus caudales los socios de las empresas; y después porque de su prosperidad o ruina dependía el pan de innumerables familias. «Le oí decir muchas veces, escribe D. Antonio Correa, Director de la Tabacalera de Filipinas, que el sacrificio que le exigían estos deberes le cumplía con gusto, por creer que era misión asignada por Dios atender a las innumerables personas que de sus empresas vivían.»

Gravísima oposición halló en las Cortes la renovación del contrato entre el Gobierno y la Trasatlántica en 1888. D. Claudio se contentó con decir: «Si el contrato no se renueva, la Trasatlántica no podrá vivir; personalmente poco me importa, con mi fortuna respondo a los que me

confiaron la suya; y para vivir no ha de faltarme, aunque lo haya de ganar en un empleo. Ahora, que el Gobierno debe pensar que se quedan en la miseria treinta mil personas.»

Porque el negocio le presidía la conciencia, jamás entraba en uno sin enterarse antes de su licitud.

Porque anteponía el interés colectivo al privado, rechazó ocasiones de ganancias fabulosas: así, durante la guerra europea no consintió que en sus barcos se admitiese el contrabando, tan tentador en tales circunstancias por las enormes ganancias que ofrece.

El mismo relató la siguiente anécdota: Una vez tuve ocasión de hacerme rico de veras. Un coronel retirado me presentó el plan de unas minas de mercurio. Estudié el asunto, el negocio era tentador; pero consideré que arremeter el negocio y suscitar la competencia de la Compañía de Riotinto (?) sería todo uno; mi capital disponible no aguantaría la lucha; nos forzarían a vender la mina, y aquellas riquezas vendrían a engrosar el negocio de extranjeros y judíos, y preferí que el secreto continuase secreto.

*¿Tenía el Marqués dotes de hombre de negocios?*

*Preparación* excelente sin duda, como hemos visto, por el aprendizaje al lado de su padre, el primer negociante de España.

*¿Cualidades?* Oigamos algunos testimonios autorizados. *Sr. Marín Lázaro:* Oí a Sánchez Toca, que fué Presidente del Consejo de Ministros y una de las principales autoridades financieras, que D. Claudio era un gran financiero y figura primera en España. Yo mismo oí al Marqués concepciones verdaderamente geniales sobre la ordenación económica de España.

D. Carlos Martín Alvarez: Tenía inteligencia extraordinaria y magnífica preparación para los negocios, y se

ocupaba de ellos con gran asiduidad, por considerarlo un deber.

Sr. Pérez Eizaguirre: Le ocurrían unos planes tan magníficos, que de haberse realizado, tendría la Trasatlántica innumerables barcos. Y al proponer esos planes en los Consejos, los consejeros le decíamos: ¡Pues adelante, Sr. Marqués, manos a la obra! Mas él respondía: Pero... ¡hay que dejar vivir también a los demás!

Especificando esas dotes de negociante, cuantos con él trabajaban atestiguan la intensidad asombrosa de su trabajo, la percepción fina de los diversos aspectos de los asuntos, su memoria tenacísima, la facilidad en distraer la atención a diversos problemas y tomar el hilo, si se le cortaban visitas o interrupciones. En diez minutos leía, anotaba y contestaba un fajo de telegramas mercantiles.

Valga por todos el juicio de su secretario Cabañas: —«En el curso de nuestro despacho pasaba de un asunto a otro con una facilidad maravillosa, sin necesidad, la mayoría de las veces, de acudir a documentos precedentes ni a investigar sobre lo hecho antes. El mejor archivo le poseía su cabeza. Las instrucciones, los planes que redactaba, tenían un carácter personalísimo; ni aun los detalles más insignificantes escapaban a su poderosa observación.»

Tenía a su lado hombres de absoluta confianza para ayudarle en la dirección; la tarea de los secretarios estaba completamente deslindada. La autoridad de los jefes la respetaba y defendía siempre, mientras se mantuviesen en lo justo.

Si en puestos sin importancia era fácil en complacer, en los que influían definitivamente en la marcha de los negocios era inflexible. «Si mi padre me recomendara a alguno, tomaría informes antes de ceder», dijo a D. Antonio Correa.

Sin embargo otros le juzgaron dotado sí de buena voluntad, pero de menos aptitud. La razón tal vez única que alegan es su liberalidad en pensiones, obras benéficas y rebajas de pasaje.

Las únicas quejas que he oído contra él, declara el Sr. Pérez Eizaguirre, fueron de algunos accionistas no conformes con que destinase la mayor parte de las ganancias a los obreros, y por su liberalidad en dar pensiones a huérfanos y viudas.

Hablando en puridad, acusan al Marqués de ejercer la caridad a costa de los accionistas.

Acerca de esto baste por ahora advertir que D. Claudio tenía la conciencia demasiado delicada para permitirse defraudar a nadie de lo suyo, por hacer obras de caridad. Hé aquí lo que él respondió al Sr. Ortiz, párroco de Comillas, que le aconsejaba algún descanso: —«Mi conciencia me dice que estoy obligado a corresponder con mi labor personal, hasta donde alcance, a la confianza de los que han colocado su fortuna en mis empresas, cabalmente porque las dirijo yo.»

Llevó los asuntos a un extremo de pulcritud, afirma el veterano Sr. Ferrer, actual Delegado de la Traslántica en Barcelona.

Las principales censuras que se le han hecho se refieren a su gestión como Presidente de la Traslántica. Pero las personas más enteradas de las intimidades de esta Compañía justifican su actuación con muy sólidas consideraciones, que no es del caso exponer.

A donde no llegaban sus atribuciones como Presidente de la Compañía, lo suplía él de lo suyo.

Me consta que renunció a su haber personal como Gerente de la Traslántica en favor de sus subordinados, escribe el Sr. Ferrer después de 60 años de empleo en las oficinas. El sueldo de representación de la Compañía

lo dedicaba a gastos de su secretaría particular y otras atenciones, muchas de las cuales debían correr a cuenta de la Empresa. Además hacía todas las funciones de Gerente, y contrariamente a otras empresas navieras no tenía tanto por ciento ni otras participaciones. Siempre que daba pasajes gratuitos o bonificaciones sobre lo que sus atribuciones de Presidente le permitían, y no estaban justificadas por intereses de la Empresa, los sufragaba de su peculio particular (José Gil).—La asignación que él tenía de la Trasatlántica la empleaba en beneficencia de la misma. De esto llevaba yo cuenta aparte, afirma su apoderado general Guasch. Omitimos otros testimonios dignos de toda fe. Hasta compraba él las acciones depreciadas, para que no saliesen perjudicados los socios, añade el Sr. Gil.

Además el Marqués ayudó sobremanera a la Trasatlántica con su incesante actividad, trabajo, solicitud y con su enorme prestigio personal.

De todas las sociedades que presidía D. Claudio la Compañía Trasatlántica era la niña de sus ojos. Puede decirse que empleaba gran parte del día en la resolución y estudio de sus asuntos (Guasch).—La dedicaba toda la mañana (Martín Alvarez).—Nadie trabajó tanto como él en el asunto de la Trasatlántica (Pérez Eizaguirre).—Prueba de la diligencia en sus negocios es que, cuando todos nos marchábamos a veranear, él quedó en Madrid, para algún incidente de la renovación del contrato de la Trasatlántica con el Gobierno; y todos los fines de diciembre y los principios de enero los pasaba en Barcelona, estudiando los balances de los negocios, que allí tenía (Marín Lázaro).

Al renovarse el contrato de la Trasatlántica con el Estado pedía oraciones y sacrificios a los sacerdotes y religiosas (Vilaseca, Capellán Mayor).—Una vez, que co-

mo médico le asistí en un fuerte cólico hepático, se creyó en conciencia en el deber de irse el mismo día a Madrid, porque se debatían en las Cortes graves asuntos de la Trasatlántica; y se fué, a pesar de los consejos que le dábamos. Yo le acompañé a la estación y le dejé en el coche-cama (Agustín García).—Oí en la secretaría que había ofrecido su vida a Dios para que se arreglara un asunto de la Trasatlántica, y coincidió el arreglo con su muerte (Cabañas). Poco antes de su muerte, cuando se prorrogó el contrato con el Gobierno, dijo a la Marquesa: Hoy he dicho al Señor que no tengo que hacer en el mundo; que me lleve consigo cuando fuere su voluntad (P. Cascón, S. I. *Luz sin sombra*, VIII).

Finalmente, afirma el Sr. Ferrer, la Compañía Trasatlántica pudo en su larga vida sortear los escollos, gracias al prestigio de su Presidente y a la consideración que mereció de todos los Gobiernos... Puede afirmarse que el prestigio del Marqués de Comillas salvó en muchas ocasiones a la Empresa.

«Según mi apreciación, él no hizo otra cosa que llevar a la práctica las recomendaciones de León XIII, muchas de las cuales posteriormente los Estados civilizados las han hecho objeto de leyes» (Ferrer).—«Con las pensiones, socorros, limosnas y gratificaciones. D. Claudio se adelantaba a la legislación social, que más tarde va estableciéndose; pues ponía en práctica las enseñanzas de la Iglesia tan claramente expuestas por los Sumos Pontífices» (Guasch).

De ninguna manera se le puede hacer responsable de la ruina de la Trasatlántica y de la Banca Bru, la cual acaeció años después de su muerte, por varias causas que él no pudo prever, principalmente por la sañuda persecución de la república (José Gil).

## CAPÍTULO V

### Acción política

En la carpeta donde se guardaba la carta autógrafa de Alfonso XII y demás papeles relacionados con la concesión de la Grandeza escribió D. Antonio: —«Estas cartas deben guardarse con el real despacho, para que mis hijos sepan apreciar el alto aprecio en que Su Majestad me tuvo, y sepan corresponderle.»

D. Claudio heredó de su padre la adhesión inquebrantable a D. Alfonso XII. Pero este fervor dinástico no le impedía conocer y reprobar los atropellos cometidos contra los partidarios de D. Carlos. Desde Burdeos, 3 julio 75, escribe a María Luisa: «He visto con sentimiento, entre otras medidas que acaba de tomar el Gobierno contra los carlistas, la de desterrar las familias de los que están en armas. Puede ser injusto en muchos casos, y revela una debilidad que no sienta bien más que a un Gobierno faccioso.»

Para él cuadraban a la situación política de España las normas que para Francia dió León XIII en su carta a los Cardenales de las Galias (1). Esa norma veía observar y aconsejar a los Prelados españoles, que por boca de sus Arzobispos reunidos en Valencia escribían a la Regente una carta de adhesión. Es más, el mismo don Claudio lo oyó aplicado a España de labios del propio

---

(1) Carta al Conde de Mun, 7 en. 1893.

León XIII, cuando la famosa peregrinación obrera de 1894, en el discurso a los peregrinos:

«Es además deber suyo [de los católicos españoles] sujetarse respetuosamente a los poderes constituídos; y esto se lo pedimos con tanta más razón, cuanto que se encuentra a la cabeza de vuestra noble nación una Reina ilustre, cuya piedad y devoción a la Iglesia habéis podido admirar, y la presencia de alguno de vosotros en esta ocasión nos mueve a recordarlo. Por estas dotes, siendo a Nos carísima, le hemos dado públicos testimonios de Nuestro afecto paternal; y de estos testimonios el más señalado es el de haber levantado de la pila bautismal a su Augusto Hijo, que fundadamente esperamos ha de heredar, con las altas cualidades de gobierno, la piedad y las virtudes de su madre» (1).

Con Alfonso XIII creció el amor del Marqués. La inocencia y gallardía del Monarca niño, en medio de tantas y tan bastardas concupiscencias excitaban su compasión y espoleaban su lealtad. He aquí como lo manifiesta a su madre. «Vengo de estrenar el uniforme de gala que me regalaste en la recepción celebrada con motivo de los días del Rey. ¡Pobrecillo! Daría pena al verle tan alegre, considerando la carga que le esperaba, si no contase uno con que Dios ha de ayudarle a llevarla» (2 enero 92).

Pocos años después el Rey se presentaba vestido de militar: — «¡Pobrecillo! ¡Qué carga tan pesada le esperaba cuando llegue a mayor edad» (29 en. 96).

Nunca fué palaciego en el sentido que se da a la palabra; acudía a Palacio para hacer la guardia; o si le llamaban, o cuando creía necesario tomar noticias o prestar

---

(1) *Boletín Ecles. de Santander* 1894, p. 151-52.

ofrecimientos; y a no ser preciso, ni se llegaba a la Real Cámara.

Quizá no hubiera aventurado el Monarca su primera visita a Barcelona en 1904 sin el apoyo de su leal vasallo. Las circunstancias eran peligrosísimas. Miles de hombres reclutó D. Claudio; dividiéndolos en grupos, a cuyo frente puso amigos y parientes, y tomó posiciones. De entre ellos escogió a los de más confianza, para que cercaran al Rey y le cogieran las bridas del caballo. Él, a guisa de comandante, recorría las filas, para cerciorarse de que no quedaba hueco por donde pudiera colarse algún peligro. Poco antes de llegar el tren real, apareció Lerroux, *el Emperador del Paralelo*, entonces en el apogeo de su poder, seguido de su Estado mayor, y extrañó ver ocupados aquellos sitios por gente no suya. El Marqués le fué siguiendo sin perderle de vista, hasta dejarle bien alejado. El recibimiento resultó entusiasta, a costa de los miles de duros salidos de la bolsa de D. Claudio.

En velar por la persona del Rey era receloso casi en exceso. En la sesión de clausura del Congreso Eucarístico de Madrid 1911, en S. Francisco el Grande, observó que un extranjero se puso frente al Rey. Levántase don Claudio, y sin decir nada se coloca en pie detrás de aquel hombre, espionando sus meneos, para lanzarse sobre él a la primera intentona.

Al volver D. Alfonso de inaugurar el monumento del Bruch, decía humorísticamente: «He visto en Cataluña lo que nunca me imaginara posible: a Comillas con revólver, y a Comillas luchando con un obrero.» Era el caso de un hombre que se abalanzó al Rey. Notarlo D. Claudio y sujetarle todo fué uno. Resultó un pobre obrero que intentaba entregar al Rey un memorial.

Asistiendo al teatro la familia real, temió el Marqués algún atentado y se colocó entre la gente sospechosa. Al

verle la Reina no pudo contener la risa, diciendo: Mirad a Comillas en el palco de los calaveras.

Como la vida, así también amparaba la fama del Monarca. En 1924 un novelista español, revolucionario, publicó un libro difamador, del que se hicieron enormes tiradas en castellano, francés e inglés. D. Claudio salió por la honra de su Rey: fomentó manifestaciones de adhesión, se entendió con la Agencia Fabra, para telegrafiarlas a los periódicos extranjeros, junto con todas las protestas; buscó dos escritores de prestigio que escribieron sendos folletos contra el calumnioso.

En los tiempos azarosos de la regencia de la Reina madre sí que fué intensa y provechosa, aunque callada, la acción del Marqués. A él principalmente atribuía el Ministro Sánchez Guerra la muerte o anemia de los partidos republicanos; a él se debieron arreglos y concordias entre los políticos; y por él se impidieron escisiones que hubieron de perjudicar a la Corona.

Por amor a la monarquía y a España se gastaba miles y miles de pesetas en las elecciones, aunque él jamás presentó ni consintió que presentasen su candidatura. Con dinero suyo se pagó el alquiler y personal del Centro Monárquico, sin que nadie se percatara; y eso por más de veinte años. Miles de duros se gastó en la depuración del censo de Madrid, que por su corrupción daba el triunfo a los republicanos en las elecciones.

Dos de los días más dichosos de su vida se los proporcionó D. Alfonso XIII. El uno cuando en el *Cerro de los Angeles* consagró su persona y su reino al Sagrado Corazón de Jesús. Para conmemorar aquel acto abrigaba D. Claudio un plan magnífico de erigir una estatua al Rey al pie del monumento, en actitud de leer la consagración.

El segundo fué aquel día en que vió al Monarca a los pies del Papa Pío XI: las lágrimas acudieron a sus ojos.

Hubo entonces un incidente interesante: Del Vaticano indicaron que convendría que las damas fuesen de negro. D. Alfonso prefería el traje de gala que llevaban en la Real Capilla: «Gustaría que viera el Papa cómo asisten delante del Santísimo.» El Marqués se inclinaba al criterio real. Alguien le advirtió: ¿Pero has venido a Roma para hacerte antivaticanista?—No, ¡pero cuánto me agradecería que se llevara ese gusto el Rey! Pío XI se le dió.

*El motivo principal* de esta su adhesión a la dinastía reinante fué la religión. El mismo lo repetía paladinamente. El Sr. Patriarca Obispo de Madrid lo atestigua: Me consta por conversaciones que tuve con el Marqués que profesaba ardentísimo amor a la dinastía reinante, entre otros motivos, por creer que así servía a la Iglesia.

Y D. Juan de Borbón: Oí a mi padre que el Marqués decía que en España la monarquía y la religión iban siempre unidas. Su espíritu religioso era el fundamento de su devoción a la patria y a la monarquía.

Alfonso XIII por su parte mostró la alta estima que tuvo del Marqués, de mil maneras. Decía a la Marquesa: Claudio es el mejor amigo que he tenido.—Mi padre, dice D. Juan de Borbón, me hablaba de él como de un hombre de virtud excepcional, como de un santo de quien se aconsejaba. Considerábale como servidor fidelísimo.

He aquí un rasgo delicioso que demuestra la íntima confianza del Rey con su leal vasallo: Veraneaba Su Majestad en Santander, y un día, sin avisarle, se presenta en el *Giralda* ante el puerto de Comillas. Desembarcó y saltando por encima de montones de carbón, a toda pisa se fué derecho al palacio del Marqués para darle una sorpresa. Cuando el pueblo se percató de la presencia del Rey, disparó cohetes, echó las campanas a vuelo y se lanzó a la calle.

Pero cuando más significativas muestras le dió de su real amor fué en la muerte. El día que murió el Marqués fué día de luto en Palacio, como si hubiese muerto una persona de la familia real, dice el Conde de Romanones. El Rey hizo que el cadáver fuese llevado por delante del Palacio, y arrodillado en un balcón oró con una tristeza indescriptible.

\* \* \*

El Marqués no fué carlista, aunque se le hacían simpáticos los carlistas por su acendrada fe y su valentía. Tampoco fué integrista; bien que quiso aunar fuerzas y se fué a Santander para tratar con D. Ramón Nocedal, sin que llegaran a una inteligencia aquellos dos hombres celosísimos de la Iglesia y del bien de España. Amistad íntima mantuvo con Vázquez de Mella, el cual muchas veces iba a tomar el café a casa de D. Claudio; quien hacía que toda la familia y servidumbre se congregase para oír las charlas amenas e instructivas del orador tribunicio. Cuando hubieron de amputarle la pierna, el mismo Marqués le costeó los gastos de la operación.

*¿Tuvo política personal de partido?* El mismo declaró al P. Martín, General de la Compañía de Jesús, que el Cardenal Rampolla, Secretario de León XIII, le incitó a formar un partido católico, que recogiera las energías desparramadas en otras agrupaciones. El no lo juzgaba viable ni oportuno, porque sería un partido más, que aumentaría la desunión. El P. Martín le aprobó este criterio, y también el Papa.

Lo mismo que Rampolla le instaban otros católicos, como Rodríguez Cepeda y Ortí Lara; y viendo cómo la

política iba de mal en peor, trazó un plan de partido, que él mismo no juzgó viable. Luego pensó en la *Junta Suprema Nacional*, que partiendo de las Encíclicas de los Papas y de las Instrucciones de los Prelados, señalaría las reformas que habrían de introducirse en las leyes, para que la religión quedase amparada. En ella se unirían todos los católicos de los diversos partidos, sin renunciar a ellos. Mas tampoco esto lo vió factible, y se decidió por la acción social.

En cambio, fuera de la política oficial, por encima de todos los partidos, apoyó las iniciativas provechosas de todos, adquiriendo grandísimo influjo en la política, aunque *sin salir a la superficie*, según frase del Conde de Romanones. Si se acercó a un partido, fué por juzgarle lo mejor de entonces. No fué ministro, ni senador, ni diputado, como pudo serlo; pero los políticos de los diversos partidos le pedían consejo, que él daba con la vista en Dios y en la patria.

Hubo tiempo, dice su sobrino D. Patricio Satrústegui, en que toda la política española pasaba por el tamiz del Marqués de Comillas. Yo mismo ví cómo recibía en audiencia a un Prelado en las habitaciones superiores de su casa, mientras que abajo, en el despacho, esperaba Lerroux la audiencia, cuando este estaba en el apogeo de su poderío ante las masas revolucionarias.

Lo que fué siempre, mandara quien mandara, enemigo de atacar por atacar; de impedir el gobierno; porque creía que esas luchas, sin otra base que la rivalidad, eran la ruina de España, y contribuían a la anarquía práctica.

Inculcaba siempre el respeto al Gobierno, fuera quien fuese, mientras no se desmandase.

## CAPÍTULO VI

### El gran patriota

El amor del Marqués a la patria queda ya patentizado en lo que llevamos escrito; resaltará más en los rasgos que vamos a consignar.

Gravísima fué la situación de España en 1917 a causa de la huelga revolucionaria. El fué uno de sus más firmes baluartes. Como Presidente de la Junta Central de Acción Católica dirigió a los Consejos diocesanos repetidas circulares, exhortando a los católicos a la defensa de la patria amenazada.

A la revolución opuso la *Defensa Ciudadana*, especie de Somatén que él organizó, con la aquiescencia callada del Gobierno. De su bolsillo compró más de seis mil armas, entre fusiles, tercerolas y pistolas. Pidió a su factoría de Matagorda los mejores mecánicos y montó un taller de blindaje para camiones; de este taller salieron los dos primeros que rodaron por las calles de Madrid, y a Melilla se enviaron de regalo, cuando el desastre de 1921. Se blindaron gratis automóviles particulares. Se construyeron escudos de acero que con la enorme cantidad de alambre-espino, picos, azadones y demás material de sitio podían detener un ataque.

La dirección estuvo a cargo de un General retirado; los empleados los buscó entre la guardia civil retirada; su sueldo, el alquiler de las oficinas, los muebles, máquinas de escribir, etc., más la impresión del periódico del Somatén todo corrió a su cuenta.

—Señor Marqués, le decían, que estos gastos son inútiles.

—¡Quién sabe, respondía, si algún día harán falta y lamentaríamos haber escatimado unas pesetas!

El mismo en persona, a sus años, tomaba parte en los desfiles. D. Claudio empezó su campaña en el otoño de 1918. Cuando en 1923 el Directorio hizo suyo el plan y decretó el Somatén para toda España, los reclutados por el Marqués en la Corte pasaban de 6.200.

\* \* \*

De Real Orden le dieron las gracias, cuando el conflicto entre España y Alemania acerca de las Islas Carolinas; porque ante la amenaza de guerra puso a disposición del Gobierno sus barcos.

La Trasatlántica fué el auxilio mayor que tuvo el Gobierno en las dos guerras de Cuba. En 1868 una sola expedición llevó 22.000 soldados; en 1895 trasportó 86.000; al año siguiente 113.000; un día hubo, el 10 de septiembre, en que a bordo de 18 barcos suyos navegaban 30.000.

Cuando estalló la guerra con los Estados Unidos, don Claudio fué el hombre de España. El vino a ser el Ministro de Marina. Encerrado en su despacho, convirtiéndose en secretarios a sus parientes, ejecutó lo que el Gobierno debía tener hecho; estudio de la escuadra enemiga y de cada barco, capacidad, andar, defensa, artillería, su probable situación diaria. Los Ministros de Guerra y Marina no cesaban de pedirle noticias; todos acudían a él, que a nadie se negaba; hasta que la familia cerró las puertas a esos importunos; uno de los cuales, cansado de oír el cortés: *No está*, exclamó: —«Caramba con el Marqués!, cuesta más una audiencia suya que la de la

Reina. Se parece a Dios: todos hablan de él y nadie le ve!»

El Marqués convirtió a sus corresponsales y agentes en agentes de España; por ellos averiguaba dónde vendían buques, tanteaba el precio, estudiaba sus condiciones; y el plan ya bien preparado le presentaba al Ministro.

Sus marinos rivalizaron en arrojo y pericia con los del Almirante Cervera. Bastantes de sus barcos rompieron el bloqueo de la poderosa escuadra norteamericana; otros sucubieron gloriosamente. Uno solo destruyeron los cañones enemigos y otro fué apresado por ellos.

Paseando con su esposa en Madrid por *El Retiro*, de repente estalló en esta exclamación: ¡Ay! ¡Me ahogo! —¿Qué te pasa? —le pregunta la Marquesa. —No puedo estar distrayéndome, mientras los pobres soldados mueren en Cuba.

En Filipinas la Tabacalera obró como la Trasatlántica en Cuba. El Marqués dió orden de ponerse a disposición del Gobierno y así se cumplió. Sus empleados formaron un batallón de voluntarios armados de mauser, que les mandó D. Claudio (la tropa usaba todavía remington) y mantenidos por la Compañía, se colocó en las avanzadas de Manila. Su Gerente Correa fué el brazo derecho del Capitán General.

Cuando la escuadra de Cámara se dirigía allá, quiso carbonear en el Canal de Suez; pero los ingleses no le dieron carbón, temiendo que el Gobierno español no se lo pudiese pagar. Bastó un telegrama del Marqués de Comillas, para que se lo suministrasen.

Perdimos la guerra. Vino la paz de París en condiciones desastrosas; pero al Marqués de Comillas se debió que no lo fueran más.

«Allá fué Claudio, escribe la Marquesa, en su deseo de ayudar (siempre en la sombra) a aquella Comisión.

Casi a diario se veía con Montero Ríos, el Presidente... y muy a menudo al entonces Embajador...

Se servía Claudio para sus noticias entre las dos Comisiones de un Señor yankee, que deseando servir a su país, sin desfavorecer a España, donde vivía hacía muchos años, y que por ser amigo de algunas de las personas que componían la Comisión de los Estados Unidos, podía dar noticias, que no fuesen las oficiales, atenuando impresiones de uno y otro lado...

En París estuvo Claudio en un hotel modesto, no apareciendo nunca en nada oficial; y se retiró luego, como si nada hubiera hecho.

Esos eran sus procedimientos.»

Hubo que repatriar 147.000 hombres, minados por la fiebre, comidos por la anemia; aquello no era ejército, era el traslado de un hospital inmenso. D. Claudio, contra la voluntad del Gobierno, dispuso no se admitiesen a bordo sino la mitad del cupo señalado en cada viaje, para evitar la mortandad que ocasionaría el amontonamiento. Multiplicó el servicio médico, renovó la higiene, mejoró la alimentación, y así se dió el caso de no morir-se uno solo en la travesía.

Por su cuenta montó en Cádiz amplios salones hospitalares, atendidos por los médicos y farmacias de la Trasatlántica; y arrendó y acomodó para hospitales de oficiales y clases dos *recreos* entre Cádiz y San Fernando.

La Trasatlántica prestó estos servicios a precios que ninguna otra Compañía quiso aceptar; partidas hubo que D. Claudio pagó de su bolsillo; las mejor libradas tardaron muchísimos años en pagarse; pocos meses antes de morir sacó a puros esfuerzos 25 millones.

\* \* \*

Semejantes muestras de patriotismo dió en las *guerras de Marruecos*. En un momento se aprestaron sus barcos, embarcando la mitad del cupo, por comodidad y para que, si había algún percance, fuese menor la pérdida de vidas. A todos los soldados se daban escapularios del Carmen y cigarrillos, a cuenta del Marqués. En 1921, contra el enemigo más implacable, la sed, regaló diez tanques automóviles, los primeros que tuvo el ejército en Africa. Regaló también unas colchonetas incombustibles e impermeables, que aunque resultaron caras, decía: no importa eso, si consiguiéramos librar a los pobres soldados del reuma.

Afirmaba D. Claudio que sentía morirle sin haber defendido a España con las armas.

Por patriotismo miraba como cosa suya cuanto contribuía al bien de España, costeando artículos, prospectos, libros patrióticos. Por patriotismo perdió cantidades fabulosas, cinco millones de duros, al decir de un amigo suyo, para nacionalizar las acciones de los ferrocarriles del Norte, que estaban en manos francesas. Restableció la industria naviera. Hizo otros mil sacrificios.

\* \* \*

La Tabacalera y la Trasatlántica fueron lazos de unión entre España y las naciones hijas suyas.

A poco de perder España las Filipinas, una sociedad norteamericana propuso la compra de la Tabacalera, en condiciones tentadoras. D. Claudio rechazó la propuesta por dos razones: que quedarían en la calle los empleados filipinos, muy beneméritos porque se mantuvieron fieles en la hora de la prueba; y porque se rompería ese lazo de unión con España, casi el único que quedaba después del cataclismo.

Quería él, así lo dijo en un brindis en honor de la Infanta Isabel, que sus naves fuesen «un pedazo flotante de la patria, sus fronteras movibles, los baluartes más poderosos con que se libran las batallas económicas en nuestros días...»

Las instituciones y revistas fundadas para estrechar a la madre con las hijas, contaban con su apoyo incondicional, siempre que nada hubiera contrario a la tradición histórica esencialmente cristiana.

En vida suya le erigió la ciudad de Cádiz un monumento, pero la iniciativa partió de la Academia Hispano-americana. El león y el cóndor a los pies de la columna son figuras que hablan solas, confirmando lo que dice la inscripción: *Homenaje al Marqués de Comillas, constante propagandista de la Unión Hispano-americana*. El monumento se remata con un ángel, que ofrece a las Américas la Cruz.

\* \* \*

En nuestras posesiones de Africa D. Claudio fué también el factor más importante de la industria y del comercio, del prestigio español ante los indígenas y de la resistencia a las ambiciones extranjeras.

Desde 1884 poseía España en el Sahara un buen trozo de territorio, de gran porvenir para la patria; pero que por desidia del Estado estaba inculto, casi abandonado y en peligro de caer en manos extranjeras. No podía llevarlo en paciencia el Siervo de Dios; y de acuerdo con el Gobierno fundó allí la factoría, que fué base de la actual *Villa Cisneros*.

Puede decirse que por mucho tiempo la soberanía española no tuvo allí otro representante que el Marqués de Comillas.

Hasta la capilla y el capellán, que atendiese a los militares y empleados, era carga suya voluntaria; pues no quería gente sin religión.

Otro tanto puede decirse de Fernando Póo y Guinea. Hasta que llegó allá la Trasatlántica, el comercio era nulo; desde entonces los riquísimos productos de aquella zona afluyeron a la patria en proporción creciente.

Poseemos una interesante relación del Vicario Apostólico, 1925, de la cual entresacamos estos datos:

El Marqués de Comillas, desde 1890 estableció una línea de vapores, con salidas fijas de Cádiz. Antes la isla y misión de Annobón llegó a quedar completamente incomunicada con el resto del mundo durante siete meses, tanto que se pensó en abandonarla; pero antes de tomar tal resolución, que equivalía a poner en manos extranjeras un pedazo de la patria; el General de los Misioneros Hijos del Inmaculado Corazón de María expuso al señor Marqués la asfírida situación de los Misioneros. D. Claudio compró un vaporcito al que puso por nombre *Fernando Póo*, que remedió la situación.

En fin, tan asombrosa fué la labor patriótica del Siervo de Dios en esta colonia, que en 1907 fué nombrado Presidente honorario de la Cámara Agrícola de Fernando Póo.

Más adelante indicaremos su labor misional.

\* \* \*

*En Marruecos*, de acuerdo con el célebre franciscano P. Lerchundi, intentó en 1886 establecer líneas de sus vapores a Tánger y otros puertos marroquíes: —«Ya sabe Vd., mi querido P. Lerchundi, escribe, que esta línea responde a un fin esencialmente patriótico.» El plan naufragó en las Cortes. En cambio arraigó el Centro Comercial

de la Trasatlántica, y suya es la empresa de alumbrado eléctrico, dos asideros para las reclamaciones españolas en aquella plaza internacional. Allí mismo intentó levantar un colegio español de segunda enseñanza, pero se lo impidieron en el Ministerio de Estado.

En Ceuta y Chafarinas se encargó de las obras del puerto, que nadie quería, para excluir los capitales extranjeros.

## CAPÍTULO VII

### El hijo fiel de la Iglesia

Durante medio siglo fué el Marqués de Comillas el ideal del seglar católico, que puso una gran inteligencia, una firme voluntad y una enorme fortuna al servicio de la Iglesia y del Papa.

Cuidaba no se le pasase ocasión de felicitar al Sumo Pontífice en aniversarios y Pascuas. Avivaba las protestas contra las injurias al Padre común de los fieles; como lo hizo en noviembre de 1916 contra las declaraciones del ministro italiano Bissolati. Acudía largamente con donativos a sostener el tesoro pontificio; encubriendo el don o la mano que le alargaba: unas veces era la Junta Central de Acción Católica, otra los Círculos de Obreros. El pagaré iba siempre a nombre de D. Claudio.

Hemos gustado aquellos efluvios de entusiasmo que le arrancó su entrevista con *Pío IX*, y que él consignó en su *Diario*.

A *León XIII* prestó tres sublimes obsequios de amor y veneración: el Seminario de Comillas, la Peregrinación

Obrera y el intento de la compra de Roma para entregarla al Papa.

\* \* \*

*El Seminario de Comillas* es en frase del Emmo. Cardenal Tedeschi «el más grande amor y la honra más grande del Marqués de Comillas». Más aún encareció su importancia el Papa Pío XI en su discurso a los peregrinos de dicho Seminario en 1925: —«Esta obra bastaba para medir el alma excelsa y cristiana de vuestro fundador, puesto que ella es la más grande, la más bella, la más cristiana... Que el Marqués de Comillas poseía no sólo el amor al bien, sino la inteligencia y penetración verdaderamente genial para buscar el bien más verdadero.»

La idea primera del Seminario concibióla el jesuita montañés P. Tomás Gómez, por el año 1862. No teniendo él recursos para realizarla, sino la esperanza en Dios, llama a las puertas de su paisano D. Antonio López, expónale su plan, y va recibiendo del acaudalado Marqués primero sucesivos donativos pecuniarios.

En 1882 comenzó la edificación en la colina que con gusto atinadísimo había señalado el propio Marqués. Encariñado éste con la obra, ardía en deseos de verla terminada. Dios no le otorgó este consuelo: a principios del siguiente año fallecía de repente, el mismo día que León XIII firmaba, a petición del P. General de la Compañía de Jesús, la concesión de indulgencia plenaria para la hora de la muerte.

Su hijo D. Claudio miró el Seminario como la herencia más preclara de su padre. Los planes primitivos le parecieron demasiado modestos, y encargó otros más magníficos; gracias a ello se levantó la bellísima arquitectura que halaga y admira.

Hechos estaban ya la escalera y el vestíbulo, sencillos y cómodos; pero vino la idea de ofrecer al Papa la fundación, y D. Claudio mandó echarlo todo abajo y ponerlo como está: lo que bastaba para encuadrar el escudo del Marqués, era mezuino para la Tiara y las Llaves.

El trabajo de redactar las bases de la fundación lo tomó el P. Martín, entonces Provincial y luego General de la Compañía de Jesús. D. Claudio las estudió muy a fondo con el Sr. Nuncio y el Sr. Obispo de Santander, e hizo prudentes observaciones. El primer reparo que puso fué el título de *fundador*, que se le daba.

—«Me sería agradable, escribió al P. Martín, aparecer actuando, en cuanto a la fundación del Seminario, sólo como ejecutor de la voluntad de mi padre» (abril, 1889).

El mismo P. Martín, en sus apuntes manuscritos, no destinados a la publicidad, cuenta así la impresión que le produjo el Marqués en la primera entrevista que con él tuvo en Santander: «Joven como era, le hallé tan razonable en todo, tan noble y tan digno, que aunque había oído grandes elogios de él, confieso que no me lo había imaginado tal, ni con mucho. Hombre verdaderamente cristiano, que no buscaba en la obra emprendida su provecho y su honra, sino únicamente la gloria de Dios y el bien de las almas.»

El 16 de diciembre de 1890 expedía León XIII el Breve *Sempiternam dominici gregis*, que daba vida jurídica al Seminario; el 10 de julio siguiente firmaba Don Claudio el acta de fundación y su donación a la S. Sede.

Es el Seminario de Comillas un centro de estudios, donde bajo la dirección de la Compañía de Jesús se educan para el sacerdocio jóvenes selectos, principalmente pobres, de toda España y de la América española, que

esmeradamente formados en doctrina y virtud sean valiosos auxiliares de sus Prelados.

En sus principios todos los gastos de sustento del personal directivo, docente y administrativo; de los alumnos, del edificio, estudios, etc., todos los sostenía el magnífico fundador; pero cuando vino la aciaga guerra de Cuba, y él para salvar a España de la ruina expuso toda su fortuna, con peligro inminente de perderla, desde entonces, con amargura de su alma se vió forzado a acortar su generosidad con el Seminario; y este a recurrir a una base de su fundación que le permitía en trance de necesidad admitir alumnos que se pagasen a sí mismos la pensión.

El cariño con que toda la familia miraba a aquellos jovencitos alumnos, indícalo una carta de D. Claudio a su madre, a los pocos días de haberlos cobijado en la que ellos y los sucesores han llamado la casa paterna: — «Mamá del alma: ¡Qué unidos habrán estado hoy nuestros pensamientos, a pesar de hallarnos tan separados por la distancia!

Entre las muchas oraciones que se habrán elevado hoy al cielo, pidiendo lo mismo que nosotros hemos pedido, pocas tan gratas, sin duda, a Dios como las de los 52 seminaristas de Comillas, que después de terminados los ejercicios espirituales han comulgado esta mañana, ofreciendo su comunión por quien les ha proporcionado los medios de seguir su santa vocación. Me dice el Padre Gómez que me envía una fotografía de todos ellos, formando grupo a su alrededor. Ya te la remitiré en cuanto la reciba» (16 en. 92).

¡Con qué dulzura, con qué cariño recuerdan aquellos alumnos, hoy sacerdotes, las delicadezas paternales de los amorosos consortes, que se abajaban hasta enseñar por sí mismos su palacio a los ínfimos latinos; y a pasearlos

por su parque en un borriquito, haciendo ellos de palafreneros, después de haberlos regalado con una exquisita merienda!

El Seminario fué creciendo en número y ganando en nombre, tanto que en 1904 Pío X, a instancia del mismo Marqués, le elevó a Universidad Pontificia, con poder de otorgar los grados académicos en las Facultades de Filosofía, Teología y Derecho Canónico.

Los frutos por él cosechados hasta el día han sido copiosos, como lo demuestran, entre otras pruebas, los muchos Prelados que ha dado a la Iglesia.

\* \* \*

*La Peregrinación obrera* fué, según confesión del mismo León XIII, la manifestación más grandiosa que contempló *el Papa de los Obreros* durante el cincuentenario de su ordenación sacerdotal. Organizóla con admirable maestría el mismo D. Claudio, que fué alma y vida de ella.

En sus barcos, en alguno más fletado para el caso, y por vía de Francia, condujo a los pies de Su Santidad cerca de quince mil obreros o más de toda España, presididos por 24 Prelados, y al frente de todos el Cardenal de Sevilla.

El puerto de partida fué Valencia, a donde llevaron desde Barcelona peregrinos el *Montevideo* y el *España*. Al enfilear la barra el *Montevideo*, oíase la gritería en los alrededores del puerto, mueras, gestos amenazadores. D. Claudio desde el puente vió cómo rodeado de un grupo que parecía de presidiarios avanzaba penosamente un Prelado. Tal vez fué este aquel Obispo a quien punzaron con una aguja colchonera. Ante aquel espectáculo sublevóse su ordinaria medida; manda arriar un bote, y con

sólo cuatro marineros avanza al muelle, recoge al señor Obispo y ordena virar al *Montevideo*. El quedóse en tierra.

Sin temor a los desmanes se fué a Valencia a protestar y pedir remedio contra la barbarie republicana y la tolerancia oficial. De allí volvió, acompañando al Arzobispo Sr. Sancha, y con ellos se metió en el coche el Gobernador, que empezó a repartir palos hasta romper el bastón sobre la chusma, que vociferando rodeaba el coche. Ni el Sr. Arzobispo ni D. Claudio pasaron a bordo, mientras quedó en tierra un peregrino.

La peregrinación fué en verdad piadosa. En el *Montevideo* se celebró una brillante fiesta eucarística: El salón de descanso se trasformó en capilla; sobre un rico altar se expuso el Santísimo, al que daban vela dos sacerdotes, dos señoras, dos obreros y dos marineros en traje de gala. Bajo un palio formado por la bandera de la Traslántica y sostenido por remos, que llevaban los marineros, recorrió el Santísimo la cubierta del buque, escoltado por los estandartes de las diócesis peregrinas, mientras las salvas del cañón y el estampido de los cohetes se mezclaban con los cánticos litúrgicos y el himno de la peregrinación.

En la nave del evangelio del oratorio de Comillas se conserva aun este palio con el letrero: «*Recuerdo dedicado al Excmo. Sr. Marqués de Comillas*; y en la barandilla del coro el estandarte de los peregrinos montañeses.

Antes de desembarcar en Civita Vecchia el Marqués habló a los peregrinos, con tales palabras que parecía un Santo Padre, dice el sacerdote Sr. González Pareja, que le escuchó; y terminó con un brindis diciendo: «Sacrificio y trabajo para mí, provecho y gloria para los demás.»

El desembarco y transporte a Roma fué, de parte de los italianos, cortés, a pesar de los recelos que había en

el Gobierno, tanto que se les prohibió usar distintivos, ir en formación y entonar cánticos por las calles, y se aumentó con tres batallones la guarnición de la ciudad eterna. Sin embargo, aun yendo de *incógnito*, los obreros españoles fueron los más y mejor organizados. Unos 1.500 coches repartieron por los alojamientos al primer grupo. D. Claudio había tomado la dirección personal de los peregrinos.

Ya en Roma, él y su esposa se desvivían porque no faltase el menor detalle, recorriendo los albergues y hospederías.

La beatificación de los Apóstoles de Andalucía Padre Maestro Juan de Avila y Fr. Diego de Cádiz, fué la primera ocasión de ver al Papa. El fervor, los vivas, las lágrimas de aquellos miles de hombres fué indescriptible. No hubo procesiones, ni vivas ni manifestación por las calles. Dentro del Vaticano se desfogaron a sus anchas, y no faltó quien alargando el cuello hacia afuera gritase el comprometedor ¡Viva el Papa Rey!

El 17 de abril celebró León XIII la misa a los peregrinos; después desfilaron ante él las Comisiones; y el Papa tuvo la atención de buscar a los Marqueses, que según su estilo andaban muy en segunda fila y colocarlos a su derecha en el desfile.

El Papa en su alocución los exhortó a la unión y concordia entre los católicos españoles; y a la sumisión a los poderes constituídos.

Como es natural en tan extraordinaria concurrencia, habían de suceder peripecias, y quien pagaba los vidrios rotos era el Marqués, escribe el canónigo Corbella. De los del Obispado de Vich murió en Roma un peregrino; y dos o tres más quedaron indispuestos para volver por mar. Allí quedé yo unos días, dándome el Sr. Marqués

carta blanca para pagar todos los gastos y pasajes por tierra, de aquellos rezagados.

¿Cuánto gastó en la peregrinación? Imposible saberlo. Algo nos revelan estas líneas de D. Leopoldo Trénor: — «Estábamos redactando la Memoria de la Peregrinación Obrera a Roma; en ella resultaba que había abonado particularmente un saldo de cerca de un millón y medio de pesetas. De una plumada tachó el párrafo y nos obligó a rehacerlo» (1).

Un grandioso tríptico, en que lucieron sus primores afamados artistas, fué el regalo que le hizo la Junta de Barcelona.

Consérvase en uno de los salones del palacio marquesal de Comillas. Una de las hojas laterales del tríptico representa la entrada a la audiencia pontificia: en ella se presenta D. Claudio, según parece, en hábito de *Caballero de S. Gregorio Magno*. La pieza central representa la salida de la audiencia; al fondo se destaca la figura majestuosa de León XIII sentado en su trono. Por fin, la otra hoja reproduce una escena más conmovedora: la procesión de todas las peregrinaciones de las provincias españolas, con aquella selva de estandartes multicolores: guíalas el Marqués de Comillas llevando su estandarte en traje de obrero; especie de blusa o chaqueta y alpargatas o cosa parecida.

Debajo del tríptico la dedicatoria en estos versos latinos, con letras de bronce dorado:

«*Auspice te, Romam petimus, magnumque Leonem  
Solamur; grati pignus amoris habe.*»

---

(1) *Oro de ley*, n. 249, p. 139.

Que traduzco en esta décima:

Con tu amparo y protección  
Vamos al romano suelo,  
Para llevar el consuelo  
Al alma del gran León.  
Nuestro hispano corazón  
Tanta piedad te agradece,  
Y en prenda de amor te ofrece  
Como recuerdo del viaje  
Este artístico homenaje.  
Tu hazaña bien lo merece.

León XIII le otorgó entonces la más alta condecoración pontificia, la de *Caballero de la Suprema Orden de Cristo*.

\* \* \*

*El proyecto de la compra de Roma* y un territorio hasta el mar para entregarlo a León XIII, y asegurar así la independencia pontificia, fué el más atrevido pensamiento que pudo inspirar a D. Claudio su amor a la S. Sede.

El 17 de marzo de 1893 escribía a su madre: — «Pienso ir a Bélgica por dos o tres días... Mucho me contraría, pero no creo poder evitarlo, dada la naturaleza del asunto. *Somos hijos de la Iglesia y hay que tratarla como madre y acudir a ella, cuando nos llama.*»

La Conferencia Católica Internacional de Lieja propuso como tema de las reuniones *la independencia pontificia*. D. Claudio representaba a España. Queriendo llevar algo práctico, le ocurrió la compra de Roma, usurpada al Papa por el Rey de Italia. Parecería pura fantasía, pero él no lo vió así. La Hacienda italiana hallábase en un estado

verdaderamente ruinoso. Sería tentadora para Italia la oferta de un río de oro que la sacase a flote.

Tomó, pues, el Marqués la pluma y llenó de cálculos muchos pliegos; católicos de cada nación, cómputo del caudal que podía atribuirse a cuantos estaban interesados en la independencia pontificia...; en fin, un trabajo enorme, como de técnico en los negocios; y llegó al resultado de que sin excesivos esfuerzos se podría reunir entre los católicos de todo el mundo la cantidad necesaria. Pensó las dificultades, halló soluciones y compuso su memoria, la cual presentó al Cardenal Secretario de Estado de Su Santidad. Aprobósele este con alguna modificación; y D. Claudio expuso su plan en la Conferencia de Lieja.

Como una bomba cayó el proyecto; llovieron las objeciones, más él fué dando respuestas tan acertadas, que al fin la Conferencia vió el plan viable, y encargó su ejecución al mismo Marqués.

En la primavera de 1895 avisáronle la conveniencia de romper el fuego, mientras se discutía en las Cámaras italianas el presupuesto, y quedaba patente la bancarrota nacional. Pensó él muy bien que los cañonazos no tendrían eficacia si salían de España, que poco significaba en el concierto de las naciones; y envió un agente a Londres, que se pusiese al habla con el Cardenal Vaughan. Le llevaba ya preparado el artículo y un resumen de su memoria de Lieja.

El artículo publicado en el *Daily Telegraph* de Londres resonó como una bomba. Lo que nadie sospechó fué quién había promovido el revuelo. Quien preparó el artículo y atizó la campaña subsiguiente fué el Marqués de Comillas.

El artículo fué de los sensacionales en la historia del periodismo. De él se ocupó la prensa de muchas naciones. Dispuso el Marqués que de varios artículos extran-

jeros se hiciesen folletos que inundasen a Europa. Además procuró que un gran político español escribiese un folleto, que tradujo al inglés otro gran personaje.

El trabajo personal de D. Claudio en este asunto, no pudiera creerse sin ver los montones de cartas relativas a él y la documentación íntegra que hasta nuestra guerra civil se conservaba en su archivo particular de Barcelona. Los gastos bien los pueden suponer los avezados a las campañas periodísticas; la *Agence National* de Francia, por solo anunciar el artículo publicado en el *Daily Telegraph*, le pidió cincuenta mil francos; pero poco le dolía el dinero, cuando se trataba de mostrarse *hijo de la Iglesia*.

¿Fueron gastos y trabajos perdidos? El Gobierno italiano se echó para atrás. No se había forjado ilusiones D. Claudio, y así le había manifestado al Cardenal Secretario de Estado antes de la Conferencia, que aunque no se lograse el intento, de la propuesta habría de seguirse fruto no despreciable. El grito de alerta a la conciencia católica resonó por toda Europa.—«La gente del oficio, avisaba el corresponsal de Londres, está pasmada de lo que se ha conseguido.» (*La Civiltà Cattolica*, revista oficial del Papa, 21 oct. 1895.)

Lo que pudo, eso hizo D. Claudio por la libertad del Papa. Bien puede llamarse, dice su compañero el Duque de Bailén, el *precursor del arreglo de la cuestión romana*, felizmente realizado por Pío XI.

\* \* \*

La gran fineza del Marqués con *Pío X* ocasionóla el terrible terremoto de Mesina en 1908, en el que perecieron más de 100.000 habitantes. Entonces ocurrió a don Claudio un proyecto genial; ofrecer a Su Santidad uno

de sus barcos convertido en hospital, para que obrando la beneficencia por mano del Papa, éste se granjease más el agradecimiento de los socorridos y la estima del mundo. A Reggio y Messina, pues, zarpó el trasatlántico *Cataluña*, espléndidamente equipado de todo, y allí embarcó aquella carga de huérfanos y heridos, conduciéndolos a Civitta Vecchia para llevárselos al Papa. Cuenta un testigo que las lágrimas corrieron por muchos ojos al ver los niños y niñas abrazados a sus *papás*, que así llamaban a los marinos españoles, y vitoreando a España y al Marqués de Comillas.

Pío X le otorgó el título de *Caballero de la Espuela de Oro*, segunda de las condecoraciones pontificias, que nunca se concede al que ya posee la *Orden Suprema de Cristo*; D. Claudio era, según se dice, el único en todo el mundo que tenía las dos. No contento con esto, le escribió el Papa una cariñosísima carta, toda de su puño y letra (24 feb. 1910).

\* \* \*

La mayor prueba de cuánto podían contar con el Marqués en el Vaticano es la carta que le escribió *Benedicto XV*, 27 abr. 1920. Gemían en las cárceles rusas de Wladivostock (Siberia) 10.000 prisioneros austríacos y húngaros, suspirando por la vuelta a la patria; y a los cuales nadie quería repatriar. Conmovidas las entrañas del Papa, escribió al Marqués una conmovedora carta, rogándole viese si alguno de sus barcos que hacían la ruta a Filipinas podría recoger a aquellos infelices.

D. Claudio inmediatamente dió las órdenes oportunas para satisfacer al Papa. La Cruz Roja norteamericana se lo estorbó, pretextando que no permitía la repatriación sino en barcos de cabida para dos mil. Dióse entonces

prisa a fletar un barco extranjero de esta capacidad, y no le halló. Al fin apareció uno, pero de tal calaña, que hubiera sido una crueldad entregar los prisioneros a la ferocidad de aquella marinería. Supo después que el verdadero motivo de la oposición fué que ninguna nación quería el repatriamiento de aquellos prisioneros, por haberse convertido en bolcheviques.

Con qué amargura contaba él estas sus inútiles gestiones en carta al Sr. Nuncio, 12 nov., para que se las comunicase al Papa. Por él no había quedado.

El Siervo de Dios apoyó con el mayor empeño las gestiones de Benedicto XV por la paz, durante la guerra europea, en su periódico *El Universo*. Terminada la guerra, procuró que en la Conferencia de París para la paz se diese puesto al Papa. A este fin por medio de los periódicos y de la Junta de Acción Católica fomentó un movimiento vigoroso en España, acogido con simpatía por el Gobierno, que trasmitió al Papa los anhelos de los católicos españoles.

En 1922 le escribió Su Santidad una honrosa carta.

\* \* \*

Uno de los días más gozosos de su vida llamaba él aquel en que vió postrado al Rey Alfonso XIII a los pies del Papa *Pío XI*. Al salir del Vaticano después de la Real Audiencia decía: Ya no quiero ver más; desde aquí al cielo.

Fué entonces distinguido por el Sumo Pontífice entre todos los Grandes de España con singularísimas muestras de cariño y con regaladísimas palabras, en que le dió las gracias por lo mucho que trabajaba por la Iglesia; y no satisfecho el Santo Padre, al terminar el ruedo de

los visitantes, vuelve al Siervo de Dios, y medio a hurtadillas le entrega un medallón.

El Secretario de Su Santidad le dirigió en 1923 una carta de agradecimiento por su beneficencia con la Santa Sede.

\* \* \*

*En los Nuncios Apostólicos* veía el Marqués de Comillas reflejada la augusta persona del Sumo Pontífice; por esto les rendía el más profundo amor, reverencia y acatamiento.

Apenas venía un nuevo Nuncio, se apresuraba a ponerse incondicionalmente a su disposición; y no por mera fórmula, sino de verdad y de corazón. Consultábalos en todos los asuntos de alguna manera relacionados con la religión; su casa estaba siempre abierta para hospedarlos, y su persona presta en todo momento para agasajarlos. ¡Cuántas temporadas veraniegas pasaban los Nuncios en su Palacio de Comillas; hasta el punto de que aun hoy hay en él una habitación llamada *el cuarto del Nuncio*.

Allí los obsequiaba con toda suerte de agasajos. Acompañábalos a la misa, al desayuno, a paseo; organizaba en su obsequio días de campo, o excursiones marítimas de recreo.

Alternaba con el Señor Nuncio en el juego de billar, aunque no le tenía afición, y en el de los bolos, juego típico de la Montaña de Santander.

\* \* \*

*Con los Obispos* desplegaba la más espléndida obsequiosidad. Tenía la delicadeza de que no se le pasaran por alto las fechas memorables: abundaban las cartas y

telegramas, para felicitar a tal Prelado por sus bodas de plata sacerdotales etc.; y no pocos regalos hacía entonces la Junta de Acción Católica, o sea el Marqués.

Su palacio de Comillas estaba siempre abierto para los Prelados que allí pasaban en verano. Hasta cuatro vió su criado Calderón sentados a la mesa del Marqués en el mismo día. Puede asegurarse que él era el brazo derecho del Episcopado. Bien lo sabían los Obispos, y a él acudían con libertad y confianza.

Notable es a este propósito el caso que cuenta el señor Polo; actual Arcipreste de Plasencia. Siendo este Arcipreste de Navalmoral de la Mata, fué allá a la visita pastoral el Obispo Sr. Regueras. Al saber el Marqués esto antes, dió el encargo de dar un repaso a la casa que tenía en Navalmoral, y equiparla magníficamente para hospedar en ella al Prelado; desplazó allá la servidumbre de su palacio de Las Cabezas; todos los días enviaba de Madrid los manjares exquisitamente preparados, a los que daban la última mano en Navalmoral. Allí estuvo hospedado espléndidamente el Sr. Obispo. El Marqués le escribió una carta excusándose de no poder ir a saludarle.

El Sr. Mazarrasa, Obispo de Ciudad Rodrigo, añade el Sr. Polo, me refirió este episodio: Escribí al Sr. Marqués pidiéndole un billete de libre circulación por todos los trenes. Contestóme que no estaba en su mano el concedérmelo, pero que hiciese todos los viajes por cuenta de él.

El Marqués de Camarasa recogió una frase de don Claudio, que retrata su sumisión, aun de juicio, a la jerarquía episcopal. Permittedse alguien en la conversión criticar las opiniones de cierto Prelado. El Siervo de Dios mesuradamente replicó: — «Cuando se trata de Obis-

pos, no se me ofrece que puedan equivocarse: no discurro, obedezco.»

Prueba heroica de esta obediencia la dió por los años 1921, cuando la famosa *Campaña Social*, patrocinada por el Episcopado. Al Marqués no le agradaba, y personalmente no poco le perjudicaba en el orden económico; pero los Prelados la querían y él la apoyó lealmente. Disgustaba al Rey y se propuso frustrarla. A este fin encomendó al Sr. Marín Lázaro el empeño de disuadir al Marqués de la campaña. Contestó D. Claudio: —Nadie sabe mejor que usted lo opuesto que soy a esta campaña, por no creerla oportuna en estas circunstancias, y cuánto he rogado porque no adquiriese estas proporciones; pero frente al Rey no puedo abandonar a los Obispos, y aparezco partidario de ella, hasta que ellos desistan. Así me lo refirió el mismo Sr. Marín Lázaro.

¡Qué violencia no tendría que hacerse para disgustar a su querido y venerado Monarca, por complacer al Episcopado!

\* \* \*

*Hasta los párrocos* eran para él infalibles en lo que a su jurisdicción atañía. Cuenta su primo D. Paulino Moro que el administrador del Marqués de Comillas, D. Lucas Sanjuán, tuvo no sé qué rozamientos con el párroco don Julián Ortiz. Algún tiempo después vino a Madrid el administrador y trató de explicar, sincerándose, lo ocurrido. D. Claudio le paró los pies: —Basta, Sanjuán, sepa que es norma mía que en los asuntos del pueblo siempre tiene razón el párroco.

Intimamente compenetrado con su párroco, invitábale a la mesa; y con él trataba cuanto atañía al bien tanto temporal como espiritual de su pueblo. El Sr. Ortiz,

párroco de Comillas, narra como uno de los hechos que más le impresionaron, el siguiente:

«Hábilamos tratado de la fundación de una escuela en el vecino barrio de Trasvía, y sin ultimarle tuvo que necesidad de salir precipitadamente para Barcelona. Al siguiente año no veraneó en Comillas; y al otro, al terminar la temporada, me llamó, como tenía de costumbre, para tratar asuntos de Comillas, no municipales, sino de piedad, cultura y trabajo para los obreros.

¿Hay algo pendiente? me preguntó—La escuela de Trasvía, le contesté.—¿Y porqué no se ha hecho?—Porque no ultimamos el proyecto, hace dos años, le contesté. Se levantó, abrió su archivo y sin titubear tomó una cajita y de ella un sobre y me dijo—Aquí tengo estos asuntos. Leyó unas líneas—Ya recuerdo, dijo, y se hizo inmediatamente cargo de la conversación que habíamos tenido años antes. ¡Aquella inteligencia que en tantos y tan graves asuntos se había ocupado durante aquel tiempo!»

Magníficas son las alabanzas que bajo este aspecto de su amor a la parroquia le tributa D. Antonio Calvo, párroco de San Jerónimo de Madrid, que le tuvo muchos años de feligrés: Con él podía contar para todo. Fué el fundador de las *Juntas parroquiales*, precursoras de la Acción Católica, y Vicepresidente de la Junta de San Jerónimo (el Presidente era el párroco); y para que los vocales dieran el buen ejemplo de oír misa juntos en la parroquia, señaló para las sesiones la hora inmediatamente posterior a la misa; siendo así que ya había oído otra en su oratorio. El inició, organizó y costeó las fiestas del Centenario Constantiniiano, que se celebraron en San Jerónimo; durante un mes estuvieron viniendo las distintas colectividades de Madrid a adorar el *lignum crucis* traído del palacio real. Gastó más de 20.000 duros.

Nunca tuve mejor feligrés.

Asimismo D. Julián Ortiz, escribe: «Los días festivos, los nueve años que desempeñé la parroquia de Comillas siempre asistió con su Señora, y en los más también su madre, a la misa parroquial y a las comuniones generales del círculo católico de obreros, confundiendo con ellos.

El era el paño de lágrimas de los párrocos pobres, que acudían a él en las necesidades de sus parroquias. Los párrocos de los contornos, dice el citado Sr. Polo, hallábamnos en él más favor que en todos los terratenientes juntos. El de Talayuela, que tenía una iglesia pobrísima, escribió a los terratenientes pidiendo socorro: unos no le contestaron, otros se excusaron. ¡Cuán distinto el Marqués de Comillas! escribió a su administrador que se viese con el párroco y le preguntase qué cosas le eran más necesarias. Indicóselas el párroco, y el administrador escribió al Marqués. Después de algún tiempo la Marquesa en nombre de él contestó: De las cosas que usted necesita, unas las he hallado, pero temiendo que no le agraden, mejor es que las compre usted y pase la cuenta al administrador.

\* \* \*

*A todos los sacerdotes* en general veneraba como a ministros de Dios.

Me consta por observación personal mía y por referencias familiares cómo veneraba a los Obispos y sacerdotes, viendo en ellos a los ministros del Señor, atestigua su sobrina la M. María de la Virgen Purísima, religiosa reparadora.

Sus familiares y criados cuentan con admiración edificadas con qué sencillez acompañaba al desayuno a los sacerdotes que venían a su casa a celebrarle la misa, aun-

que ellos fuesen de la clase más modesta; con qué afabilidad les hablaba a cada uno según su agrado, y al despedirse los seguía hasta la escalera.

No consentía que nadie dijese «*un cura*»; enseñaba a decir «*un señor cura*», atestigua D. José Gil. A los sacerdotes besaba la mano con reverencia, narra el Sr. Polo, arcipreste de Plasencia, y cuando nosotros la retirábamos diciendo: Señor Marqués, nosotros somos los que debemos besársela a usted, él insistía. Por esta vez déjeme besársela.

Yendo él de paseo con su esposa al pueblo de Villalba, cerca de Madrid, entró en la iglesia, y hallando al párroco predicando a solas tres mujeres, se quedó allí hasta el fin de la predicación, para aumentar el concurso y aprovecharse de la palabra de Dios.

Los informes y las recomendaciones de los sacerdotes eran las más eficaces para conseguir favores del Marqués y él mismo se los pedía, cuando alguien acudía a él en busca de alguna gracia.

Habiendo solicitado un sacerdote su admisión en la Trasadlántica, se extravió la solicitud; al enterarse de ello siete u ocho meses después D. Claudio ordenó no solamente que se le admitiese, sino también que se le pagase todo lo atrasado, como si hubiese ingresado el mismo día de la petición.

Un rasgo admirable de su delicadeza cristiana para con los sacerdotes: refiérole el Reverendo Sr. Rubio Cercas. Estando yo, joven sacerdote, de capellán en la colonia veraniega de San Rafael, se presentó allí montado en modesta cabalgadura el párroco de N., una de las más míseras aldeas de la diócesis de Segovia. En esto se desencadenó una deshecha tempestad de relámpagos, truenos y lluvias torrenciales, que no cesaban. Entre tan-

to echábase la noche encima. Sería una crueldad dejar que aquel pobre sacerdote se volviese a su casa con tanto temporal.

Pasaba en aquel sitio una temporada el Marqués de Comillas hospedado en casa de su amigo D. Javier Gil; y al enterarse del caso exclamaron: De ninguna manera; se quedará aquí esta noche, y ustedes, D. Manuel y D. Victoriano (otro sacerdote) le acompañarán.

Aposentado, pues, en aquella casa el humilde párroco, la Sra. Marquesa, para darle caritativa conversación, le fué preguntando por las cosas de su parroquia, sus quehaceres, etc.—Mire usted, Señora, respondió el sacerdote, los curas de aldea tenemos que hacer de todo. Pero mi afición principal es la música. Lo malo es que no tengo armonio ni piano, ¡si le tuviese!...—Pues bien, replicó la Marquesa, aquí hay piano, y después de cenar podrá usted tocarle.

En efecto, cenaron; y terminada la cena, preguntó el sencillo sacerdote: —A ver, dónde está el piano. Acompañáronle todos, para oír el concierto. Sentóse en el taburete, entonó con voz nada culta *Gloria in excelsis Deo*, y comenzó a golpear sin concierto con sus dedos el teclado, continuando el canto del *Gloria*. Todos los oyentes se caían de risa. Todos no, los únicos que no se reían eran los Marqueses, que miraban al improvisado músico con ojos de conmiseración, como diciendo ¡Pobrecito!

Al notar la actitud de los Marqueses D. Javier hizo a sus hijos una seña para que no se rieran. Fué un ejemplo de fineza cristiana y de reverencia al sacerdote, que a todos dejó edificados.

\* \* \*

No menor estima y veneración profesaba al *estado religioso*. Su sobrina María Satrústegui, religiosa reparadora con el nombre de María de la Virgen Purísima, cuenta que el Marqués decía a la Marquesa que ella, la sobrina, era la honra de la familia, porque dejando todas las cosas del mundo se había entregado a Dios en la religión.

Este gran aprecio de los religiosos resalta en el siguiente rasgo magnífico referido por el Sr. Marín Lázaro, a quien se le contó el P. Garzón, fundador del *Apostolado de la Prensa*, que intervino en él.

Cuando en 1911 estalló en Portugal la república atea, persiguiendo a los religiosos, el Gobierno encerró en la cárcel, como rehenes, a los novicios de la Compañía de Jesús, esperando el precio de su rescate. No teniendo el P. Provincial portugués dinero con que rescatarlos, vino a Madrid en busca de almas piadosas que le socorrieran. El P. Garzón le acompañó a casa del Marqués de Comillas, y el P. Provincial le expuso la necesidad. Lamentóse D. Claudio de que viniesen en mala coyuntura, en la que poco podía ayudarle; pero llamando a su secretario le ordenó expedirle un cheque de *treinta mil duros!*—¿Pero cómo tanto?, exclamó el portugués, sorprendido de tanta largueza. El Marqués le respondió con esta admirable sentencia: «¿Qué? ¿Es que un solo novicio de la Compañía de Jesús no vale más de doscientos mil duros?»

Y ya que de los jesuitas portugueses hablamos, quiero copiar estos párrafos del libro *Proscritos*, volumen II p. 183, que entonces se escribió en portugués. «El excelentísimo Sr. Marqués de Comillas se portó con los portugueses como verdadero bienhechor, pues desde el principio les proporcionó en el embarque y viajes, facilidades y particulares atenciones; y más tarde llevó su generosidad hasta el punto de no aceptarles el pago del 50 <sup>o</sup>/<sub>o</sub> a que ya había sido reducido el precio de los pasajes. Be-

neficio que no sería inferior a unas sesenta mil pesetas de entonces...»

Cosa parecida hizo con los religiosos expulsados de Méjico.

En las persecuciones contra las Ordenes y Congregaciones religiosas, como la del principio del presente siglo, y más tarde la de la famosa *ley del candado*, el Marqués fué el más denodado defensor de los religiosos.

Lo mismo en tiempo de bonanza, él era su más benéfico bienhechor: Por mofa decían los anticlericales que la Traslántica no servía más que para transportar curas y frailes. En las oficinas de la Traslántica había una lista de «Ordenes y Congregaciones Religiosas»; les rebajaba el precio del pasaje.

El fué quien estableció en Barcelona, barrio de Sans, las *Damas catequistas*, proporcionándolas casa, entre aquellos obreros.

## CAPÍTULO VIII

### El fundador de la Acción Católica

No creemos demasiado atrevido dar este título al Siervo de Dios.

Inspirada por el Sr. Sancha, a la sazón Obispo de Madrid, nació la *Obra de los Congresos Católicos*. En el de Tarragona, 1894, se aprobó el plan de la Acción Católica, redactado por el Marqués de Comillas, que entonces se llamó de *Congresos Católicos*. Su *Reglamento* fué asimismo obra de D. Claudio.

La presidencia de la Junta Central correspondía al Obispo de Madrid; para la vicepresidencia, esto es, para el trabajo, fué elegido el mismo Marqués, 18 jun. 1900.

«Grandes fueron los trabajos del Marqués y de la Junta para completar la organización, escribe el Card. Reig;... para esto se fundó y costeó por D. Claudio la *Revista Parroquial*. No se ha logrado lo que del esfuerzo había derecho a esperar.»

Lo admirable es que D. Claudio y sus compañeros de Junta no se cansaran de llamar a puertas casi siempre cerradas, y así estuviese remando contra viento y marea año tras año, durante un cuarto de siglo, hasta su muerte.

\* \* \*

Era el *fac totum* de la Acción Católica, afirma el Sr. Marín Lázaro, miembro de la Junta. Las reuniones se tenían en su casa los martes de 6 a 8 y media de la tarde; sacrificaba todos sus quehaceres por no faltar a las juntas. El daba la orientación, la Junta seguía fielmente sus disposiciones, pues era como una reunión en torno a su persona. Y aunque estaba tan necesitado del tiempo, nunca tenía prisa para terminar las sesiones; duraban todo lo que fuese conveniente para solucionar el asunto propuesto. Acudía a ellas con suma puntualidad, el primero o de los primeros, añade el P. Guim, S. I.

Llevaba los asuntos estudiados con gran madurez. No imponía sin embargo su criterio, afirma el P. Fuster, cada cual decía libremente su parecer; si alguien no decía nada, le preguntaba: ¿y Vd. qué piensa? Generalmente se seguía por unanimidad el suyo.

Puso toda su buena voluntad al servicio de la Iglesia, atestigua el actual Prelado de Málaga.

Y si algunos no le juzgaban provisto de todas las dotes para presidir la Acción Católica, deseando métodos más enérgicos en la defensa de los derechos de la Iglesia; no es de extrañar que jóvenes ardorosos se mostrasen partidarios de procedimientos clamorosos. Mas lo que por estos medios pudiera tal vez conseguirse, lo obtenía el Marqués por vías más suaves, y principalmente con su prestigio personal, como se vió en la supresión de las leyes del *Candado* y del *Catecismo*.

«Cuando el Sr. Canalejas fué poder por primera vez, escribe el administrador Sen, estaban los Señores y su comitiva en su finca de Alamín, cuando se recibió un telegrama para el Sr. Marqués, dándole esa noticia; y al comunicárselo a sus amigos, los Señores, algo alarmados por el lastre que traía de antirreligioso, exclamaron: ¡Dios nos asista! Y el Sr. Marqués replicó: —«No hay que asustarse; *el toro bravo amarrado se amansa*.»

En efecto la Junta de Acción Católica obtuvo triunfos muy trascendentales para la causa de la Iglesia.

La impía ley del *Candado* dada por Canalejas, para cerrar la puerta a las Ordenes y congregaciones religiosas, se echó abajo con una hábil fórmula que se consiguió añadirle.—«Fué el principal negociador de esta fórmula, escribe el Conde de Romanones, el Marqués de Comillas, hombre de gran talento y de condiciones extraordinarias de diplomático y de político; aunque de la política en la acepción corriente de la palabra, vivió siempre apartado» (1).

La aceptación de la Ley así acotada, sometieronla a Roma en telegrama los Marqueses de Pidal y Comillas «dispuestos siempre a acatar superior criterio Santa Sede».

---

(1) *Notas de una Vida*, tom. 2, p. 273.

En cuanto al resultado de la campaña católica *sobre el catecismo en las escuelas*, hé aquí las palabras del mismo Ministro autor del alarmante decreto:

«Con motivo de un proyecto, que yo quise convertir en decreto, sobre el catecismo en las escuelas, se formó un revuelo entre los católicos, que me obligó a retroceder y desistir. Presumo, no lo aseguro, que en algunas de aquellas protestas andaba la mano de Comillas, aunque yo no me encontré con ella.»

No se equivocó el Ministro en sus sospechas: a la Marquesa de Comillas tocó entregar la protesta de las Damas católicas en las propias manos del Ministro.

Otra de las campañas en que intervino el Marqués, activa aunque calladamente, fué la relativa a la *ley del reclutamiento del ejército*. En 1924 el P. Fuster, S. I., recibió del Card. Reig el encargo de gestionar una legislación favorable a la Iglesia. El Cardenal le puso en comunicación con el Marqués, y le hizo tomar parte en las reuniones de la Junta de Acción Católica, para tratar el asunto. Además el Marqués le llamaba con frecuencia aparte para lo mismo, le acompañaba en las visitas a unos y otros personajes de influencia, etc.

El dinero que se llevaban las obras de la Junta Central en telegramas, impresos, etc., casi todo lo daba don Claudio, unas 9.000 pesetas anuales. Añádanse las subvenciones, viajes al extranjero, etc., y los gastos subían altísimos. Lo único que negaba era su nombre, aun hablando en familia. Lo corriente era decir: —*La Junta debe hacer este desembolso, la Junta ha contribuido...* Y sonreían los que estaban en el secreto.

Organo de la Acción Católica fué el diario *El Universo*. El Congreso de Burgos, 1899, aprobó el plan de un periódico inspirado en la caridad, independiente de todo partido político. Nació *El Movimiento Católico*, que ape-

nas vivió un año. En 1902 reuniéronse en Madrid veinte Prelados. El Siervo de Dios agasajóles con un banquete; allí recayó la conversación sobre la necesidad de un diario católico. El Excmo. P. Cámara, Obispo de Salamanca, propuso que se remozase *El Movimiento Católico*, y enderezó los ojos hacia D. Claudio; a él convergieron las miradas de los demás; el cual aceptó la carga, reclamando dos condiciones: que el periódico fuese el órgano de la Junta de Acción Católica; y que los Prelados le mirasen como suyo. Así nació *El Universo*. La empresa la tomó ruinosa desde el principio, pero la sostuvo hasta la muerte, pagando él el enorme déficit anual de cien mil y hasta doscientas mil pesetas, como deuda de sumisión a los Prelados, que le pidieron un diario católico. Al morir el Marqués, *El Universo* le debía más de un millón, según testimonio de su apoderado, Sr. Guasch.

Sería injusto enjuiciar la actuación del Marqués con el criterio con que se juzga la Acción Católica actual, después de tantas insistencias de los Papas, después de tantos ensayos, después de tantas experiencias. Al Marqués le mandaron fundarla y dirigirla; y él roturó el terreno y le cultivó y regó con sus sudores hasta la muerte, entre la apatía de muchísimos que debían ayudarle, y la oposición de otros. ¿Quién en su puesto hubiera hecho tanto?

## CAPÍTULO IX

### El Apóstol de los obreros

Bien merece llamarse D. Claudio *Apóstol de la Acción Social*. La obra de los obreros es la preferida por Claudio, decía su esposa.—«El prócer que más tiempo y más

dinero ha consagrado al obrero español», le llama Severino Aznar. El Sr. Patriarca-Obispo de Madrid no duda en afirmar: A mi juicio merece llamarse el primero y principal en el apostolado social católico en España.

Treinta años largos consagró a esta empresa. La orientación hacia la labor social con preferencia a la política nació del mismo D. Claudio, que veía en ella un medio eficaz para unir las voluntades de todos los católicos, en orden al bien de la religión y de la patria. Aprobóla en Roma el P. Martín, General de los Jesuítas. León XIII le confirmó en su proyecto, marcándole así con el sello de la voluntad de Dios.

De la asamblea de Valencia, 1893, arranca la acción social católica del Marqués de Comillas, a quien se nombró presidente de una de las secciones del *Consejo Nacional de los Círculos de Obreros*, allí planeado. Allí también se resolvió la peregrinación obrera a Roma, cuya alma fué D. Claudio. Entonces fué cuando oyó de labios de León XIII estas palabras: «Yo desearía que no hubiera una ciudad ni un pueblo ni una parroquia sin un Círculo Católico.»

En 1895 constituyó la *Asociación General para el Estudio y Defensa de los intereses de la clase obrera*, y en cinco meses fundó en Madrid cinco Círculos de Obreros, que habían de ser marco para constituir los Sindicatos. Otros fundó en Comillas, en los alrededores de sus fincas de Extremadura y quizás en otras partes.

En aquella Asociación, especie de Academia, entraban las más destacadas personalidades de la ciencia jurídica y aun de la política; planteábanse todos los problemas sociales, redactáronse y se propusieron al Gobierno proyectos de ley tan importantes como la del *Descanso de los días festivos*, *Accidentes del trabajo*, *Trabajo de la mujer y del niño*, etc.; varios de los cuales se aprobaron

en las Cortes y fueron las primeras leyes sociales en España.

El redactó el magnífico programa católico-social, aprobado por el Congreso de Santiago en 1902, en el que se recogieron casi todas las cuestiones planteadas y se propuso la solución. Su propósito era proporcionar al Gobierno elementos para la resolución de los problemas sociales, adelantándose así muchos años al *Instituto de Reformas Sociales*.

Organizó el *Consejo Nacional de las corporaciones católico-obreras*, y los respectivos *Consejos diocesanos*; la *Academia Universitaria Católica*.

Dió gran impulso a la constitución de los Sindicatos Agrícolas Católicos; y para fomentarlos fundó el *Banco popular de León XIII*, en el 25.º aniversario de la coronación del *Papa de los Obreros*.

Fomentó valiosamente la *Sociedad Constructora Benéfica* de casas para obreros. Desde 1919 a 1924 construyó en Madrid 135 en la región que por esto se llama *Barrio de Comillas*. El mismo construyó otras en Comillas y en el barrio de Sans (Barcelona).

Asimismo en Madrid fundó la *Casa Social Católica* en la *Plaza de la Paja*, que por esto cambió el nombre en *Plaza del Marqués de Comillas*.

Prestó valioso auxilio a otros sindicatos católicos, como los de Mineros de Asturias, el de Ferroviarios de Valladolid. Fué el protector de los sociólogos católicos, como el P. Vicent, a quien proporcionaba todos los años billete de libre circulación en todos los trenes, donde el mismo D. Claudio tenía participación; y le ayudaba a publicar y propagar la obra *Socialismo y Comunismo*, etc.; y el P. *Nevares*, a quien pasaba una subvención para las campañas sociales.

El Sr. Polo, Arcipreste que fué de Navalmoral, hace esta reseña de las larguezas que le dispensó: Me dió una casa para Centro Social Católico, costeando él las reparaciones. Costeó la propaganda social de la comarca donde él tenía posesiones. Facilitó arriendos a los Sindicatos. En las crisis de trabajo, lo facilitaba en sus dehesas. Me ofreció dinero y la mitad de un presupuesto para un parque catequista.

El pueblo de Comillas experimentó en gran escala la benéfica acción social del Marqués. Pueblo de pescadores, pescaba a veces mucho más de lo que podía consumir y exportar, viéndose obligado a emplear las sardinas como estiércol, o a devolverlas al mar. Entonces D. Claudio montó una fábrica de escabeche, y así aseguró la venta del pescado y dió trabajo a buen número de obreras.

Montó además otra fábrica de jarcias y cables, y otra de alpagatas.—«Diferentes veces me dijo, escribe el párroco Sr. Ortiz: nada me significa tener empleados en estas pequeñas industrias veinte o treinta mil duros sin ganancia alguna.»

La propaganda social halló en él su más generoso patrocinador. Así las revistas *Boletín del Consejo Nacional*, *La Paz Social*, *Eco del Pueblo*; opúsculos, etc.

En fin, se puede asegurar que el Marqués de Comillas dió la mitad o quizás dos tercios de su fortuna para obras sociales, afirma D. Carlos Martín Alvarez, su brazo derecho en la acción social.

\* \* \*

¿Y qué normas dirigían a este Apóstol en la Acción Social? Las Encíclicas de los Papas y las direcciones de los Prelados.

«Ninguno otro en el mundo prestó a las enseñanzas pontificias mayor estudio, mayor respeto, ni mayor aplicación teórica y práctica que el Marqués de Comillas, escribió Mgr. Tedeschini, Nuncio en España» (1).

Secundó lealmente las orientaciones de Roma y de los Prelados en materia social, añade el actual Sr. Obispo de Málaga. Habiéndole atacado un sacerdote por el atraso e insuficiencia de sus medidas sociales, él dijo públicamente que si algo defectuoso había en sus procedimientos debería achacarse a los que le dirigían; pues él, como buen cristiano, se guiaba por el consejo de sus directores espirituales, que a su juicio eran los mejores intérpretes de la voluntad de la Iglesia.

En cuanto al fruto de su labor social, dice el Sr. Patriarca-Obispo de Madrid, si no fué todo el que era de esperar, debióse más bien a la falta de preparación en los elementos de derecha, sobre todo en los adinerados; que no coadyuvaban y a veces se oponían; accediendo, por temor, a lo que pedían los socialistas; y a la falta de fe y piedad en los obreros.

Su apostolado, afirma el sociólogo Sr. Marín Lázaro, despertó la conciencia de los católicos sobre el deber social. Sus sindicatos desbarataron a veces los planes revolucionarios de los socialistas, como sucedió en una huelga de los obreros de la imprenta Ribadeneira; en la cual los obreros de los círculos por él fundados mantuvieron durante un mes o más a los pacíficos, sin salir ni para comer ni para dormir. Esto suscitó odios contra sus sindicatos.

\* \* \*

---

(1) Artículo necrológico. *El Universo*, 23 mayo 1925.

*El patrono ejemplar.* Así intitula una de sus obras el P. Nevarés, narrando la actuación del Marqués en el campo social. En 1894 escribía el entonces Arzobispo de Valladolid y después Cardenal Cascajares: —«Si el ilustre Marqués de Comillas, modelo de capitalista católico, tuviera entre los patronos muchos imitadores, habríamos andado casi todo el camino en el arreglo del problema social.»

*En sus minas de Aller* estableció numerosas instituciones benéficas. En los períodos de crisis aseguraba a todos sus obreros el trabajo. Organizado el seguro del retiro obrero por el Instituto Nacional de Previsión, inscribió en él a todos los que quisieron, mucho antes que fuese obligatoria la inscripción, y en mayor escala que la prescrita. Resultado: que en el primer año, 1919, *La Hullera* pagó de anticipo más de medio millón de pesetas. Proporcionó cómoda habitación a un alquiler mínimo; fundó economatos donde los obreros adquirirían los alimentos a módico precio; escuelas para niños y niñas; edificó una magnífica iglesia; arregló los templos parroquiales del coto minero.

En los días de fiesta funcionaba por la mañana el ferrocarril minero, para que pudieran acudir los obreros a sus iglesias y capillas, y regresar cómodamente a sus casas.

¡Cosa insólita! Durante 20 años ni una sola huelga se registró allí. Cuando en 1912 se declaró la primera por fútil motivo, el Siervo de Dios compadecido de los pobres obreros siguió proveyéndolos en su economato.

¡Qué extraño que su muerte fuese llorada por todos los mineros; los cuales le levantaron a sus expensas en la plaza pública un monumento, que ni los rojos se atrevieron a tocar durante la guerra!

Obras más admirables, si cabe, realizó en sus *minas de Orbó*. Preferiríamos copiar la deliciosa relación que nos hace el primero y hasta ahora único capellán de aquellas minas, D. Evaristo Relloso. Como por encanto surgió en aquel desierto un pueblo hermoso, con su magnífica iglesia y sacerdote, con sus escuelas espléndidamente dotadas, con su sanatorio, con todas las modernas instituciones sociales.

«El trato al personal fué siempre fraternal, pudiendo decirse que este coto minero fué, mientras perteneció a la *Carbonera Española*, una gran familia en la que el Marqués y sus subalternos... cuidaron de los obreros en todos los órdenes de la vida, y tomaron parte en sus alegrías y en sus infortunios»...

«Durante la guerra europea el economato no alteró los precios.

Algunos jefes le expusieron que con tales precios se perdía muchísimo dinero en el pan y en la carne, que sería mejor poner los precios al igual que las otras panaderías y carnicerías, y aumentar los jornales.—¿Cuánto se pueden aumentar los jornales?, preguntó.—Dos pesetas, le dijeron.—Dos pesetas son algo para los solteros; pero los obreros que tienen familia salen mucho mejor con el pan y la carne al precio que lo damos. Continúen, pues, aunque perdamos mucho, vendiendo el pan y la carne como hasta ahora.

En febrero de 1914 se inundaron estas minas... Ningún obrero fué despedido ni perdió jornal por este motivo: la Compañía los entretuvo en arreglo de caminos y calles del pueblo, pagándoles el mismo jornal que ganaban en las explotaciones...»

Narraré el hecho que me contó Gaudencio Tomillo, Presidente del Sindicato de Mineros Españoles. «Acudió a Madrid una comisión de obreros de Asturias presidida

por el citado señor Tomillo, para tratar y estudiar algunas mejoras, que se habían de implantar. Recibidos afabilísimamente por el Sr. Marqués en su propio despacho, atraídos los obreros por su trato afable, simpático y campechano se animaron a hablar, y no se cansaban de pedir, y el Sr. Marqués de otorgar cuanto pedían; hasta que un señor, que presenciaba la entrevista, dijo: Señor Marqués, despida a éstos, porque van a terminar pidiendo y llevándose para Asturias hasta la mesa de su despacho.»

«Finalmente digo y diré siempre que el Sr. Marqués no tuvo ningún enemigo entre los obreros y empleados de ésta. Que todos le amaron y continúan amándole en la hora presente, recordándole con cariño. Que los mismos socialistas, jefes de grupos de esta y otras provincias, con quienes circunstancialmente traté, repitieron en mi presencia las palabras de un famoso *líder* de sus mismas ideas socialistas: «*Si hubiera en España doce patronos como el Sr. Marqués de Comillas, no habría en nuestro país cuestión social.*»

Hasta aquí el Sr. Relloso.

*En la factoría naval de Matagorda* (Cádiz), hay casas para obreros, asilo de huérfanos, escuelas de niños, de maquinistas y electricistas, clases de música, dibujo, talla y modelado; cajas de ahorro en tierra y en los barcos, cocina económica, etc. La iglesia que se yergue en medio de la factoría pregona el espíritu cristiano de la empresa y de sus servidores.

*La Trasatlántica* fué su empresa predilecta. En ella procuraba colocar oficialidad y funcionarios ante todo rectos y de buena conciencia.

Cada barco era como una parroquia flotante, al frente de la cual estaba el capellán, revestido del mayor prestigio y autoridad; y sobre el cuerpo de capellanes tenía la superintendencia el Capellán mayor. Este encontraba en

el Siervo de Dios las mayores facilidades en orden al bien espiritual de la tripulación y del pasaje.

El reglamento prescrito a los capellanes es digno de ser propuesto a los párrocos por el Prelado más celoso. Rigurosas eran las ordenanzas para que ninguno de la tripulación quedase sin oír misa en las días de precepto. Para el cumplimiento pascual se los preparaba con unos días de ejercicios espirituales. ¡Qué consuelo da leer en el archivo de Cádiz las cartas de los capitanes año tras año, comunicando que toda la tripulación del barco había cumplido con el precepto; y lo mismo los empleados de tierra; y las respuestas del Siervo de Dios, mostrando su complacencia por ello!

A fin de evitar pecados y conseguir mejor la observancia de los mandamientos de la Iglesia, consiguió de la S. Sede numerosos privilegios para la Trasatlántica, como la facultad de celebrar dos misas el capellán en los días de precepto, la dispensa de abstinencias, etc.

Sus barcos eran modelo de cristiandad: había en ellos carteles prohibiendo la blasfemia y otros abusos.

El capellán tenía el encargo de velar por las buenas costumbres, y avisarle de las irregularidades notables que advirtiese. En las bibliotecas de sus barcos no se consentía libro alguno contrario a la fe o a la moral cristiana: Yo, dice el Capellán Mayor Sr. Vilaseca, tenía el cargo de inspeccionar y expurgar las bibliotecas de vez en cuando.

El mismo Marqués se presentaba impensadamente en el barco, y sin más se ponía a inspeccionarlo todo. Vió una vez en la biblioteca un libro inmoral, y sacándole preguntó muy disgustado quién le había colocado allí. Nadie le dió razón. Entonces dijo que, si no se averiguaba pronto, haría salir del buque a cuantos por razón de su cargo tuvieran culpa del descuido. Al fin resultó que un

pasajero le había dejado en el diván, y un camarero le había colocado en el estante, creyéndole de la biblioteca.

A fin de prevenir abusos, ordenó que un tripulante durmiese en los pasillos, para que los pasajeros no entrasen en camarote ajeno. Para el servicio no admitía mujeres sino honestas, de cierta edad y sin atractivo corporal.

Refiere D. Manuel Arboleya, sobrecargo que fué del trasatlántico *Cataluña*, el caso siguiente: Estaba el *Cataluña* fondeado en Barcelona y cerca se hallaba otro barco mercante. A eso del mediodía se vió venir la chalupa en que venía D. Claudio; todos de correcto uniforme formamos en el puente para recibirle. Como siempre, nos saludó con mucha amabilidad, y uno por uno nos fué estrechando la mano. En esto salió una voz de aquel barco mercante: ¡*Adulones!* D. Claudio detuvo un poco su marcha, los miró y sin hacer gesto alguno continuó su marcha, demostrando en su semblante la pena que le producía aquel insulto.

Para reunir a su personal en plan de familia, fundó las secciones de Cubierta, Cámara y Fonda, proveyéndoles de una especie de casino, donde podían reunirse y dedicarse a esparcimientos honestos.

No dejaba sin sanción las faltas notables. Era inexorable con la inmoralidad: Si alguno de sus subordinados llevaba mala vida y no arreglaba su situación, le despedía. A un oficial le castigó a hacer ejercicios espirituales. A otro, por haber desafiado a un empleado, le tuvo suspenso del cargo varios años. A un agente de la Compañía le envió un capellán con orden de no retirarse de la ciudad, hasta conseguir que aquél legitimase su unión inmoral, lo que logró.

Tenía D. Claudio amor entrañable al personal *trasatlántico*. El, que impidió cuanto pudo los elogios propios en la prensa, se esforzaba en pregonar los méritos y

proezas de sus empleados. Les prodigaba las mayores delicadezas. Visitando un barco, se acostó en la cama de un marinero, para probar si resultaba cómoda. El fué el primero que introdujo las sábanas en las camas de los marineros; ejemplo que imitaron otras Compañías.

A la muerte de cualquier subordinado suyo escribía sentidas cartas de pésame a la familia; e inmediatamente daba orden de comenzar el expediente para adjudicar la pensión de viudedad u orfandad a que hubiere lugar.

Falleció un sobrecargo, añade el Sr. Arboleya, llevándose, como suele decirse, la llave de la despensa. D. Claudio al ver el cuadro de aquella familia compuesta de tres chicas solteras, decretó que se las asignara el mismo sueldo que el difunto disfrutaba.

\* \* \*

*Como gran terrateniente* dió los mismos ejemplos que como gran patrono industrial.

Son abrumadores los datos que suministra D. Lázaro Sen, Administrador de las fincas del Marqués en Naval-moral de la Mata y Alamín. Indicaremos algunos.

Fué un padre para sus empleados. Solamente un padre podía acudir con la solicitud y cariño, con que el señor Marqués lo hacía, a sus empleados, por insignificante que fuese su categoría.

Desarrollóse en 1898 entre los empleados de su finca de Alamín el paludismo alarmante, y dispuso se enviara allá quinina para los enfermos, y se les proveyese de carne, y nada les faltase.

Cada vez que visitaba sus fincas, hacía obsequios en metálico a sus empleados y daba cuantiosas limosnas a todos los pobres de la redonda.

Cuando algún empleado caía enfermo, en sabiéndolo él, nada le faltaba en dinero, recomendaciones, asistencia

por su mismo médico; llegando muchas veces en medio del fárrago de sus ocupaciones a visitarlos en el hospital.

He aquí algunos casos. La mujer de un guarda enfermó de la vista y acudió al Sr. Marqués pidiendo auxilio para ir a curarse, y seguidamente recibí orden de facilitarla lo necesario.

La mujer del conserje, que apenas llevaba dos años en la finca, necesitó hacerse una operación; y el Marqués pagó sus gastos en Madrid, los de su marido una temporada en la capital, y después los de su hija, para que la enferma no estuviese sola. Y no solo esto, sino que todos los días pedía noticias de la enferma, y con frecuencia hacía que un ordenanza fuese a verla, llevándola su saludo y botellas de Jerez, etc.

Otro tanto hizo con la mujer de su mozo de caballos; y después de curada ordenó que se le entregara, además del sueldo, una parte diaria para sobrealimentación.

En esta región de Navalmoral fué el Marqués el primero que se puso a tono con la carestía de la vida, aumentando el sueldo a sus empleados, además de otras mejoras.

Concedió muchísimos billetes de favor para los viajes. A sus arrendatarios necesitados les condonaba parte de las rentas o se las rebajaba. Habiendo prendido un fuego en Buenavista, se quemó parte de la cosecha, y el Señor dispuso que se abonara a cada individuo la mitad de lo que hubiera sufrido de perjuicio, no obstante que era escaso, por estar las rentas bajas.

Cuando moría algún empleado suyo, pagaba el Marqués los gastos de entierro y funerales y alguna cantidad para el luto, sin perjuicio de tramitar enseguida el expediente de pensiones.

Fué un verdadero apóstol. ¡Con qué placer se enteraba de que sus empleados, por convicción, ante el ejem-

plo que él nos daba, considerábamos como uno de nuestros primeros deberes de la casa el cumplimiento de nuestros deberes religiosos...!

Vivió como un santo y su muerte como de santo fué.

Hasta aquí su administrador Sr. Sen.

No quiero omitir algunos detalles más de la ingenua relación de D. Zenón Sarró, que también hizo de administrador del Marqués en Navalморal.

Tenía veintiséis dehesas, que no le producían nada, por las limosnas, rebajas, perdones, etc., que hacía.

Los demás terratenientes comparados con él eran como la noche y el día: el Marqués no tuvo pleito alguno. Al revisar las cuentas y ver tales y cuáles deudas, decía: «esto tachado y cuenta aparte».

Un hombre entró a coger agua con un mísero borriquito en la fuente del Marqués, mas no acertaba a la fuente. Vióle D. Claudio de lejos, y al llegar le dijo: —¿Cómo iba usted tan desviado?— Señor, no me reñirá usted, respondió el campesino atemorizado.—No, coja agua, pero con ese borrico no podrá llevarla.—Pues con este tengo que valerme. Volviéndose a mí me dijo: ¿Qué le parece? ¿que compre otro?—Bien.—Me mandó darle cien pesetas, que entonces bastaban para comprar un caballo.

La servidumbre le adoraba. Túvose en *Las Cabezas* noticia de que había salido un anarquista para matarle; él estaba delicado y se le ocultó el peligro. Enseguida se montó alrededor de la finca una guardia de verdad, dispuesta a defenderle, siendo yo el jefe. El anarquista no se presentó.

Durante el período rojo tuve su retrato (grande) debajo del colchón de mi cama.

Quando el P. Regatillo tuvo la entrevista con el mencionado D. Zenón, éste le llevó a la estancia donde tenía

el retrato, diciendo: Le traigo a este sitio, para que tengamos la entrevista en presencia del Marqués de Comillas.

El Arcipreste que fué de Navalmoral, Sr. Polo, añade estos datos: Había un contraste entre el Marqués y los demás terratenientes como de lo blanco a lo negro. Allí pagaba sueldo a D. Pedro González Peral, procurador de los tribunales, para los pleitos que surgiesen. Este decía: En 18 ó 20 años solo actué una vez, porque me lo impedía el Sr. Marqués. Esa vez lo hice sin contar con él, contra un rentero a quien llevé a los tribunales, porque no pagaba, pudiendo; y se excusaba con que no podía. El Marqués me dijo: —Cuando él dice que no puede, así será. Retire Vd. la demanda. Admirado el procurador decía: —¿Pues para qué me paga sueldo este Señor?

«Siendo yo capellán de Alamín, escribe el sacerdote D. Indalecio Maroto, me invitó a comer en su casa de Madrid... Al decirle que los niños de Alamín ignoraban lo necesario para hacer la primera comunión, y que los tenía que preparar como era posible, se llevó las manos a la cabeza lleno de sentimiento y dijo: ¡Pobrecitos niños! es verdad; lo que el maestro ha ganado, ellos han perdido, esto no seguirá así más... Encárguese de buscar un joven instruído, que sea buen cristiano y que quiera vivir en Alamín, como maestro que los instruya, pero sobre todo que les enseñe la doctrina cristiana. Al decir yo que no tenía inconveniente en vivir en Alamín y tener escuela, se me puso muy contento, y allí viví ocho años...

Unos quince años antes de la revolución que hemos sufrido ya lo veía él venir; dió orden que se formaran sindicatos en todos los pueblos que rodean la finca... para arrendar a los pobres todo el monte, que son unas diecisiete mil fanegas de tierra.

Tuvo que imponerse a familiares y administradores,

que no querían, diciendo que no iban a pagar, y él decía: —Sí que pagan, ya lo verán Vdes. cómo pagan. Quiero que se arriende a los pobrecitos, a esos que no tienen más que una mulita o un burro; y al que no tenga, se le da dinero para que la compre y yunte con el otro; y verán cómo sí pagan. Su intención era poner de renta diez pesetas por fanega, a pasto, labor y bellota.

Gran trabajo le costó imponerse a todos, pero se hizo, aunque la renta la pusieran un poco más alta, pero siempre muy barata; y un día hablando conmigo me dijo: «Crea usted, que si no hacemos esto por grado, lo tendremos que hacer por la fuerza.»

Así se expresa el Rev. Sr. Maroto.

Tenía el Marqués un gran ingenio en La Habana y, enterado de que los muchos que en él trabajaban, principalmente negros, no oían misa, ordenó construir a sus expensas una gran capilla, para el cultivo espiritual de aquellas gentes.

En más escala lo hizo en las Islas Filipinas, donde por mandato suyo se construyeron numerosas iglesias en las haciendas agrícolas de la Compañía de Tabacos, como asegura D. José Rosales, que durante 43 años fué jefe de la misma Compañía.

¡Así hermanaba el bienestar material de sus subordinados con el provecho espiritual!

## CAPÍTULO X

### ¡Casa de bendición!

El Marqués estaba enfermo. Su esposa entra: —¿Sabes lo que hay? Pues que al embajador de Marruecos le han abofeteado.

En efecto, al tomar Sidi Brisha la carroza de gala que había de llevarle al Palacio Real, recién terminada la guerra de Melilla (31 enero 1895), se le acerca el general Fuentes y descargó una bofetada en aquel rostro de venerables barbas, diciendo: «Para que veas que en España nos acordamos del General Margallo.» Fué este General una de las primeras víctimas del levantamiento moruno.

Al oír D. Claudio aquel atropello, tembló por las consecuencias; quiso levantarse y correr a darle satisfacciones. No se lo consintieron y envió un representante que lo hiciera en nombre de él. Aunque se le hicieron desagrazos generales, empezando por la Reina Regente, tanto agradeció el embajador marroquí la delicadeza del Marqués, que fué en persona a casa de él para darle las gracias. Cuando se retiraba, ya en la puerta, tendió el notable moro sus brazos hacia adelante, y profundamente inclinado exclamó: —*¡Casa de bendición!*

Casa de bendición era aquella, tal vez más de lo que pensara el marroquí. Quien sobre todo hacía las delicias de aquella casa era Claudio.

El amor intenso, con la ternura de niño, a la familia, lo sintió siempre; y es lo que más resalta en sus cartas familiares: Tenían todos los hijos *una pasión por su padre*, escribe la Marquesa.

Pruebas de este amor las hemos visto en los fragmentos de sus cartas de joven que dejamos copiadas.

El, que despreciaba las injurias que se hiciesen a su propia persona, no podía tolerar las hechas a su padre. Por esta razón llevó a los tribunales a su tío materno Pancho. Y ante la indignación que le producía el menoscabo del buen nombre de su padre, decía que comprendía el duelo en hombres sin fe.

Las cartas a su *madre* respiraban aún mayor ternura:

Las delicadezas con ella subían de punto. Una muestra: Como a su madre la impresionaba mucho la noticia de ciertas defunciones, Claudio tenía cuidado de mirar el periódico y recortar las esquelas que pudieran afectarla. Entendiendo D.<sup>a</sup> Luisa la estratagema, decía sonriendo: ¡Qué bueno es Claudio!

Yo que desde niño conviví mucho con ellos, dice el Conde de Ruiseñada, puedo afirmar que trató *a su esposa* con todo género de consideraciones, con afecto respetuoso y al par lleno de ternura y amor. Hallándose él delicado y al tiempo en que ella tenía que hacer guardia en el Palacio Real, al anochecer, cuando cesaba en el servicio, iba siempre en su coche a esperarla a la salida del Palacio.

Si convenían en salir juntos, y por alguna circunstancia inesperada no podía, presentaba a su esposa disculpa verdadera, con tal delicadeza, que jamás la producía el menor enojo. Nunca presencié la menor desavenencia entre ellos. Él ponía interés en que la actuación de ella en las múltiples Juntas a que pertenecía, fuese acertada y eficaz.

La vida conyugal fué santa y constantemente dominada por la presencia de Dios, añade el Sr. Patriarca-Obispo de Madrid, que por confidencias de la esposa lo supo.

Aún se conservan en el Palacio de Comillas los clavos donde se sujetaban las guirnaldas con que D. Claudio ordenaba se adornase la casa el día del Santo de su esposa, dice su portero Torre.

Este amor santo se rezuma en sus cartas: «Esta mañana he pedido a Dios después de comulgar, que te haga tan feliz como mereces, y te conserve tan buena como eres. Pocos títulos tengo para rogar nada a Dios, y menos, cosas que envuelven mi felicidad. Afortunadamente Dios ajusta sus dones, no a nuestros merecimientos, sino

a su infinita misericordia.

Te mando un rimero de cartas de felicitación. ¡Cuánto y cuántos te quieren! Afortunadamente yo no soy celoso de ningún cariño, sino que por el contrario profeso la creencia de que todas las afecciones nobles se apoyan y robustecen como las espigas de las mieses...» (12 sep. 86).



Excm. Señora Doña María Gayón, Marquesa de Comillas

*Del amor fraternal* impo-

sible dar muestras más significativas que los sacrificios hechos para con su hermano Antonio; y las cartas a su hermana María Luisa; de las cuales hemos transcrito ya algunos fragmentos.

He aquí otro a su hermana Isabel: —«Acabo de pedir a Dios por tu felicidad y la de Isabelina, después de confesarme; y mañana haré lo mismo después de comulgar... Si lo atiende, que no será probablemente por méritos del recomendante, no ha de haber madre e hija más dichosas

en el mundo en que ahora vivimos, ni en el mundo en donde Dios nos espera...» (17 nov. 94.)

Entre su parentela aparecía como el patriarca respetado, querido: la cabeza moral, centro de la familia, donde fluían las penas y goces de todos; donde todos hallaban sostén, consejo, autoridad y cariño.

\* \* \*

Padre era también *de sus criados*. ¡Cuantísimos rasgos encantadores podríamos narrar a este propósito. Sírvanos de guía su inseparable servidor *Antonio Calderón*:

Muchas veces le oí decir: «Desde el momento en que uno entra a servir en mi casa, le considero como de la familia.» Y así le trataba.

Cuando yo estuve tres meses enfermo de tifus, no permitió que me llevasen al hospital; me dejó en su casa, me puso dos médicos y dos monjas día y noche, que me cuidasen; llamó a mi madre, que fué a verme con mi hermano. El iba a visitarme todos los días, y mandó al sacerdote, que le decía la misa, que me visitase; el cual para que yo no me alarmara me decía: «No vengo a confesarte, que no estás grave, vengo como amigo.» Al visitarme el Marqués, como un padre cariñoso, me preguntaba: «Hijito ¿cómo estás? a ver si tienes calentura, etcétera.» Más aún, para alegrarme, él mismo me leía en alta voz la novela *Amaya*.

Habiendo contraído yo una hernia, avisó a Ortiz de la Torre, para que me reconociese y me operase, si yo voluntariamente quería. Mandó a un ordenanza acompañarme a la clínica, donde había de operarme Ortiz de la Torre, y dió orden de que apenas terminara la operación le avisaran por teléfono. Cuando pasaron los efectos del cloroformo, la primera persona que ví sentada a la cabe-

cera de la cama, fué D. Claudio. El pagó todos los gastos y me visitó casi todos los ocho días que allí estuve.

Me llevó a San Rafael con su sobrino Eusebio Güell, para fortalecernos, y en aquellos pinares nos hacía hacer gimnasia, dirigiendo él los movimientos sentado en un sillón.

Estando yo en Comillas, me mandó por su cuenta a las aguas de Liérganes.

Lo que hizo conmigo, cuando el tifus, lo hizo también con otros servidores, como Ramón Vigil, a quien operaron de hernia; y una sirvienta, que llevaba 40 años en su casa, y enfermó de tifus.

A todos los criados nos pagaba dos trajes nuevos cada año, uno para verano y otro para invierno, zapatos y ropa interior. Nos hacía los trajes el sastre de la casa, pasando la cuenta al Marqués. En los nueve años, que estuve a su servicio, yo no compré ropa ni zapatos.

Cuando iba a París, nos traía una pulsera, una pluma estilográfica, u otro regalo que nos gustase.

Nos pagaba el billete para el cine o el teatro, enterándose antes de si eran buenos; y sobre todo para los toros, que le parecía diversión menos peligrosa. El no iba, pero a la noche le habíamos de contar la corrida. Creo que lo hacía, para ver si habíamos asistido.

En los Carnavales no nos dejaba salir de casa a los jóvenes: le preocupaban mucho aquellos días peligrosos para la juventud. Solíamos ir a una casa de campo. En cambio después nos dejaba dos o tres días libres.

A las nueve de la noche todos teníamos que estar en casa. En los viajes se preocupaba de la comida mía y del chofer, preguntando: ¿Habéis comido? Al chofer le pagaba 600 pesetas mensuales y otras cosas.

Cuando yo salí del pueblo, nada o muy poco sabía, y él me pagó el colegio: todos los días de 7 a 9 por man-

dato suyo iba yo a clase para aprender contaduría. Lo mismo hizo con otros, pues me consta que costeara algunas escuelas, sobre todo en Comillas.

Nos reprendía, pero sin enfadarse. En los nueve años que estuve con él, nunca le ví enfadado. Al reprender, decía: ¡Hijito! o ¡Por amor de Dios!

Estimaba mucho su esposa un juego de té de gran valor. Limpiando el polvo Ramón Vigil, rompió la tetera: temiendo una reprensión, se lo dijo al Marqués, el cual le respondió con paz: —No te apures demasiado, porque el que anda con estas cosas es el que las tiene que romper. Pero cuando rompáis algo, decídmelo, para que sepa yo que no puedo contar con ello. Aquel juego quedó inutilizado.

Una vez encargó que dijese al chofer que tuviese preparado el auto a las cuatro, para una visita. Llegó la hora y el auto no estaba: se habían olvidado de avisarle. El, sin incomodarse, mandó alquilar uno.

A veces, como muchachos, hacíamos alguna travesura o cosa mal hecha; la Marquesa se incomodaba, y él la decía de modo que no lo oyéramos: «Déjalos, María, no siempre han de hacer las cosas bien.» Levantar la voz, jamás.

Era muy agradecido. Cuando alguno de nosotros le llevaba una medicina, al vernos, siempre tenía una frase que revelaba su gratitud.

A mí y a otros jóvenes, al entrar a servir en su casa, lo primero nos obligaba a aprender a ayudar a misa, y teníamos que ayudarla en el oratorio de su casa por turno.

Se preocupaba de que su servidumbre cumpliera los deberes religiosos. Todos los días rezábamos el rosario en familia, dirigiéndole la Sra. Marquesa. Teníamos dor-

mitorios separados los hombres y las mujeres; y cada uno su cuarto, a excepción de alguno de dos camas.

Hablando yo de mis aspiraciones de ir a Filipinas, me preguntó un día: —¿Por qué quieres ir? ¿Para ganar dinero? Vosotros os preocupáis del cuerpo y no pensáis en el alma. Un cuarto de hora me habló de esto, y me dijo: Yo tengo donde colocarte en España. Desistí de ir a Filipinas y me colocó en la Trasatlántica.

Cuando algún comillano le pedía colocación, él me pedía informes. ¡A quién iba a pedirlos! A no ser que la petición viniese de la Piélagu u otra persona de quien se fiaba.

Un linotipista quería irse a Venezuela para ganar más; pero no tenía para el viaje; lo dije al Marqués y él por la recomendación mía le rebajó el 50 % del pasaje.

Saliendo del Banco Hispano-Colonial en Barcelona, se cruza un chico que le dice familiarmente: «Adiós, señor Marqués.» Este le pregunta: —¿Quién eres? —«Soy *el Sapo de Comillas*.» Era un pobre muchacho, que fué a Barcelona a buscar colocación y llevaba cinco días sin comer. —Ven, voy a presentarte a tus paisanos. Como estábamos dos de Comillas al servicio del Marqués, éste nos dijo, al abrir la puerta: ¿A que no acertáis con quién estuve paseando en la Rambla?—Cuando pensábamos que nos dijera el nombre de algún personaje, nos sorprende diciendo: *Con el Sapo de Comillas*. Ordenó al mayordomo que le dieran de comer y le compraran un traje.

¿Y qué quieres?, le preguntó. —Embarcar.—Me mandó que fuese a las oficinas de la Trasatlántica, para que le diesen puesto, pero que antes le reconociese el médico. Este dijo que no estaba para embarcar. Se lo dije así al Marqués, el cual dijo: Que venga el médico. El médico se lo manifestó a D. Claudio, quien habló así al mu-

chacho: —No estás bueno para embarcar, yo te ayudaré para que vuelvas a Comillas.

Me mandó que le sacase billete hasta Bilbao y le diese diez duros y una manta de viaje, con el encargo de que al llegar a Comillas escribiese al Marqués. El ingrato no cumplió el encargo: se quedó en Bilbao, sin que supiéramos más de él, hasta su muerte, acaecida tres o cuatro meses después.

Su caridad era inagotable.

Paseando un día por el andén de Torrelavega, le pidió limosna un golfillo que tenía cara de enfermo. Había venido de Madrid a los toros de Santander sin billete.

Al darle la limosna, le dijo: «Toma una peseta.» El golfillo contó las monedas y le dijo al Marqués: «Faltan diez céntimos.» Hízole a éste gracia y le preguntó: ¿De dónde eres? —De Madrid. —¿Y porqué no te vas a Madrid? —No tengo dinero.

Mandó al taquillero que le diese el billete; le dió dinero para que comiese en Reinosa, y le dijo: Cuando lleguemos a Madrid no te vayas de la estación, espérame. Al llegar, creíamos que ya no se acordaría el Marqués; pero apeándose buscó al muchacho y dijo a los ordenanzas de su casa, que le esperaban: Llévadle a una casa de baño, después véale el Dr. Ortiz de la Torre, pues tenía mala cara. Le compró traje y ropa; luego le metió en un colegio. Pero como la cabra al monte tira, al mes y medio se escapó y no supimos más de él.

Cuando íbamos a Navalmoral de la Mata, a la finca, venían a centenares los pobres; formando larga fila; y les daba dos, tres duros a cada uno, según la necesidad, todos los años. También socorría a los enfermos.

Sobre todo daba a la puerta de las capillas, donde se ponían los pobres. A veces les decía: No tengo, vaya a mi casa. No había pobre que no le conociese.

Cuando desde su habitación o despacho veía un pobre por la calle, me daba un timbrazo y me decía: Llévale un duro. A veces teníamos que correr para alcanzar al pobre.

Muchas veces decía: No hacemos bastante por los pobres.

Un sobrino suyo, cuando muchacho, era muy aficionado a los caballos y decía que quería ser rico para tener los caballos mejores. El Marqués le reprendía, diciendo: —¿Y para los pobres...?

Habiéndose ahogado en Comillas un hombre, por salvar a una muchacha, el Marqués fué al entierro, acompañándole el Sr. Nuncio Ragonessi. Ambos fueron a Campíos para acompañar al cadáver desde la casa mortuoria. El Marqués socorrió a la familia del muerto.

Muchas veces recogía en su auto a heridos o enfermos que hallaba en el camino.

Ibamos una vez a toda marcha, vió caminando penosamente a una mujer en cinta; mandó parar el auto, e hizo que la mujer se subiese a él, a pesar de que ella no quería.

En el Círculo de Obreros de Madrid (?) tenía los viernes reunión con los dirigentes; allí hacía muchas limosnas y caridades con los obreros.

A los viejos de la Plaza de la Independencia los hablaba y socorría para ganarlos para la religión. Sobre todo les preguntaba: ¿habéis cumplido con Pascua? Visitaba a los enfermos, los socorría y hablaba, y luego decía a los sacerdotes de San Jerónimo que fuesen a confesarlos.

Perdonaba las injurias.

Jamás le oí murmurar, más bien, si en la comida se decía algo contra la caridad, se dirigía a la persona, por ejemplo a su esposa, diciendo: «María, María.»

No tenía orgullo ninguno; lo que hacía de grandeza, lo hacía a más no poder.

En Madrid vivía en un piso modesto; como venían tantas visitas, la Marquesa echaba de menos la amplitud del local, etc., y dijo: ¡Ay Claudio! ¡cuánto desearía yo que el palacio de Comillas tuviese ruedas, para trasladarle a Madrid!—*¡Más quiero yo que se quede allí y bien clavado!*, respondió él.

Cuando veníamos de Madrid en auto traíamos comida; nos parábamos a comer junto a un río, y al terminar decía: ahora yo friego y tú secas. Así lo hacía, él fregaba los platos y cubiertos y yo secaba; cuando lo más natural sería lo contrario, ya que él quería hacer algo.

Cuando visitamos el monasterio de Guadalupe, me dijo: —Vete a ver el pueblo.—La Marquesa y demás también salieron un rato. Al volver para comer, encontramos la mesa puesta ¡por el Marqués!

Le oí decir muchas veces: *Yo he nacido para trabajar y ser pobre.*

Vestía con sencillez. Cualquiera de sus amigos vestía mejor. Como buen patriota, usaba siempre género español.

Nunca quiso ayuda de cámara ni de doncellas, como otros de menos categoría: le bastaba que le pusiesen el traje en el cuarto.

Tenía un auto viejo y malo. Le decían que comprase otro; no quería, diciendo que aquel bastaba. Al fin le persuadieron a comprar otro. Trajéronle de muestra uno muy lujoso y dijo: es demasiado; luego otros 4 ó 5; se fijó en el más modesto; preguntó: ¿tiene buena máquina? —Sí.—Y se quedó con el más modesto.

Vió la Marquesa una alfombra preciosa, que la encantó y hablaba mucho de ella. Pero ni el Marqués ni ella querían comprarla, porque costaba mucho. Estando

ambos juntos con D.<sup>a</sup> N. y D.<sup>a</sup> X., inició la Marquesa la conversación sobre la alfombra. El Marqués la hizo seña de que se callara, poniendo el dedo en el labio. Después D.<sup>a</sup> X. preguntó a la Marquesa porqué aquella seña; la cual respondió: —Porque estaba allí N., que hubiera dicho: ¡Compra la alfombra!

Esperaba en Comillas dos señores que iban a Asturias y tenían que hablar con él. Mandó a uno de la servidumbre a la fonda *La Colasa* que los invitase a comer. El enviado preguntó por los dos señores que iban a Asturias; le presentaron dos huéspedes, que él creyó que eran los aludidos y los convidó a comer de parte del Marqués. Aceptaron, se arreglaron y fueron al palacio. Habló el Marqués con ellos, y se extrañó de que no respondían al asunto de que se trataba. Cayó en la cuenta de que no eran los dos que él esperaba. Eran ¡dos periodistas!, ustedes dispensen, no me expliqué bien; pero quédense a comer. Mandó a buscar a los dos que esperaba; vinieron y los cuatro comieron con él.

Solía tener siempre preparada comida para huéspedes inesperados: el cocinero ponía más que para los de casa. Y por chanza decía la Marquesa (?): —Hoy somos cuatro o seis. Digo: ¡si al Marqués no le ocurre invitar a un periodista!

Era muy parco en el comer y beber. Los manjares que se presentaban delicados, él no los probaba. No fumaba, sino un cigarro después de comer y otro tal vez después de cenar; pero de un tabaco tan insípido, que no se podía ofrecer a nadie, como si le hubiesen quitado la nicotina, y sirviese más bien de medicina. Tampoco usaba vinos ni licores.

Para él no había diversiones, ni cines ni teatros; fuera de lo del palacio real, cuando le tocaba de turno, sólo le ví por compromiso asistir a una corrida de toros en San-

tander, porque asistía no sé qué personaje; pero a los 20 minutos se salió; y otra vez a una carrera de caballos en Madrid, a la que asistieron los Reyes y un personaje extranjero; pero también se salió sin terminar la carrera; y como su chofer no esperaba que saldría tan pronto, no estaba allí, y el Marqués en un coche de punto se volvió a casa.

De su amor al recato contaré el hecho siguiente: Salía la Marquesa para el Palacio Real con la doncella, y antes se presentó al Marqués, como solía. Había estrenado un vestido para la guardia, según todos, modestísimo. Mas no agradó al Marqués, el cual dijo a su esposa: —«¿A dónde vas con ese traje?—Esto bastó para que ella presentase una disculpa, y dejara la guardia aquel día. Decía la doncella que no estaba nada exagerada.

La Marquesa era muy buena y vestía muy modesta.

Nunca ví la más mínima diferencia entre los esposos. Vivía el uno para el otro.

Su trabajo era horrible; estaban asustados de lo que trabajaba. Alguna vez venía a comer a las tres o más; la Marquesa se disgustaba y él decía: *Mira, María, yo nací para trabajar y ser pobre*. Lo repetía muchas veces.

El estaba enfermo. Nunca le oí lamentarse de su enfermedad: siempre resignado.

No se alteraba por la pérdida de los barcos; porque decía que con dinero se arregla; pero sentía en el alma las desgracias personales. Cuando se perdió el *Santa Isabel*, no sosegaba pensando en las víctimas y en sus familias. Por eso no quería que llevasen mucho pasaje. Así cuando la guerra de Marruecos, los consejeros querían que fuesen los barcos abarrotados de gente; pero él se opuso temiendo algún naufragio, mina, etc., en que perecería tanta gente; prefería que se repitiesen los viajes: así se hizo.

Nunca vi en él cosa que fuese pecado.

A cuantas personas he oído hablar de él, todas tienen de él buena opinión: unos le tienen por santo, otros por muy bueno.

Sobre lo heroico de sus virtudes solíamos comentar que no había ninguno que las practicase como él.

Jamás oí a ningún servidor suyo hablar mal de él. En los nueve años que con él estuve, ni un solo criado salió disgustado; bien saliese por su voluntad, bien despedido.

Hasta aquí Antonio Calderón.

Su doncella *Gervasia Rementería* añade estos datos:

Era muy cariñoso con los criados; los trataba como a hijos, pero al mismo tiempo con respeto. A las criadas en los pasillos les cedía el paso, aunque ellas se resistían.

Cuando reprendía a los criados, lo hacía siempre con dulzura, diciendo: ¡Hijo mío! ¡Hija mía!

Una vez que le llamé de la cama cinco minutos más tarde, me dijo: —Hijita, cinco minutos de retraso por la mañana, son retraso para todo el día. Mañana me llamará a punto.

Todos los días se rezaba el rosario en familia; solía dirigirle su esposa, y si ella estaba ausente, le dirigía él. Durante el rosario nos hacía sentar, pero él se estaba de rodillas todo el rezo. Si no podía rezar el rosario en familia, le rezaba él solo. Cuando yo le llevaba agua para hacer gárgaras, antes de acostarse, le encontraba rezando el rosario.

Varias veces, al llamarle por la mañana, si estaba despierto le hallé rezando. En sus conversaciones nombraba con frecuencia a Dios.

El Viernes Santo nos leía la Pasión; el día de Nochebuena el nacimiento del Señor.

Su portero *Prudencio de la Torre* cuenta, entre otros muchos, este simpático rasgo:

Quería D. Claudio muchísimo a su portero Fumega. Una vez le mandó una cosa, y el fiel servidor, por hacerlo pronto, no entendió bien y lo hizo mal. Cuando volvió al Marqués para darle cuenta del encargo cumplido, éste contrariado, exclamó: —¡Por Dios, hijo mío! Sintiólo tanto Fumega, que se puso muy triste, y así estuvo algún tiempo. Notando la tristeza el señor, dijo a su sirviente: —Fumega, vamos a jugar un partido a los bolos. —Señor Marqués, si no sé jugar... —Pues si no sabe jugar, por lo menos arme.

Con tan fina delicadeza se le quitó la tristeza al buen portero, que fué contando el caso a la servidumbre, la cual lo comentaba llena de admiración y cariño hacia su amo.

Cuando murió Fumega, el Marqués asistió a su entierro, quedándose en el cementerio, hasta que taparon el nicho.

El 12 de setiembre, Santo de la Sra. Marquesa, mandaba él poner guirnaldas en el palacio. A la servidumbre nos obsequiaba con vino y pastas, y además nos daba una botella de vino y galletas o pasteles, para que disfrutase de la fiesta la familia.

¡No se ha visto cosa igual!, exclama Torre.

A estos rasgos encantadores relatados con tal sencillez por los que fueron testigos y participantes en ellos, queremos añadir algunos más, atestiguados por otras personas fidedignas.

Su servidumbre le adoraba, dice una sobrina suya. Velaba tanto por la moralidad de aquélla, que en esto no toleraba nada. Si alguno abusaba, le despedía, o se marchaba él, diciendo: Me voy, antes de que el Marqués me eche.

Otra sobrina refiere: Tenía D. Claudio una criada negra, que su padre había traído de Cuba; y cuando estaba

enferma, el Marqués para alegrarla la contaba cosas de su tierra.

Narra el sacerdote *Sr. Polo*:

Un día, en el espacio que hay entre el palacio y la capilla de Comillas estaba su cochero esperando en el pescante, pues el Marqués era puntualísimo hasta el minuto, porque tenía tanto que hacer: ni aguardaba ni hacía aguardar. Pasó D. Claudio a la capilla y al ver al cochero le preguntó: —¿Por qué no entra usted al rosario? Es que la Sra. Marquesa me dijo que al terminar tuviese preparado el coche, para dar un paseo.—Haga el favor de entrar al rosario, y si la Sra. Marquesa le dice algo, respóndala: «El Sr. Marqués me ha dicho que yo tengo un alma como la de ella.»

Semejantes delicadezas tenía para sus *empleados*.

¡Con qué fruición las cuenta desde la mar, 21 set. 1945, *José María Pérez*, camarero del trasatlántico *Villaverde*: —«Apenas llegado el vapor a Barcelona, se presentaba con los consejeros, almorzaban y se reunía el Consejo hasta las seis o las siete de la tarde, en que se marchaban todos a tierra, para regresar a bordo al día siguiente, y así hasta que el barco zarpaba. D. Claudio tenía buen cuidado de avisar por sí mismo al oficial de guardia que el personal se marchara para tierra a su hora, aunque él estuviese a bordo todavía; pues no quería causar perjuicio a nadie con su estancia en el buque.

El siempre se servía el último en la mesa, y aunque en la fuente que llevase el camarero quedase un insignificante residuo de comida, después de haber servido a los demás comensales, hacía señas, para que no fueran a traerle más, puesto que con ese residuo tenía bastante y le sobraba... ¡Comía tan poco!

Cuando salía del muelle llamado *Puerta de la Paz*, se embarcaba en un bote remado por cuatro marineros, él

cogía otro remo y se ponía a bogar, como lo podría hacer el mejor marinero.

A bordo del *Villaverde* le gustaba pasear solo por la cubierta, y siempre se veía asediado por algún tripulante o por otros que no eran tripulantes, pidiéndole alguna gracia. D. Claudio con su amabilidad característica a todos les daba buena impresión sobre sus deseos, y se tomaba por todos verdadero interés.

¡Cuántas cartas le he entregado yo en sus santas manos, haciéndole peticiones de distinta índole, de personal de la Compañía, que delinquieron, pidiéndole perdón a sus faltas; o de personal extraño, que se atrevía a pedirle pasaje gratuito o incluso dinero! Todos, absolutamente todos, recibieron contestación en sentido favorable.

Algunas cartas me dejaban pasmado... ¡Dios mío, cuántas cosas buenas habría que decir de este hombre bueno! ¡Yo que le he tratado de cerca, que he tenido el honor de servirle a la mesa, que más de una vez me he quedado extasiado oyendo su conversación amena, interesante, instructiva; porque D. Claudio era un hombre de vasta cultura, que abarcaba a todos los ramos del saber humano, en ciencias, en literatura, en las artes, en música, en poesía!...

El Marqués de Comillas fué un hombre fundamentalmente bueno, un virtuoso, un filántropo, magnánimo, dadivoso, con un corazón de oro, dispuesto siempre a remediar las desgracias ajenas

Caballero intachable y católico por convencimiento. En una palabra; *un santo*. Digno por todos los conceptos de que se le venere en los altares. Yo ya le he levantado un altar en mi corazón.»

Esto escribe el honrado marinero.

De alguna mayor categoría es el veterano *D. Manuel G. Arboleya*, sobrecargo que fué del vapor *Cataluña*.

Estaba, dice, el *Cataluña* fondeado (en Barcelona). A eso del mediodía se vió venir la chalupa en la cual venía *D. Claudio*. Todos, de correcto uniforme, formamos en el portalón, para recibirle. Como siempre, nos saludó con mucha amabilidad, y uno por uno nos fué estrechando la mano.

Una vez en la Cámara, dió con el bastón, que llevaba, unos golpes sobre un sofá, y como era de esperar tratándose de un mueble forrado, salió un poco de polvo. La única reconvención fué dirigirme a mí una mirada, como diciendo: Hay que tener más cuidado con el trabajo de los camareros. Pero sin pronunciar palabra: ya era bastante; su delicadeza no le permitió decirme nada que ante los demás pudiera causarme molestia. Fué un acto de verdadera caridad, que no todos los jefes saben practicarlo (13 mar. 1945).

\* \* \*

Alguien le ha tachado de un tanto serio, retraído y austero. En público y con los extraños era sí parco en palabras, como si el peso de los negocios y la responsabilidad de su puesto le abrumara. Pero cuando él podía dar salida franca a sus sentimientos, asomaba el *Claudio* de su juventud, jovial, bromista. — «Era un optimista con el corazón levantado, escribe el *Dr. Ortiz de la Torre*. Las expansiones de su alegría eran agudas, ruidosas: se reía como un niño.» Confírmalo *Dña. María Gil*, viuda del militar *Muguero*: Cuando mi marido le contaba cosas de Africa, se reía el *Marqués* de tal manera, que tenía que quitarse las gafas.

*Su carácter* era de los que atraen y subyugan, por aquella majestad proveniente, en parte, de su presencia

digna sin arrogancia; y más aún de su santidad, que le cautivaba la veneración.—Todos los jefes de los partidos políticos le respetaban tanto, que en las juntas todos estábamos ante él *como doctinos*, aunque tomaran parte personas de tanto relieve político como el General Azcárraga, el Marqués de Pidal, Sánchez Toca, Ugarte. Así se expresa el Sr. González Rojas, Secretario de la Junta de Acción Católica.

Yo mismo vi a Dato, Sánchez Guerra, Silvela y otros Presidentes del Gobierno cuadrados ante él *como un quinto*. ¿Por qué? Porque ninguno podía decir contra él ni un tanto así. Esto dice su Secretario Cabañas.

«Era tal el prestigio de que gozaba, bien merecido, escribe el insigne arqueólogo P. Carvallo, que incluso en la Corte se imponía su sola presencia. Cuando invitado por el Rey acudía a alguna función en el Palacio de Oriente, su presencia bastaba para que los cortesanos se mostraran con la mayor corrección: los caballeros evitando frases o palabras que a menudo se permitían entre ellos: y las señoras disimulaban más modestia reduciendo sus descotes.

Me contó una vez el Duque de Miranda, grande amigo mío, jefe de Palacio, un caso digno de ser contado.

Se celebraba en Palacio una gran recepción, cuyo motivo no recuerdo.

El Marqués de N,... que, como todos sabemos, no era modelo de bien hablar, y tenía mucha familiaridad con el Rey,... estando entre un grupo de cortesanos que rodeaban a D. Alfonso y hablando fuerte (en el sentido doble de mucha voz y despreocupación), apareció en el fondo del salón la figura caballeresca y prócer de don Claudio, que entraba a buen paso por ser ya la hora de recepción.

Apenas lo vió el Rey, le dió un codazo disimulado a N., diciendo: «Cállate..., que viene Comillas...» y enseguida se adelantó a su encuentro. Cosa esta fuera de protocolo en Palacio, y que rara vez lo hacía.» Hasta aquí el P. Carvallo.

\* \* \*

*Su distribución ordinaria* del tiempo era poco más o menos esta: Se levantaba a las siete y media; hasta las nueve cumplía con Dios; después del desayuno leía la prensa, y despachaba el correo; luego metíase en el despacho hasta las dos de la tarde. Comía en familia y por sus achaques de estómago reposaba dos horas tendido en un diván, en conversación u oyendo la lectura que de ordinario le hacía su esposa. A las cuatro hacía la visita a una iglesia donde estuviese expuesto el Santísimo y reanudaba su tarea, rezaba el rosario en familia; a eso de las nueve y media cenaba, y tras un rato de sobremesa, a las once se retiraba a su habitación; hacía el examen de conciencia y sus devociones particulares y se entregaba al sueño.

Tenía también metódicamente señalados los días de la semana para las distintas Juntas, y a la misma hora; y de no estar impedido por enfermedad o fuerza mayor, no faltaba a una, asistiendo siempre el primero o de los primeros.

\* \* \*

*Tenía hondo sentimiento de la belleza:* la salida directamente de las manos de Dios, y la producida por el hombre:

Una página verdaderamente grandiosa y original le sugirió la vista de la cueva de Ribadesella. Escribióla allí mismo con lápiz en el primer papel que sacó del bol-

sillo.—«¡Con cuán poco dinero se podría convertir en una catedral!» en la cual entraran con sus botes los marineros. Hace el diseño del templo que él imaginaba; y termina: —«Donde la naturaleza construye tan dignas casas de Dios, ¿a qué construir las mezquinas iglesias, que pueden costear los pueblos y las aldeas de este litoral?»

¡Qué arte tan aristocrático el de su parque! columnas, arcos, estelas, estatuas románicas... extraídas de las ruinas de Julióbriga, de Amaya, de otras ciudades, gracias a las excavaciones por él costeadas. Lo mismo que su museo de Comillas, donde recogió objetos prehistóricos, cuadros artísticos, colecciones de monedas, etc., etc. Estos méritos le valieron el título de *Correspondiente de la Real Academia de la Historia*; y él con su humildad echaba a broma el honor, que decía le sentaba como al cuervo las plumas del pavo real.

La Arqueología montañesa atraía especialmente su afición; y a su museo iban a parar, con las debidas licencias, las rudas estatuas de las iglesias, sustituyéndolas por otras modernas.

En especial le atraía la *Prehistoria*. El insigne Padre Carvallo, explorador de las grutas prehistóricas de la Montaña, halló en el Marqués su más decidido protector. He aquí algunos párrafos de la interesante relación que él se dignó hacernos.

«Desplegaba mi mayor actividad en dar a conocer la caverna de Altamira... Monumento prehistórico el más valioso del mundo. A este fin hube de dar un cursillo en Madrid... y varias conferencias... Al fin de cada conferencia la prensa madrileña daba el resumen de ella. El Marqués entonces mandó el coche a buscarme para comer con él y poder hablar de este asunto. Me propuso la excavación completa de una gruta prehistórica, elegida a

mi voluntad y en la Montaña. Opté por una en Villanueva de Villaescusa, cerca de la capital.

Unos cientos de objetos prehistóricos fueron el primer resultado de la investigación... A la vez obtuve también osamentas fósiles del gran ciervo, del caballo primitivo, del oso de las cavernas, etc... Ya todo esto en el palacio de Sobrellano [Comillas], D. Claudio gozaba viéndolo y él mismo me ayudaba en la limpieza y colocación de los objetos...; era para él un alivio después de las agobiantes horas de despacho, recepciones y firma...

Estas colecciones, a las que yo añadí otras mías, fueron la base y comienzo del que hoy es gran Museo Provincial de Prehistoria de Santander...

Un día que le presenté a un amigo mío, que se dedicaba a investigaciones arqueológicas, me dijo que le invitara a comer con él en su palacio; y así se enteraría de recientes descubrimientos hechos por este amigo en la Montaña.

Pero este arqueólogo, que no tenía costumbre de comer en mesas de esa categoría, y se veía mal para el manejo de aquellos cubiertos de tan diversas formas, causó la risa de unas jovencitas, sobrinas del Marqués; permanecía éste muy serio, y se puso a hablar más de lo que tenía por costumbre, para distraerlas y que no miraran al forastero.

Cuando terminamos de comer, las llamó aparte y con la mesura y suavidad en él tan característica, las echó una buena reprimenda.

Después me lo contaron ellas, y me decían que más sentían el disgusto de su tío que la reprobación.

Por mi parte jamás olvidaré aquella figura prócer de D. Claudio intachable caballero, caritativo sin límites; atento siempre y dispuesto a remediar las necesidades

del prójimo. En fin: *sabio y santo*, que es lo más a que un hombre puede aspirar.

Un día que le expuse mis temores de que la célebre caverna de Altamira, con sus insuperables pinturas rupestres, pudiera desaparecer por cualquier accidente, como guerra, terremoto, etc., me preguntó enseguida:

«¿Cómo cree usted que se puede evitar?» Lo primero, afirmé, poniendo apeos que garanticen la imposibilidad de un corrimiento de la bóveda. Y después, que el Ministerio mande hacer tres reproducciones exactas; una en Madrid, otra en Barcelona y otra en Santillana, bajo una montaña caliza y a mucha profundidad; de suerte que si una bomba o un obús cayera sobre ella y la destruyese, tuviéramos tres más en forma que las nuevas generaciones pudieran conocerla y estudiarla como nosotros.

Y añadí: creo que si usted lo propone al Ministro de Instrucción Pública, se conseguirá, por tratarse de un monumento prehistórico, único en el mundo.

«¡Lo pensaré!», fué su respuesta.

Al día siguiente me llamó para exponerme su proyecto.

«No quiero molestar al Ministro, proponiéndole el proyecto de que hablamos ayer, referente a la gruta de Altamira: prefiero hacerlo yo aquí en el Parque. Vea usted dónde será mejor, y hágame un proyecto aproximado, sobre lo que costará la obra.»

Cuando ya habíamos convenido en el sitio donde perforar el monte, y demás detalles, terminaba su veraneo, por verse obligado a regresar a Madrid inesperadamente. Quedó, pues, aplazada la obra para el verano siguiente.

Pero ese verano no llegó para él: el Señor en sus sabios designios lo tenía destinado para darle el premio merecido.

Su muerte produjo en mi alma dos sentimientos opuestos, pero compatibles: profunda tristeza por la ausencia de tan sincero amigo, y grande alegría, pensando que en el Cielo tengo un santo que me ayudará a salvar mi alma.»

Hasta aquí el P. Carvallo.

Hombre de exquisita cultura, fomentaba el buen saber, y gozábase en el trato con los sabios católicos, sobre todo montañeses, como Pereda y Menéndez Pelayo; a su gestión se debió la estatua erigida a este *Maestro* en el atrio de la Biblioteca Nacional de Madrid.

Tal era el patriarca de aquella *casa de bendición*.

## CAPÍTULO XI

### El hombre de Dios

Hombre de Dios es aquel cuya alma está unida a la Divinidad por el ejercicio de las tres virtudes teologales: fe, esperanza y caridad.

De la fe de D. Claudio dijo D. Rufino Blanco, Director de «El Universo» que *nunca se vió igual en Israel*.

Fe divina respira ya el primer artículo que a los 17 años escribió en su periódico humorístico *El Paraíso*. La fe se rezuma por las páginas del *Diario* de su viaje por Europa, recién terminada su carrera.

Efluvios de su fe viva brotan de todas las cartas de su vida, y de una manera sorprendente, de las escritas en su juventud a su madre, a su hermana mayor María Luisa, y a sus amigos.

Recordemos aquellos pasajes: «Cada día agradezco más a Dios, que me haya dado por patria un país que, aunque pobre, conserva aún vivas sus creencias» (a su madre, Burdeos, 26 marzo 1874).

A su hermana después de haber asistido en Londres a una función religiosa: «Cuando veo escenas así, es cuando más admiro nuestra religión: estos cuadros me parecen lo más sublime que se puede admirar en el mundo» (25 ag. 1874.)

*La vida de fe* era su vida, según aquella palabra divina: *El justo vive de la fe* (I). ¡Cuán pujante brota esa vida divina en las admirables contestaciones al pésame que le escribió su amigo Piélagó por la muerte de su hermano Antonio; y en las cartas de pésame que él a su vez escribía a sus amigos!, algunos de cuyos fragmentos hemos ya saboreado.

De la fe le nacía aquella plena *resignación*, recibiendo como de la mano de Dios tanto las adversidades como las prosperidades. De aquí aquellas expresiones: «Hágase la voluntad de Dios—Si Dios lo dispone—Bueno será cuando Dios lo ha dispuesto—Lo que Dios quiera...» Estas frases, dice una de sus sobrinas, que vivió al lado de él, también otros las dicen; pero es que al Marqués le salían de lo más hondo del alma.—Cuando nos preocupábamos de lo que había de suceder, me refirió su esposa, Claudio nos decía: —¿A qué preocuparse? Se ha de cumplir lo que Dios quiera, que será lo mejor.

*La fe le impulsaba a dar gracias a Dios* lo mismo en los sucesos adversos que en los prósperos. Al Director de su diario escribe: «Esperemos que el nuevo año Dios nos ayudará algo a levantar nuestro querido *Universo*, si así conviene» (25 en. 1915).

---

(1) *S. Pablo a los Romanos* 1, 17.

«Demos gracias a Dios que nos hace empezar el año con el legado de diez mil pesetas, de que Vd. me da cuenta» (II en. 1917).

*Con la fe consolaba a los afligidos.* Así al mismo Piélagó en la muerte de su hermana. Y a su amigo Movellán en la muerte de su padre. Según hemos leído en sus cartas de pésame.

La consideración de la naturaleza elevaba su mente a Dios.—«¡Esta es la obra de Dios!» era su exclamación final, cuando el Dr. Ortiz de la Torre le explicaba los intrincados problemas de la biología.

*De la fe nacía aquel espíritu sobrenatural* que le guiaba en todas sus obras y que ponderan sus familiares e íntimos amigos.

Tengo la íntima persuasión de que todas las acciones las dirigía a un fin sobrenatural, afirma D. José Gil.—Causaba la impresión de que todo lo hacía en la presencia de Dios, añade D. Ramón Padilla.—Y Dña. Inés Moxó: De su trato se sacaba que vivía más para las cosas del cielo que para las de la tierra.

Y como de la abundancia del Corazón habla la lengua, *el lenguaje del Marqués en sus conversaciones y en sus escritos era siempre espiritual.*

El Arcipreste de Plasencia, Sr. Polo, afirma: Siempre le oí hablar de cosas religiosas o de acción social católica, nunca de temas meramente profanos.—Cuando se hablaba de cosas meramente materiales, solía decir: «*No solo de pan vive el hombre*», atestigua una señora de su familia.—Yo le oí derivar su conversación en sentido espiritual; v. gr., para hablar de la hermosura del cielo, del poder y bondad de Dios, recuerda el Conde de Ruiseñada.

Y otra sobrina de él que vivió en su compañía: En las conversaciones, aun con los Prelados de la Iglesia, el punto más espiritual era siempre el suyo.

Yo mismo, asegura el Marqués de Valdeiglesias, yo escribí un artículo titulado «*El Hombre del Kempis*», por la frecuencia con que el Marqués de Comillas repetía las sentencias del Kempis y la fidelidad con que las observaba. En efecto parecía haber convertido en su propia sangre el áureo librito *De la imitación de Cristo*, de tal suerte, que en la conversación se desprendían de sus labios las sentencias de aquél con la mayor naturalidad. Como venerada reliquia conservo yo el mismo ejemplar que tantó manejo el Siervo de Dios.

Efluvios de su fe son las siguientes estrofas, que compuso en Lourdes 1873.

¿Qué haces, niño, al lado de esa tumba,  
Como estatua de mármol funeral,  
Inmóvil, solo...? —No, yo no estoy solo,  
Allí mi madre está.

¿Y qué aguardas llorando? —Aguardo verla.  
—Mas si ha muerto. —No ha muerto, lo sé yo.  
Escuchad lo que un día entre caricias  
Mi madre me contó.

Al hallarme mirando cuál dejaba  
Pintada mariposa de color  
El redondo capullo de áurea seda  
Que antes la abrigó.

—¿Ves, mi ángel?, la tumba es el capullo  
Do tomamos las alas al morir,  
Que del mundo del lodo al de las flores  
Nos permiten subir.

No se muere, por más que el cuerpo muera,  
Se deja la materia nada más:  
Duerme la oruga, y bella mariposa  
Vuela al despertar.

Sí, mi madre lo dijo: —No se muere,  
No, se deja al espíritu escapar:  
Dejadme, pues, aquí: yo quiero verla,  
Quiero verla volar.

Con sus rubios cabellos de crespo oro,  
Y sus ojos azules sin igual,  
Y unas alas de nácar, yendo al cielo,  
¡Qué hermosa debe estar!

Cuando ella, como un ángel, lance el vuelo  
Con la palma en sus manos, hacia Dios,  
Por más que lllore al verla que me deja,  
Quiero decirla: ¡Adiós!

\* \* \*

*El celo por la propagación de la fe* entre los infieles y herejes es fruto natural de aquella vivísima fe que iluminaba su alma.

No repetiremos lo que arriba escribimos sobre su empeño en construir numerosas iglesias y capillas en sus haciendas de Filipinas y Cuba. Nada diremos de su celo porque se enviasen sacerdotes españoles a la colonia española de los Estados Unidos. Las colgaduras, con que se adornó la villa de Comillas para recibir al Presidente de la República Argentina, Sr. Alvear, fueron a vestir a los indígenas de las Islas Carolinas. La misión de los jesuitas en China también participó de su magnificencia, cuando el vapor *Claudio López* (tío de nuestro Marqués) ondeó en Shanghai la bendita enseña de nuestra patria; por lo cual le da rendidas gracias el misionero P. Julio Herrera:

«Vernos a la sombra y amparo del Excmo. Sr. Marqués de Comillas redobla nuestro esfuerzo, y de nuevo

alienta nuestro espíritu para consumir gustosos los breves días de nuestra vida en honor de la religión y de la patria» (1).

El Vicario Apostólico de Fernando Póo en su larga relación de 1925 nos relata cómo el Siervo de Dios fué el salvador de la Misión de Annobón, estando para ser abandonada aquella isla solitaria; y en general él fué el gran protector de todo el Vicariato:

Tenía dicho a los superiores que, cuando el Gobierno de Madrid pusiera inconvenientes en los pasajes, no se demorara el viaje de los misioneros a Guinea, pues él respondería.

Favorecía a las misiones con la rebaja de lo que importasen para el culto. Donó para las obras de la catedral 25.000 pesetas y un hermoso retablo gótico. A él se debió la capilla de San Antonio, para el cultivo espiritual de la región del Moka. Concedió pasaje gratuito de segunda clase a los indígenas enviados por el Vicario a Canarias o a la Península, para hacer la carrera eclesiástica. Tales son algunos de los datos que nos suministra el Vicario Apostólico de Fernando Póo.

Una de las torres de la catedral de Santa Isabel, en agradecimiento a tan gran bienhechor, se llamó *Torre Claudia*.

La obra patriótica y evangelizadora de los Franciscanos en Marruecos quizá no haya tenido favorecedor más espléndido que el Marqués de Comillas. El P. Lerchundi le consultaba en sus grandiosos planes. D. Claudio quiso establecer a los misioneros en Río de Oro; ayudó a montar en Tánger la imprenta arábigo-española de la Misión; contribuyó a fundar el sanatorio de niños de Chipiona;

---

(1) CASCÓN, *Luz sin sombra*, II.

ayudó a la Cocina Económica con donativos mensuales por treinta años, etc. La Marquesa era Presidenta de la Asociación de Señoras Auxiliares de las Misiones de Marruecos, desde su fundación.

Finalmente a todos los misioneros españoles prestó un insigne servicio, logrando con su esfuerzo que en la Ley del Servicio Militar, que estaba redactando el Gobierno de Primo de Rivera, se consiguiera la exención de los misioneros.

Hé aquí cómo narra este hecho el tantas veces citado González Rojas. El cual en carta de 6 de julio de 1942, después de haber referido varios actos heroicos de virtud, se expresa así:

«Pero nunca admiré tanto el sublime desprendimiento del Sr. Marqués de Comillas como en un acto suyo, del cual fuí testigo y en el que me tocó ser actor.»

Abreviando la narración que nos hace, ella es como sigue:

Estaba redactando el General Primo de Rivera un proyecto de ley sobre el servicio militar, en el que se omitía el privilegio que la ley entonces vigente concedía a los misioneros, eximiéndolos de la milicia. Un martes estábamos reunidos, como de costumbre, los miembros de la Junta de Acción Católica en el despacho del Marqués, y recayendo la conversación sobre el asunto, oí decir a uno que quien se oponía al mencionado privilegio era el General Weyler, Presidente del Consejo de Estado; y según se decía, influenciado por el Sr. Marqués de Santa Cruz de Aguirre, Oficial del mismo Consejo.

Indicó entonces D. Claudio al P. Fuster, S. I., quien por decirlo así era el ponente en aquella cuestión, la necesidad de hablar al Marqués de Santa Cruz; lamentando que entre nosotros no hubiera quien le tratase. Al punto

me ofrecí yo a visitarle, ya que con él me unía una amistad fraternal.

D. Claudio entonces me dijo: —«¡Lástima no haber sabido yo antes la amistad que une a Vd. con el Marqués de Santa Cruz! porque él es quien tiene para informe un asunto mío de la Trasatlántica, que es para mí de vida o muerte; y hubiera deseado ponerme al habla con él, no para influir sobre su criterio, sino para informarle debidamente.»

Yo me presté a hablarle en este sentido, y D. Claudio asintió; pero reaccionando al punto me dijo: —No, no le hable de mi asunto, porque esto podrá perjudicar al asunto de los misioneros, que es el que a todos nos interesa. De lo mío Dios hará lo que convenga.

Se trataba de un asunto que para la Trasatlántica representaba cerca de veinte millones.

Al despedirse salió D. Claudio, como siempre, hasta la puerta del recibo, de la cual nunca pasaba por temor a la corriente que se establecía al abrir la puerta de la escalera; pero cuando ya habíamos pasado por ella, y el ayuda de cámara se disponía a cerrarla, salió él a la escalera, venciendo el temor que siempre tenía de hacerlo; y cogiéndome del brazo me dijo: —¡Por Dios!, Rojas, no diga nada al Sr. Ríos de mi asunto: lo importante es el asunto de los misioneros; de lo demás Dios dirá.

Fuimos el P. Fuster y yo a ver al Sr. Marqués de Santa Cruz; y contra lo que nos habían dicho, le encontramos en la mejor disposición a favor de los misioneros; y terminado el asunto principal de nuestra visita, contraviniendo a la orden expresa de D. Claudio, le hablé también del asunto de éste, logré poner a los dos en relaciones; viendo con qué delicadeza y con qué deseo meramente informativo, sin tratar en lo más mínimo de influir en el

ánimo del Sr. Ríos en sentido favorable a sus intereses, trató con él de esta cuestión.

Esto en un hombre de negocios, exclama el Sr. Rojas, es para mí verdaderamente admirable, y avalora la frase del Sr. Obispo de Calahorra, en su oración fúnebre de la catedral de Madrid: «El Sr. Marqués de Comillas era señor de los negocios; porque de ellos conservaba el señorío su religiosidad y gran corazón.»

Su pariente D. Antonio Satrústegui hizo el viaje de boda a Tierra Santa. Allí en su trato con la familia musulmana Osene-Eusebe tuvo el consuelo de que se convirtiese al catolicismo. Los padres con sus dos hijos de dos o tres años fueron a Jafa, donde los bautizó a todos un Padre franciscano con agua del Jordán.

Aquella misma tarde se embarcaron para España, huyendo de la persecución de sus antiguos correligionarios, que les hubieran hecho imposible la vida. El Marqués los tomó bajo su protección. En Comillas puede decirse que se criaron los niños, donde los llamaban los *turcos*. Habiendo enfermado el padre, hizo el Marqués que le llevaran a un sanatorio donde falleció. Los hijos tuvieron a su tiempo digna colocación en las empresas de D. Claudio. Tal es la narración que me hizo el mismo D. Luis Osene, caballero recomendable por todos conceptos.

Con el mayor empeño se esforzó en impedir que se abriese en Madrid una capilla protestante. ¡Y con qué sentimiento escribe a su madre por no haber conseguido todo lo que él pretendía: «Hube de dar no sé cuántos paseos oficiales y oficiosos con motivo de la célebre capilla protestante, que al fin es de temer se inaugure sin todas las modificaciones que se deseaban, pero con alguna más de las que acaso se hubieran exigido, si se descuida el asunto. Sin duda no hemos sabido trabajarlo

debidamente. Dios nos lo perdone, en atención al buen deseo» (marzo 1893).

Finalmente argumento irrecusable de su ardentísima fe es cuanto dejamos escrito en el capítulo precedente. Para que la ortodoxia de su periódico *El Universo* estuviese resguardada de cualquier desliz, se publicaba con licencia eclesiástica: y otro tanto aconsejó al Marqués de Valdeiglesias para el diario *La Epoca*, que éste dirigía.

\* \* \*

En el firme de la fe hinca su ancla *la esperanza*, según el dicho de S. Pablo: fundamento de la esperanza es la fe (*Hebreos* II, 15). Parejas, pues, habían de correr estas dos virtudes en el Marqués de Comillas.

Y a la verdad toda su confianza la tenía puesta en Dios. Afirmanlo así sus íntimos concededores: Le oí en momentos difíciles y en las adversidades que ponía toda su confianza en Dios, atestigua el Conde de Ruiseñada.—

Muchas veces decía: —«Hay que tener mucha fe en Dios.» «La misericordia de Dios es muy grande», y cosas parecidas, según testimonio de Martín Alvarez.

Hasta sentía arrestos para alentar con la confianza en Dios el ánimo de un religioso, como el sociólogo P. Vincent, S. I., con estas palabras: «No se preocupe usted por las censuras de *El Correo Español*. Sigamos adelante en nuestro camino y dejemos el resultado en manos de Dios» (22 feb. 1907).

Y tan avezado estaba a la contradicción y a la adversidad, y a recibirlas como don de la mano de Dios, que al decir de la Condesa de Gamazo, cuando las cosas le iban bien, solía decir: «Temo que Dios se haya olvidado de mí, porque hace algún tiempo que no me ocurre cosa adversa.»

De aquí que se le veía vivir con el corazón más en el cielo que en la tierra, y estimar más los bienes eternos que los temporales.

*El deseo de la felicidad eterna* fué el anhelo de toda su vida. Ya en el mismo día de la boda hicieron los dos esposos el pacto de avisarse el uno al otro cuando se hallasen en peligro de muerte, para prepararse a bien morir. Cumpliolo fielmente la esposa, y él recibió con la mayor tranquilidad el anuncio de su próxima muerte, como puerta que se abre a la eterna bienaventuranza.

La estimaba en tanto, que a trueque de alcanzarla decía él humildemente que se contentaría con ser *el hombre del purgatorio*, es decir el último en salir del Purgatorio. Así nos lo contaba la Marquesa.

Todo lo ordenaba a la vida eterna, atestigua D.<sup>a</sup> Francisca Güell; la cual recuerda unos versos que hizo el Siervo de Dios poco antes de morir; y a ella se los dictó su esposa. Son suspiros del alma ansiosa por su Dios:

Ya que, si es mi amor cual mío,  
Es tan grande vuestro amor;  
Haced que mi ruin querer  
Inflamado a vuestra voz  
Os mueva a morar en mí  
Y a mí a morar en vos.

Ese suspirar por el cielo no era sólo en los últimos días de su vida, cuando ya tocaba los dinteles de la gloria, sino el suspiro de su juventud. Sentía *mal de cielo*. Es frase suya en carta a su hermana. Es frase de aquel joven de 22 años.

Habíale escrito su hermana María Luisa que procurase estar alegre. El responde: «Me dices que no me entristezca; no tengo esa costumbre; y si alguna vez doy

albergue a la tristeza, es, a una tristeza dulce, que me llena de vigor y de consuelo; hija de lo que se llama *mal de cielo*, no puede menos de curarme todas las enfermedades de la tierra» (fines de agosto 1875).

Este *mal de cielo*, este lenguaje místico, demuestra cuán alto volaba aquella alma juvenil a las regiones celestiales.

Muerta su madre, en contestación al pésame del Padre Luis Martín, General de la Compañía de Jesús, escribe: «Ciertamente que la consideración de las virtudes que adornaron a mi buena madre, sus obras y su vida de piedad fortifican mi esperanza de que Dios la haya concedido un lugar entre los justos: y tan alto ejemplo redobla mi fe, para lograr un día puesto tan escogido, que a ella me reúna. ¡Aun por esta sola dulce y consoladora esperanza ¡cuán hermosa y grande es nuestra fe católica!»

¡Cuán firme se muestra esta esperanza del cielo en el siguiente rasgo narrado por el Sr. Marín Lázaro!: Visitándome D. Claudio para darme el pésame por la muerte de mi hija, poco después de morir la hermana de él, comparaba yo una desgracia con la otra, y él me dijo: «No es igual la impresión, porque a mi edad la muerte de mi hermana es como una despedida *«hasta luego o hasta pronto»*.

\* \* \*

Chispas de *amor de Dios* brotaban de continuo del corazón de D. Claudio. Brillaban en aquella devoción con que recibía todos los días el Santísimo Sacramento; en aquella íntima unión y trato con Dios; en aquella constante elevación de su mente a las cosas celestiales y divinas: en aquellas palabras encendidas que brotaban de sus labios y de su pluma; en aquella rendida conformidad de su alma con las disposiciones divinas, prósperas

y adversas; finalmente en aquellas ansias con que suspiraba por gozar de la compañía del Señor en el cielo.

«Nunca como en las tribulaciones se ofrece ocasión de demostrar a Dios el amor que le debemos», escribe a su esposa (dic. 1882).

*La intención de agradar a Dios* y de promover la gloria divina era el móvil que impulsaba todas sus obras.

Dícelo así el Sr. Patriarca Obispo de Madrid, aprendido de labios de la Marquesa: La vida conyugal era santa y continuamente dominada por la presencia de Dios.

Yo aprecié que toda su vida iba encaminada a hacer que Dios fuese conocido y amado. Así se expresa el Sr. González Rojas.

«Hombre verdaderamente cristiano y que no buscaba en la obra emprendida (del Seminario) su provecho u honra, sino únicamente la gloria de Dios y el bien de las almas»; tal es la impresión que sacó el P. Martín, General de la Compañía de Jesús, la primera vez que le trató en Santander.

De esta purísima intención de agradar a Dios es buena prueba lo que escribe el P. Arín, Rector del mismo Seminario: «todos conocían su bondad, acudían muchos a él solicitando la admisión o alguna otra gracia. El nos trasmitía las peticiones y las recomendaba con mucha caridad; pero al mismo tiempo con tanta delicadeza, que dejaba en plena libertad a los superiores del Seminario. Su deseo repetidas veces manifestado era que fructificase todo lo posible la institución en bien de la Iglesia y de la Patria» (10 jun. 1925).

Más aún brilla esta intención purísima en las palabras de su testamento: «En nombre de Dios Todopoderoso, a cuya paternal misericordia me encomiendo y a cuya justicia infalible me someto gustoso en vida y muerte. Amén...

Ordeno este testamento, después de pedir al Señor su gracia, para que en él, como en todos los actos de mi vida, me ajuste a sus inspiraciones santísimas, de las que ni un ápice quisiera apartarme...»

El que tanto amaba a Dios ¿cómo no había de *sentir en el alma sus ofensas?*

Pude apreciar que se entristecía por los pecados ajenos, atestigua un sobrino suyo; y si alguna vez observaba que yo por mi juventud no me portaba todo lo bien que él deseaba, se ponía triste.

Esta misma pena por los pecados ajenos, notaban otros íntimos suyos, como su amigo D. José Gil y su criado Calderón, que con frecuencia le oían lamentarse de los pecados del mundo.

Lo que no aguantaba a pesar de su habitual mansedumbre eran los *agravios al nombre de Dios*. El blasfemo le sacaba de quicio, y se iba a él sin respetos ni miedos humanos, y le afeaba su lenguaje por las buenas o por las malas.

Ibamos solos por la calle de Alcalá, narra Leopoldo Trénor; un carretero fornido pronunció una blasfemia: oírla, lanzarse lleno de indignación y abofetearle fué cuestión de un instante. Cuando se esperaba que el carretero devolviera al Marqués la bofetada, quedé asombrado de que le pedía perdón, dándole mil excusas, y el Marqués le afeó su conducta y se despidieron muy amigos.

¡Imprudencia! según tantos: D. Claudio, sin haberlo leído seguía el consejo de San Juan Crisóstomo: «Si en la calle o en la plaza oyes a alguien que blasfema de Dios, vete a él, incrépale; y si es necesario, no dudes en golpearle, dale un bofetón en el rostro, hiérole la boca, san-

tifica tu mano con tal puñada...; y si por ello arrostras la muerte, feliz fortuna para tí.»

Y no es este solo el caso: Oyendo a un mozo de estación una blasfemia, le cogió por la solapa de la chaqueta, y le zarandó diciendo: No consiento que usted hable así de mi Padre (María Gil).

Otro día caminaba en Barcelona con Ortiz de la Torre, a la hora en que los obreros interrumpían el trabajo de la mañana. Uno de ellos profirió una blasfemia, y el Marqués cogiéndole de las solapas y zarandeándole, le decía: ¿Pero sabe usted lo que ha dicho? Y al verle asustado y confundido le soltó. Durante el camino no habló D. Claudio una palabra más, como pesaroso de haberse dejado vencer del ímpetu (Enrique Barrie).

También empleó la suavidad, nunca la indiferencia, con los insultos a su Padre Dios.

Hablábamos los dos a bordo, narra su secretario señor Cabañas, un marinero soltó una blasfemia. Saltó el Marqués como una chispa hacia él, creí que le iba a hacer algo. Lo que hizo fué decirle con dulzura: —¡Criatura, pobrecito, mira qué has dicho! El hombre quedóse pasmado.

Trabajó mucho por extirpar la blasfemia, afirma su compañero el Duque de Bailén. En sus barcos se colgaban carteles prohibiendo la blasfemia.

Más horror aún le causaba el *sacrilegio*. Horripilante fué el cometido a bordo de uno de sus barcos por un oficial bastante ilustrado, que al retirarse del comulgatorio ¡escupió con desprecio la Sagrada Forma! El castigo fué fulminante: en el mismo punto en que D. Claudio lo supo, decretó la expulsión de aquel desgraciado. Así lo refiere G. Arboleya.

## CAPÍTULO XII

### Vida de piedad

De aquel espíritu de fe nacía aquella piedad y devoción honda, sincera y maciza, que llevaba consigo a todas partes, y sin querer se contagiaba a los que le contemplaban.

*La devoción a la Sagrada Eucaristía* fué la que se llevó la primacía entre todas las devociones del Marqués. Ya desde niño su piadosa madre le llevaba consigo los días de fiesta a comulgar y a oír misa *pequeña*, dice su doncella Tomasa, y más tarde oían misa mayor.

En las cartas que a sus familiares escribía desde el extranjero, siendo joven, hace mención de la comunión recibida. Después de la muerte de su hermano comenzó a frecuentar más los sacramentos; y cuando Pío X ordenó se abriese el sagrario a todos los hombres de buena voluntad, D. Claudio comulgaba todos los días, a no estorbárselo la enfermedad.

¡Y qué raudales de consuelos brotaban para él de esta divina fuente! Déjalo entrever esta carta desde Lourdes a Dña. Manuela del Piélagu. «Hoy he comulgado; lo cual te indicará que estoy fuerte, porque bien sabes que no me consiento este gusto, sino cuando lo puedo hacer sin riesgo.»

Para la comunión se vestía de etiqueta, chaqué y cuello duro, aunque comulgase en su capilla privada. No pedía menos el divino Huésped.

Preparábase media hora con la meditación, por el libro del P. *La Puente*, o con más frecuencia por las obras

del B. *Julián Eymard*, fundador de la Congregación del Santísimo Sacramento, *La presencia Real y la Sagrada Comunión*. Llevaba este libro debajo del brazo, estropeado de tanto manejarle, atestigua una de sus familiares, hoy religiosa; me encargaba que se le metiese siempre en el saco de viaje, añade su secretario particular Sr. Barreras. Acontecíale a veces encontrar tanto gusto y devoción en una sola sentencia, que por aquel día no podía pasar a otra.

Era tal su compostura en la capilla, que parecía abstraído, afirman sus familiares. Yo me ponía detrás de él, para verle, pues daba devoción, añade una de ellas. Estábase un buen rato de rodillas, rehuyendo el almohadón, que dejaba para los chicos.

Por humildad comulgaba el último, parecía querer pasar desapercibido. Deteníase veinte minutos en la acción de gracias, con sumo recogimiento.

Oía asimismo la *misa* diariamente, sirviéndose de algún libro piadoso.

En cierta ocasión le dije, escribe el P. Camilo García, Rector del Seminario de Comillas: —«Sr. Marqués, ¿cómo no oye la misa en algún aposento del palacio, en vez de ir al panteón? Porque este aire tan húmedo y esta niebla le perjudica.» —«Mientras tenga fuerzas, me respondió, para ir yo a Dios, es más justo que yo vaya, que no que el Señor venga a mí.»

Los domingos, además de la misa de comunión, oía la mayor en su parroquia.

En su diario *El Universo* hizo fervorosa campaña en pro de la *Liga General de Asistencia a la Santa Misa*, propuesta por el Dr. Steger.

Todos los días a eso de las cuatro de la tarde salía con su esposa a hacer la *visita al Santísimo*, bien en la iglesia de S. Pascual, donde se tiene solemnemente ex-

puesto a diario, cuando estaba en Madrid; o en otra iglesia donde se celebrasen las *Cuarenta Horas*; o donde por otro motivo hubiese exposición solemne.

Si alguna vez por enfermedad u otra causa no podía hacer esta visita, hacía la espiritualmente con su esposa en su cuarto, rezando ante una imagen de la Virgen (Gervasia).

En el templo no quería reclinatorio para sí; y no le parecía tan reverente poner debajo de las rodillas un papel o un pañuelo (Jorge Barrie).

*La procesión del Corpus* llenaba su alma de celestial consuelo. ¡Cuánto la añoraba desde Inglaterra cuando joven, en carta a su madre!

En el puerto llamado *Barceloneta*, vecino a las oficinas de la Trasatlántica, celebraba todos los años esta Compañía su peculiar procesión del Corpus, con la mayor solemnidad.

Testigos de vista sus servidores atestiguan cuántas veces y con qué piedad al pasar el Santo Viático se bajaba de su coche, adoraba al Santísimo, y cedía el coche al sacerdote. Son devotísimas las palabras con que lo narra su cochero Francisquet: «Cuando salíamos con el coche y se oía la campanilla del Santo Viático, se apeaba; y si Dios iba a pie, me decía: que suban al coche y llévalo donde sea, que yo me iré a pie. Ya podíamos estar lejos de casa.»

Fué el Siervo de Dios uno de los principales promotores del *Congreso Eucarístico Internacional de Madrid* en 1911. Gravísimos obstáculos se oponían a su celebración, siendo uno de los principales la oposición del Gobierno anticlerical. Pero todas las venció la fe y la constancia del Marqués. Por influjo del Marqués de Comillas, asegura D. Juan de Borbón, y contra el parecer del Gobierno, se decidió mi padre (el Rey) a celebrar el Con-

greso; dió su guardia real para la procesión del Santísimo; y participó personalmente en él, haciendo que la procesión entrase en el patio de su Palacio, y saliendo él al balcón con toda la familia real.

El Marqués asistió a la procesión, no entre la nobleza, sino formando con los obreros y luciendo ¡cosa en él inusitada! el *Toisón de oro*, la primera de todas las insignias que el Rey otorgaba, para honrar con ella al Santísimo Sacramento.

Con ocasión del Congreso, dice González Rojas, me encargó a mí la dirección de la Revista de la Adoración Nocturna *La Lámpara del Sagrario*, y la apoyó mucho e hizo grandes dispendios para el Congreso.

\* \* \*

*La pasión del Señor* era otro de los temas favoritos de su devoción. De sus mismos labios oí que meditaba mucho la pasión por el libro del P. La Puente, atestigua su párroco de San Jerónimo. Delante del Crucifijo hacía oración todas las noches antes de acostarse, añade uno de sus servidores.

El inició, organizó y costeó las fiestas del Centenario Constantiniano, que se celebraron en la iglesia de San Jerónimo. Durante un mes estuvieron viniendo las distintas colectividades a adorar al *Lignum Crucis* traído del Palacio Real. Gastó el Marqués más de veinte mil duros, afirma el mismo párroco.

En el pasillo de la sacristía al altar del oratorio de Comillas se halla la preciosísima escultura del *Cristo del Perdón*, obra del famoso Pereira, el mismo que labró el San Bruno de la Cartuja de Miraflores. La Duquesa de la Conquista, sabiendo la devoción que inspiraba al Marqués esta devotísima imagen, le hizo donación de ella.

Pues bien, ante esta efigie hacía él fervorósísima oración, de rodillas en el desnudo suelo.

Con veneración conserva el P. Domínguez, S. I., una estampa del Cristo de Limpias, que le regaló la Marquesa, y el Siervo de Dios llevaba en su cartera. Al dorso, de letra del mismo D. Claudio, hay escrita esta décima:

Sufre, pues por tí sufrí,  
Y en cuanto adverso te viene  
Sabe que así te conviene,  
Pues todo nace de mí.  
Mi bondad me puso aquí,  
Tu ingratitud me clavó,  
Nadie como yo sufrió.  
Y pues todo es por tu bien,  
Bebe una gota, por quien  
Un cáliz por tí bebió.

\* \* \*

*Apóstol del Sagrado Corazón de Jesús* puede con razón llamarse al Marqués de Comillas. Con qué satisfacción cuenta en una carta la solemne procesión celebrada en Panticosa, en la cual llevó él la imagen del Sagrado Corazón (4 ag. 1890).

Pertenecía al *Apostolado de la Oración*. Y con tal fidelidad cumplía lo prescrito a su grado, que si algún mes no le entregaban la hojita correspondiente, él mismo la pedía, al decir del párroco de San Jerónimo. Todos los años asistía con toda su familia al retiro espiritual de los socios en el Oratorio del Olivar (Madrid); y daba limosna para la celebración de la fiesta (Gervasia).

*El Cerro de los Angeles*. Este nombre va indisolublemente unido al del Marqués de Comillas. El fué uno de

los miembros de la Comisión constituída para erigir allí, en el centro geográfico de España, el magnífico monumento al Divino Corazón. El, uno de los que más dinero aportó. Fué increíble lo que para esto trabajó; el Cerro de los Angeles era para él una obsesión. ¡Cuánto hablaba de él! y cuántas veces por las tardes decía a la Marquesa: vamos a ver las obras (Calderón).

La Consagración de España al Divino Corazón fué la meta de sus aspiraciones. Él animó a mi padre a vencer los obstáculos y temores, para que oficialmente, como Soberano, hiciese la consagración, atestigüa D. Juan de Borbón.

La fórmula presentóla el Excmo. Sr. Melo, Obispo de Madrid, a la Junta de Acción Católica, donde se le hicieron algunos retoques.

Y llegó el 30 de mayo de 1919, aquel día de la solemnísimas consagración fué, según testimonio del mismo D. Juan, uno de los más felices de su vida. Asistió el Marqués con el traje de *Caballero de S. Gregorio*. La alegría se le rezumaba por todo su ser; y a su criado Calderón, que le acompañaba, así se lo manifestó. Estaban colmadas sus ansias; y la Duquesa de la Conquista en agradecimiento por el ardor con que él trabajó para dar cima a tan ardua empresa, le regaló la escultura del *Cristo del Perdón*.

Pero no, aún no era esto bastante; era preciso completar el monumento con otro que perpetuase la memoria de aquella noble gesta del Monarca; y el Marqués abrigaba planes fantásticos sobre un monumento allí mismo que representase al Rey en actitud de leer la consagración. La muerte le impidió realizarlos.

Desde aquel día, afirma el Sr. Patriarca Obispo de Madrid, no perdía ocasión de asistir a las solemnidades que en el Cerro de los Angeles se celebraban; y el mismo

Prelado le veía mezclado con el pueblo. Allí mismo en la colocación de la primera piedra del convento de las monjas Carmelitas, se cree que contrajo la enfermedad que le llevó al sepulcro, con la aureola de víctima de su amor al S. Corazón.

Con este dulcísimo recuerdo le consolaba el Sr. Obispo en su última agonía: «Acuérdese del Sagrado Corazón y del Cerro de los Angeles; y ofrézcale la vida por su reinado.» El moribundo, cuando ya no tenía palabra, aun tuvo la fuerza suficiente para dar una señal de afirmación.

\* \* \*

*A la Virgen Santísima* profesaba un amor de hijo. *El rosario* era su devoción predilecta. En las ingenuas relaciones hechas por sus criados hemos visto cómo le rezaba todos los días en familia con su servidumbre, al son de la campanilla, dirigiéndolo la Marquesa, y en ausencia de ella, él mismo; y mientras a los criados les mandaba sentarse, él le rezaba de rodillas desde el principio hasta el fin.

Cuando no podía rezarle en familia, le rezaba en privado. Cuántas veces, dice Calderón, le encontré yo en su despacho rezando el rosario.

Rezábale en todas partes, sin respeto humano: en los trenes, en los coches, en los sitios de veraneo, e invitaba a otros a que le acompañasen.

El actual párroco de Comillas, atestigua que la llegada del Marqués a esta villa se notaba por el sonido de la campana de su oratorio, llamando al rosario. Su estancia en ella se clausuraba con la fiesta de Nuestra Señora del Rosario. A la solemne procesión que la víspera por la noche se celebraba, asistía el Marqués, siempre con la cabeza descubierta, aunque otros se cubriesen por temor

al resfriado. Era un ejemplo admirable, escribe el Padre Cascón, verle con su rosario en la mano, cantando fervorosamente las Avemarías.

Las demás familias veraneantes, siguiendo su ejemplo, solían terminar su temporada de verano con la fiesta del Rosario.

A la cabecera de su lecho pendía el artístico cuadro de la Virgen del célebre *Bouguerau*.

Las sesiones de Acción Católica, que él presidía, siempre las empezábamos invocando a la Santísima Virgen. A su muerte me regaló su familia la imagen que él mismo tenía en su despacho, dice el Duque de Bailén.

Sin exageraciones, pero sin respetos humanos, un día llevó a un grupo de antiguos alumnos del Seminario a la Gruta de Lourdes, en su parque, y les dijo: «Recemos un Avemaría; es devoción que aprendí de mi madre.»

Muchos rasgos encantadores podrían referirse de su acendrado amor a Nuestra Señora.

En las fiestas milenarias de Nuestra Señora de Montserrat presentáronse de incógnito en el Monasterio a las dos de la mañana el Marqués de Comillas y su cuñado Joaquín del Piélago. Con aquella modestia propia del Marqués significó que venían solamente a descansar unas horas en el Santuario, oír misa y comulgar ante la Virgen. No había una celda disponible, pero en una pieza capaz había en reserva dos hileras de lechos tendidos en el suelo formados de jergón, sábanas y mantas, todo nuevo. Contentos aceptaron aquel humilde alojamiento; y satisfecha su devoción, dejaron en obsequio a la Virgen una limosna de *mil pesetas*; y se volvieron de incógnito, como habían llegado (1).

---

(1) *Gaceta de Vich* 28 abril 1925.

Por supuesto que llevaba de continuo los escapularios del Carmen y de la Purísima.

Cuando estaba en Madrid le gustaba mucho asistir a las funciones de la Congregación de la Inmaculada y San Luis Gonzaga. Allí al mismo tiempo iba conociendo a los jóvenes, que pudieran ser buenos elementos para las campañas por la religión y la patria, como atestigua Martín Alvarez.

«Mil y mil gracias, escribe a D. Rufino Blanco, por haberse acordado de nosotros, cuando se hallaba delante de la Virgen, y que Dios se lo pague a usted» (13 ag. 1912).

\* \* \*

¿Y cómo no amar al *purísimo esposo de la Virgen*? A San José nombraba patrono de sus Círculos y Patronatos de Obreros; y el día de su fiesta, después de haber comulgado con ellos, los obsequiaba.

¡Qué preciosas meditaciones del mes de San José las escritas por el Sr. Obispo Torras y Bages! ponderaba él mismo a su procurador Guasch.

El recurso a San José era el refugio de sus negocios apurados. En 1914 inundáronse sus minas de Orbó, de tal manera que no había remedio humano, y el mismo ingeniero desconfiaba poder salvarlas. Las noticias llegaban por telégrafo al Marqués cada vez más alarmantes. Llegó el 18 de marzo. Al comunicarle su Gerente D. Jorge Sastrústegui la catástrofe que se avecinaba, el Marqués quedóse callado; pero al poco rato con la sonrisa en los labios dijo: «Querido Jorge: hemos hecho cuanto humanamente hemos podido, y ya no nos queda sino pedirle a San José mañana que nos resuelva favorablemente el conflicto; vamos a pedírselo así al recibir mañana la sagrada comunión, y que Dios disponga por su intercesión lo

que más convenga.» El día 20 temprano anuncian que la crecida cesa. Las minas estaban salvadas.

Algún tiempo después decía el Siervo de Dios a Sa-trústegui: «Debemos mostrarnos agradecidos a San José, que nos arregló el conflicto, y colocar su imagen en la capilla de las minas.» Hoy los obreros acuden a su Patrono, colocado en hermoso altar de la iglesia.

Con peculiar devoción veneraba a San Francisco de Asís, por su pobreza de espíritu; a San Francisco de Borja, Duque de Gandía, por su desprecio de las grandezas del mundo; a San Francisco Javier, por su celo apostólico; a San Luis Gonzaga, por su angelical pureza.

Con el recuerdo de estos Santos le consolaba y animaba su esposa en la agonía.

Muchas veces en las conversaciones le oía yo hablar de San Ignacio de Loyola y de San Francisco Javier, dice su criado Calderón. El mismo, la víspera de su muerte, dijo a su confesor el P. Velasco, S. J., que siempre había tenido devoción a San Ignacio, y siempre le había atraído mucho su espíritu magnánimo y emprendedor. Con el agua de San Ignacio mojaba sus labios moribundos la cariñosa mano de su esposa.

\* \* \*

En grandísima estima tenía el tesoro de las *indulgencias*. A la entrada de su oratorio de Comillas pende el diploma de agregación del oratorio a la Basílica de San Pedro, que le fué otorgado, para que su oratorio gozase de todas las indulgencias y gracias espirituales de la Basílica Vaticana.

El obtuvo también para su oratorio el privilegio perpetuo de la Porciúncula. A este propósito escribe el Padre Arín, Rector del Seminario: «El Sr. Marqués solía

tener un empeño especial por llegar para ese día a Comillas, y solíamos decir: Verán ustedes: el Sr. Marqués vendrá para ganar la Porciúncula; y si mal no recuerdo, algunos años llegó el día 1 ó el 2 de agosto por la mañana; allí le veíamos hacer las visitas entre los muchos que concurríamos para aprovecharnos de aquel tesoro.»

\* \* \*

Era hombre de *meditación frecuente*. Me consta que hacía oración mental por la mañana y por la noche, afirma su secretario particular Barreras; y para ella se servía de muchos libros, que llevábamos en los viajes.

Ya hemos visto cómo los temas favoritos de su meditación eran la S. Eucaristía por las obras del B. Eyraud, y la Pasión del Señor, por el libro del Venerable La Puente, S. I.

Para su *lectura espiritual* le ví con frecuencia en la mesa de su despacho, juntamente con los libros de negocios, otros libros religiosos, atestigua el Marqués de Valdeiglesias. La lectura del *Kempis* parecía haber sido el molde de su vida. Encantábale también la *Vida devota* de S. Francisco de Sales (Martín Alvarez). Sobre todo en sus enfermedades entreteníase con las lecturas piadosas, como notaban sus criados (Calderón, Gervasia).

\* \* \*

Puede con verdad decirse que estaba dotado de verdadero *espíritu de oración* y trato continuo con Dios.

En los actos de la vida corriente recurría con mucha frecuencia a Dios, pidiéndole acierto en las resoluciones (Barreras). A veces trabajando con su primo D. Santiago López o con D. Javier Gil, nos pedía la merienda, y al re-

tirar el servicio, antes de reanudar el trabajo, solían decir, unas veces por iniciativa de él, otras por la de D. Santiago o D. Javier: —Vamos a rezar un rato (Calderón).

Rezaba las oraciones de la mañana y de la noche; antes y después de las comidas; antes y después de las sesiones de Acción Católica y de Acción Social; las oraciones o *itinerario* de los caminantes, al emprender los viajes; el *Angelus* al toque de esta oración, interrumpiendo, si era preciso, el juego. Son hechos atestiguados por personas del todo fidedignas.

Todo esto, en un hombre de tantísimo trabajo y de tanta multitud de negocios de la índole más variada, es sencillamente admirable.

Así combatía el Marqués de Comillas lo que el Papa Pío XII ha llamado la *herejía de la acción*; o sea esa actividad inmoderada en la Acción Social, en la Acción Católica y en otras empresas de apostolado, que descuida la oración: *Ora et labora*. Trabajar después de haber orado. Hé aquí lo que con su ejemplo nos enseña este Siervo de Dios.

\* \* \*

Al volver del entierro de D. Claudio el Marqués de Camarasa, enviaba el pésame al Ministro Sánchez Toca, amigo común de ambos. El Ministro le contesta: «En su trato es donde recibí la máxima edificación y la más valiosa enseñanza respecto al saber hablar con Dios y como en conversación interior; así como la utilidad de las adversidades, y de lo más valioso de las obras que proceden de la caridad, y las máximas enseñanzas de cómo debe el hombre pensar humildemente de sí mismo.»

Esta misma enseñanza aprendieron y practicaron muchos otros, que con el Marqués tuvieron trato, y sin ser antes tan piadosos, se hicieron piadosísimos. Así don

Antonio Correa, Director de la Tabacalera, confiesa: «Esto (el ejemplo de piedad que me dió en la muerte de su hermano) y nuestras conversaciones más frecuentes cada vez, por la amistad que íbamos estrechando, me hizo considerarle como un modelo a quien imitar en todos los órdenes de la vida, y cuyo ejemplo me propuse seguir.»—Así un amigo íntimo, educado en la filosofía kantiana, que procuraba imitarle; y el Sr. Cambó (?), que decía sentir satisfacción en verle, porque hacía bien a su alma.—Así el religiosísimo Marqués de Camarasa, difunto, el cual trataba las cosas de su espíritu con el Siervo de Dios, cual si fuera su director espiritual.

## CAPÍTULO XIII

### El limosnero mayor de España

Así le apellidó en el *Siglo Futuro*, 20 de abril de 1925, el renombrado escritor Marín del Campo (*Chafarote*): «el limosnero mayor de España en el pasado y en el presente siglo».

Esta fama de limosnero es la más extendida del Marqués, por ser la cualidad que mayor número de personas palparon y agradecieron.

Imposible hacer un recuento, ni siquiera aproximado, de sus limosnas. Pensiones perpetuas o por largos años, socorros para salvar de ruina inminente a familias acomodadas, organizaciones de caridad dirigidas por sus capellanes, obras de beneficencia al por mayor; suscripciones benéficas, todas o casi todas las que se abrían en España; limosnas al menudeo: tales eran los canales por donde el

río caudaloso de la caridad nacido en el corazón del Siervo de Dios, iba regar las áridas tierras de los necesitados.

Su capellán y limosnero Verdaguer, tan buen poeta como mal administrador, tenía carta blanca para socorrer cuantas necesidades conociese. El mismo Mosén Cinto aseguraba que pasaban de 300 las familias socorridas por él en Barcelona con la bolsa marquesal; y la cantidad sembrada a voleo sobrepasó, según algunos, al millón y medio de pesetas.

Aparte de esto, persona bien enterada decía que la beneficencia en Barcelona le salía al marqués por centenares de miles de duros al año. El Capellán Mayor de la Trasatlántica, Sr. Vilaseca, afirma que por su mano se distribuían mensualmente varios miles de pesetas en la ciudad condal. Otro de sus amigos y agentes en este ministerio de caridad asegura que por él pasaban cada año más de 30.000 duros.

A miles mensuales ascienden las repartidas en el pueblo de Comillas y sus alrededores. En Madrid sólo el año 1924 repartió para pobres vergonzantes, y por mano de un solo limosnero que lo atestigua, cincuenta mil duros. ¿Quién podrá contar las que prodigó en las calamidades que de vez en cuando afligían a los pueblos y ciudades? Cuando en 1893 la explosión del vapor *Cabo Machichaco* destruyó buena parte de Santander, arrebatando numerosas vidas, el Capitán de la Trasatlántica, Venero, encargado por él de la distribución de las limosnas, repartió cantidades enormes.

La inundación de 1894 causa estragos en un barrio pobre de Comillas; llega la noticia a oídos del Marqués, que se hallaba en Santander, y volando en coche de cuatro caballos acude al socorro, con tal celeridad que revienta uno de los caballos. Ya para entonces su buena

madre había acogido con maternal solicitud en el palacio a los desventurados pobrecitos; cuenta al hijo emocionada el suceso; y éste, con sentimiento por la desgracia, pero con complacencia por haber servido su palacio de albergue a los desvalidos, se dispone a remediar los daños. A la mañana siguiente, domingo, reúne en la sacristía de la iglesia a los vecinos, delibera con ellos las providencias que han de tomarse; y manos a la obra. Excusado es decir que su bolsa estuvo abierta para los necesitados.

La gripe de 1918 se ensaña en el vecindario. El Marqués, contra lo que tenía de costumbre, prolonga su estancia en la villa, para que nada falte a los apestados pobres. Encarga a su fiel empleado Abarrategui ir casa por casa enterándose de las necesidades; eran tantos los invadidos de la peste, que el buen empleado necesitó ayuda; puso el Siervo de Dios auto a dos médicos, para que asistiesen con prontitud a los enfermos; proveyó a éstos de todo lo necesario. Muchos miles de duros gastó en aquella ocasión. ¡Si no es por el Marqués se muere medio pueblo!, exclama Abarrategui.

D.<sup>a</sup> Petra López se complacía en referirnos el siguiente cúmulo de caridades, que el Siervo de Dios derramó sobre su familia.

Mi abuelo materno fué catedrático del Instituto de Santander; trató al Marqués D. Claudio; de aquí nuestras relaciones con él.

Mi padre se arruinó, y para poder vivir fué a la Argentina: el Marqués llevó gratis en sus barcos a mi padre y a los diez hijos. Mi padre enfermó en Buenos Aires, y no hizo fortuna: El Marqués nos trajo gratis de allá a todos: colocó a un hermano mío en los barcos, a otro en el Banco Vitalicio de España, y a dos los puso a estudiar en el Colegio de los jesuitas de Caspe (Barcelona).

En la calle de Petritxol, junto a su palacio de Puerta Ferrisa, nos puso piso amueblado, gratis, a los padres y a los diez hermanos. En Navidad nos mandaba turrón, etcétera, sin faltar detalle, y él mismo con el Capellán Moisés Güel y otra persona venía a traernos dos o tres pavos, pues éramos muchos. Al volver de caza con su cuñado Güell venía a traernos parte de ella.—Mi madre decía: —Sr. Marqués, esto es demasiado. —Mira, Erasma; respondía, con el dinero no se va al cielo; en la caja de muerto no me lo han de echar. —No sé cómo darle gracias, decía mi madre. —No hace falta, viene de Dios: quiero que lo que hace una mano no lo sepa la otra.

Todo el dinero que nos hiciese falta para vivir, lo daba él: así muchos años: nunca nos faltó nada. Mis hermanos para ganar más, querían ir a Buenos Aires: el Marqués no les dejó: —Mirad aquí por vuestra madre; cuando ella muera, yo os colocaré bien.

Mi madre contaba a la Marquesa nuestras necesidades, y lo mucho que por nosotros hacía el Marqués. —No diga usted a Claudio, que esto es ya mucho, porque se ofende, y dice que es de Dios.

Al Marqués decía mi madre: —¿Porqué no nos coloca en su casa o en otra de su familia, como ama de llaves, o lo que sea? El, para que no nos sintiésemos humillados, pues habíamos venido a menos, respondía: —No, yo estoy al lado de usted, lo que habría de ganar, se lo doy yo.

Antes de morir, nos dejó encomendados a su primo D. Santiago López: mis hermanos se fueron a Buenos Aires, y D. Santiago los trajo; éste decía: tengo que cumplir el encargo de D. Claudio: lo que él haría, eso hago yo. A mi madre y familia nos dejó pagado un nicho en el cementerio de Barcelona.

¡Son cosas que no se olvidan nunca! Hasta aquí doña Petra López.

30.000 duros dió para el rescate de los novicios de la Compañía de Jesús portugueses, que la república guardaba en rehenes. Pasaje gratuito al Brasil en sus barcos a los jesuitas portugueses desterrados.

Terminada la primera guerra europea en 1918, se abre un mísero asilo para huerfanitos alemanes en un barrio de Berlín. Allá llega la beneficencia del Siervo de Dios. Un piadoso y caritativo español, que me lo refirió, en un viaje a la capital de Alemania encarga una función solemne en aquel asilo, para que Dios conceda el triunfo a las armas españolas en el arriesgado desembarco de Alhucemas, que iba a intentar Primo de Rivera, durante la guerra última de Marruecos. Asistió la Embajada española; predicó en alemán el capellán del asilo; pero a la mitad del sermón sorprende al auditorio con un párrafo en castellano, para revelar este recuerdo cariñoso: *¡Un gran español, el Marqués de Comillas, ha estado enviando a este pobre asilo cheques de tres mil y cuatro mil marcos!*

«De ochenta o noventa cartas personales que recibía diariamente, escribe su Secretario Cabañas, la mitad eran de petición; rara era la que quedaba sin respuesta. Muchas veces para esta tarea prescindía de mí y él mismo o alguien comisionado llevaba la anhelada respuesta.»

Y que no le dijese su mismo administrador, ni siquiera por rodeos, que el presupuesto de sus limosnas no daba para tanto. Con plácida sonrisa contestaba él: «No me había fijado en que tiene usted demasiado trabajo, para su edad, y esto de las limosnas es complicado. Ya le enviaré quien se encargue de esa sección...»

Otras veces cortaba las advertencias diciendo: ¡Pero qué preocupados andáis, temiendo que me voy a quedar pobre!—O aquello que respondió a su administrador general: Cueto, y dando esta limosna, ¿nos quedará para ir a comer un pedazo de borona a nuestra tierra?—O con

esta frase: Mira, Erasma, con el dinero no se va al cielo; en la caja de muerto no me lo van a echar.—O con aquella otra: Como María y yo no tenemos hijos, quiere Dios que seamos padres de los pobres.

Al salir de casa había que ponerle siempre un buen puñado de pesetas en el bolsillo. Se le acababan pronto, y pedía prestado a su cochero. Frecuente era este diálogo: —Francisquet, ¿te queda algún dinero? —No, señor, pero ya hallaré quien me lo preste. Y el Marqués esperaba en la calle, mientras Francisquet se iba a una tienda conocida y sacaba un puñado de pesetas.

Casos pintorescos los hay a granel. Recordemos lo del *Sapo de Comillas*; y el mocito de Madrid apasionado por el toreo, que refiere su criado Calderón; y el siguiente rasgo heroico de desprendimiento:

Era el Banco de Barcelona el más acreditado de Cataluña. Al amenazarle la quiebra, se prestó a salvarle de la ruina, para librar de ella a tantas familias modestas, que tenían allí sus ahorros.

Refiere D. Luis Mon, de Comillas, que estando él en Asturias con el primo del Marqués, D. Santiago López, recibió éste a eso de la una de la mañana un largo telegrama cifrado, en el que D. Claudio le decía cómo había quebrado el Banco de Barcelona, y que él ponía toda su fortuna para salvarle: —¿Y tú qué piensas hacer? —Lo mismo, respondió D. Santiago. Perdió entonces el Marqués varios millones, pero salvó la situación angustiosa del Banco.

\* \* \*

Ni esperaba a que le pidieran, ni aguardaba, si podía, a que se enterasen del favor. He aquí el rasgo, que cuenta D. Enrique Barrie: Asistiendo al entierro de D. Ma-

nuel Arnús en Barcelona, subíamos D. Claudio, Ortiz de la Torre (Alfonso) y yo por un lado de la ancha escalinata del cementerio, y al mismo tiempo bajaba por el otro lado un pobre hombre con un palo al hombro, y de él suspendida una cesta hacia la espalda. El Marqués iba silencioso, meditabundo, supongo que rezando, y al cruzarse con el hombre, disimuladamente le echó por detrás dinero en la cesta. ¡Qué sorpresa la del pobre al llegar a casa y encontrar en la cesta lo que él no había puesto!

Recuerda su amigo González Rojas el hecho siguiente: Estaba yo en su casa dictándome un telegrama de felicitación para el Papa, y mientras meditaba las palabras iba paseando del uno al otro balcón. En esto apretó el botón del timbre, apareció el sirviente, y el Marqués sólo le dijo en voz baja: «Aquel pobre.» Ya sabía el criado lo que tenía que hacer.

Esto mismo lo recuerdan con edificación sus criados. No esperaba a que el pobre le pidiera limosna; él se adelantaba a dársela. En Barcelona desde su habitación veía pasar un pobre por la Rambla, e inmediatamente mandaba a uno: Vaya, déle esta limosna, corra, que no le pierda de vista. Así se expresa su doncella Tomasa. A veces teníamos que correr para alcanzar al pobre, añade Calderón.

No se crea por esto que el Marqués daba sin ton ni son; cuando se trataba de cantidades considerables, pedía antes informes. En cuanto a limosnas pequeñas no reparaba tanto. Frase suya era: ¡Si hay pobres que llevan en su cara la miseria!

Con sus limosnas contribuía a que jóvenes de familias modestas pudiesen hacer una carrera. Así el médico Dr. Nogueras (Escardó). Así el sacerdote D. José Rodríguez, hijo de un fogonero náufrago de la Trasatlántica, quien refiere que muerto su padre, el Marqués mandó

acrecentar la pensión de su madre, «para que madre e hijo pudieran trasladarse a la ciudad de Mondoñedo» (a fin de que él pudiera estudiar allí la carrera del sacerdote). Esta pensión la sostuvo el Sr. Marqués hasta que él murió, a pesar de que llevaba yo varios años de sacerdote. Desde aquel momento de recibir la pensión, sin vivir en la riqueza y sí con economías, tanto mi madre como yo, no conocimos ninguna necesidad ni apuro. A tan santo varón debo yo lo que soy» (21 mar. 1943).

El Marqués de Movellán, accionista de la Compañía Trasatlántica, refirió a su íntimo amigo el arqueólogo P. Carvallo, cómo D. Claudio, llevado de su caridad inagotable, llegó un año a un balance anual muy desfavorable.

Una de las causas era el sostenimiento de varios conventos de monjas de clausura en poblaciones pobrísimas de Castilla, a los que suministraba carbón, alimentos y dinero a manos llenas.

Finalmente era tal la largueza con los pobres y necesitados, que decía un señor: —Si yo muriese sin recursos, le dejaría albacea-contador; porque miraría por mis hijos, metiéndolos en un colegio (Guasch).

Y con ser tanta su caridad, todavía le oía repetir su criado Calderón: ¡*No hacemos bastante por los pobres!*

\* \* \*

Tan admirable como su largueza, era el espíritu con que hacía la limosna.

Hacíala en lo posible *oculta* a los ojos de los hombres, observando el consejo del Evangelio: «Cuando des limosna, no sepa tu mano izquierda lo que hace la derecha.»

Es cosa que hemos podido advertir en varios hechos antes referidos, y que ponderan sus íntimos conocedores, como Martín Alvarez. Quería el Marqués limosnero que ni el mismo favorecido se enterase de la limosna, o de cuya mano venía.

Ofrecía fácilmente sus bienes temporales, dice el Padre Guim, sin alardear, de modo discreto, cuando las necesidades económicas se oponían a realizar obras espirituales, como le oí en la Junta del Congreso de Educación: pues decía discretamente: —Esta dificultad económica tendría remedio—; y todos entendíamos que se refería a su aportación personal.

Esta delicadeza la extremaba sobre todo con los pobres *vergonzantes*.

«Pocos días después de su fallecimiento, escribe el P. Cascón (1) oíamos a un prestigioso caballero de Madrid, por cuyas manos pasaban gran parte de sus limosnas *silenciosas*, que en el año 1924 había él recibido del Marqués sólo para alivio de los pobres vergonzantes la respetable suma de 250.000 pesetas.»

Narra el sacerdote D. Cayo Martín Lozano estos dos casos: Unas señoras tenían dos casas y necesitaban arrendar una para pagar los gastos de su veraneo. D. Claudio con la mayor delicadeza, para que no se sintiesen humilladas, mandó a su secretario Cabañas que las alquilase la finca. Pagólas el alquiler, y de ahí a muy poco las comunicó que él ya no necesitaba la casa y podían disponer de ella.

Por su mal comportamiento había que despedir un alto empleado de la Trasatlántica en Cádiz, tan soberbio, que decía: —No quiero recibir nada. Sin embargo don Claudio le fué dando en secreto.

---

(1) *Luz sin sombra*, VIII.

Al morir un periodista, que había esgrimido su pluma contra él, socorrió a la familia diciendo a la esposa: —Tengo una deuda con su marido (Marquesa de Castellodosrius).

Para disimular más la limosna a señores que habían venido a menos, los colocaba en cargos de poco trabajo (Solá).

Cierto médico nada religioso recetó para mi hija unas inyecciones costosas diciendo: No tema el coste, no le costarán nada.—Las pagó el Marqués por tercera persona. Esto refiere el Sr. Escardó; el cual añade: Me refirió el Dr. Durán que él daba los específicos como de propaganda; pero iban a cuenta del Siervo de Dios a través de D. Santiago López.

*Iba la limosna unida a un amor tiernísimo y una profunda veneración al pobre.*

Atestígualo la Marquesa de Castellodosrius: «Al presentársele un pobre, se levantaba y estaba cuadrado ante él, como viendo la imagen de Cristo.»

Yo mismo le acompañé algunas veces a su finca de Alamín, añade el Conde de Ruiseñada, y recuerdo que al llegar acudían los pobres de las cercanías, hasta cincuenta. Hacía que se sentasen en filas, y cuando él se acercaba con el capellán, no consentía que se levantasen; preguntaba a cada uno sus angustias y necesidades y les socorría.

D. Indalecio Maroto, a quien D. Claudio llevó a Alamín de capellán y de maestro, cuenta lo que allí pasaba con los pobres:

—«Cuando venía a la finca generalmente le acompañaban familiares y amigos, que venían a cazar; pero nunca salía él de caza sin hablar antes a los muchos pobres que acudían todos los días de los pueblos vecinos. Me tenía dicho que los ordenara por familias, porque quería

hablar a todos. Después de oír misa, comulgar y desayunar, salía; y para no ser molesto a los invitados (a cazar), los enviaba por delante... Cuando se quedaba solo con sus pobres, había que ver las palabras de cariño y consuelo que decía a todos: como yo conocía a casi todos los pobres, me tenía dicho: —Cuando hable yo a alguno que sea de mayor necesidad, me lo indica usted disimuladamente; y cuando llegaba a un caso de éstos, se multiplicaba en palabras de cariño; no parecía sino que Dios le inspiraba; y si a los demás daba como a dos, a éstos como a cuatro.

Un día al volver con los cazadores había a la puerta un número de pobres mayor que a la mañana: los ordené como quería, los hablé y socorrí como a los otros; y terminada la obra de caridad, me hace la pregunta siguiente, que me dejó pasmado: —¿Usted cree, D. Indalecio, que yo puedo estar tranquilo? Yo que había presenciado tanta caridad, no sabía cómo contestarle, y dije: —Yo creo que sí: ha socorrido usted a estos pobrecitos, que son unos ciento, los ha consolado y aconsejado cariñosamente: creo que puede estar tranquilo.

—Pues no estoy satisfecho; porque ¿qué hemos hecho?, remediar el hambre de estos pobrecitos hoy y tal vez mañana; pero ¿y después?; estarán lo mismo. Yo lo que quisiera es remediarlos no para un día, sino para más tiempo; por ejemplo comprando unas cabras, y lo que produzcan para ellos; pueden pastar en la finca. Si hay alguien en Almorox que quiera ayudar, cuente usted con el dinero que sea necesario, y cuanto se puede aprovechar de la finca.»

*Iba la limosna impregnada de un amor sobrenatural.* En Barcelona mandaba socorrer lo mismo a los negros que a los blancos; atestigua el Sr. Vilaseca, su limosnero. Para él no había distinción de razas: en todos Cristo.

Presenciando el insulto de un blanco a una negra, le increpó el Siervo de Dios lleno de santa indignación, tanto que al llegar a casa se lo conoció su esposa en el rostro y le preguntó: —¿Qué te pasa?—Contóla lo sucedido terminando con esta exclamación: —*¡También la negra es un alma redimida por Dios!*

Por mí mismo pude apreciar que todo lo hacía por caridad sobrenatural, observa Martín Alvarez, pues aunque no se lo agradecieran, decía: «Dios lo aprecia y recompensa».

Es más, *declinaba positivamente todo hacimiento de gracias* y así cuando la Erasma, de que hemos hecho mención, asombrada de la beneficencia del Siervo de Dios para con ella, decía: —No sé cómo darle las gracias—, él replicaba: —No hay porqué darlas, todo viene de Dios. Y contando ella misma a la Marquesa lo mucho que D. Claudio hacía por su familia, contestaba la Marquesa: —No diga usted a Claudio que esto es mucho, pues se ofende, y dice que es de Dios.

Por este mismo espíritu sobrenatural que animaba sus limosnas, *hacíalas a los mismos que le habían agraviado y hecho mal*, como en el discurso de este libro hemos visto; observando así el otro consejo de Cristo: *Haced bien al que os hace mal* (S. Mat., 5, 44).

Con razón escribe el Duque del Infantado: «Me edificó siempre su modestia y humildad, con que llevaba su gran posición social; y la reserva con que procuraba hacer el bien, a pesar de hacerlo en una extensión y con un celo, que ni antes de él ni después de su muerte recuerdo haber visto igualado por ningún otro potentado» (Al P. Regatillo, 15 set. 1944).

\* \* \*

Pero su caridad se mostraba más fina *con los que yacen por las calles* como desechos, fustigados por la enfermedad y miseria; más amarga aún a la vista de opulencias y lujos. En tales casos lo de menos en D. Claudio era la limosna, lo principal era la compasión.

Iba con la Marquesa por la calle de Torija (Barcelona), y vió cómo una joven sostenía a duras penas a su madre, desarropada y mal oliente; D. Claudio se acerca, toma en brazos a la vieja, y la conduce a la casa de socorro, donde murió. Otra vez regresaba bien de noche de una Junta; en el quicio de una puerta dos golfillos, apretujados uno contra el otro, se defendían del frío, que les helaba los huesos: D. Claudio se inclina a ellos, les pregunta por su vida y familia, los lleva por sí a un asilo, y les busca después modo de instruirse y ganar honradamente el pan.

¡Con qué veneración refiere su leal cochero *Francisquet* algunos de los lances que él presenció! Quiero copiarlos a la letra, por no desflorar el sabor ingenuo de quien escribe sin pensar en letras de molde.

«Venía el Sr. Marqués un día de visitar un taller de máquinas de la Estación del Norte, y según su costumbre iba a pie: en el camino le salió una pobre mujer extremadamente pálida y con un niño de unos cinco años en sus brazos, el pobrecito muy pálido y jorobadito, enlutado como su madre; ésta hacía cuatro años que se había quedado viuda, el marido había muerto tísico; al preguntarle a la madre dónde vivían, contestó que estaban por caridad en casa de una buena mujer, y de lo que recogían pidiendo, comían; tanta lástima causaron al señor Marqués, que enseguida los mandó acompañar a la casa encargando a aquella mujer que les cuidara bien, y que él pagaría todos los gastos: pero desgraciadamente a los pocos días murió la madre, y el Sr. Marqués pagó todos

los gastos, y se hizo cargo del pobre niño, y lo mandó llevar a la finca de la Moguda, encargando al jardinero y a la esposa, que no tenían hijos, que fueran unos padres para el niño: les daba una mensualidad para que lo cuidaran: el pobre era muy listo y bueno: y siempre que íbamos a la finca, los señores le llevaban juguetes y dulces. Allí se puso bastante bien con los buenos alimentos y medicinas; pero desgraciadamente, a los diez años murió; su muerte fué muy sentida por los señores.»

«Otro caso: subíamos con el coche por el Paseo de Gracia, y al llegar a la calle del Consejo del Ciento, había un pobre hombre enfermo; se apeó del coche y me dijo que lo llevara y que tomara nota del domicilio, y también pagó todos los gastos hasta su restablecimiento. Otro día salía del Banco Colonial, y en la puerta de la iglesia de Belén había un pobre joven con los pies hinchados que casi no podía andar, y al socorrerle, le preguntó dónde vivía, y le dijo que no tenía casa; y entonces me hizo llevarle en el coche al Hospital en una sala de pago, y fuimos a verle tres o cuatro veces, y cuando estuvo bien, le pagó el viaje hasta Valencia. Otro día, al pasar por la Rambla de Santa Mónica, había un viejecito enfermo, y también me hizo llevarle en su coche al Hospital, y cuando estuvo bueno, fué a ver al Sr. Marqués y le socorrió con 50 pesetas. Detalles de estos y de obras buenas podría contar muchos, pues en tantos años ¡si le habré visto hacer obras buenas!»

Casos parecidos narra el Conde de Ruiseñada: Al guarda de Alamín presa de cáncer o gangrena le hospitalizó en Madrid, pagándole todos los gastos y visitándole todos los días.

Allí mismo, entre los numerosos pobres que acudían a recibir su limosna uno muy encorvado le impresionó tanto, que habló con él varios días, discurriendo la ma-

nera de aliviarle, y me parece recordar que, de acuerdo con los médicos, hizo que le fabricaran un aparato especial, para que pudiese ganarse la vida.

No menos impresionante es lo que refiere González Rojas: A veces yendo el Marqués por el Paseo del Prado (Madrid), al enfrentar con la calle de las Huertas se bajaba del coche, y diciendo al cochero que le esperase allí, penetraba por una de aquellas calles angostas y subía a una pobre buhardilla a visitar, consolar y socorrer a una anciana necesitada; y sin que el cochero se hubiese enterado dónde había estado su amo, éste se volvía a tomar el coche.

Publicado está ya el caso que recordó Agustín Ruiz en la velada necrológica del Centro Ferroviario de Valladolid. La limosna fué pequeña; el afecto y delicadeza no tienen precio.

«Era uno de esos inviernos rigurosos. Nos encontrábamos en la corte una comisión de ferroviarios, gestionando asuntos de la sección de Barcelona. Debíamos visitar al Marqués, que nos citó para las siete de la tarde. Cuando acudimos a la entrevista, ya nos esperaba. Nos recibió como siempre recibía, afable, cariñoso y sencillo... Inmediatamente se apercibió de que uno de los visitantes tenía en el rostro las huellas características del frío; y solícito, le invitó aproximarse hasta la chimenea. Pero lo que no podíamos preveer los demás, ocupaba la mente del Marqués: ¿no sería peligroso para aquel ferroviario volver a la inclemencia de la calle sin el necesario abrigo? Al despedirnos del generoso prócer, y en la misma puerta de la habitación, como era su costumbre, él mismo con fraternal cariño y solicitud, ayudó a ponerse un abrigo de su uso particular al obrero mencionado; que, no comprendiendo toda la alteza de la acción, se resistía a aceptar el ofrecimiento; alegando, todo turba-

do, que, como hacía tanto frío, le sería necesario al señor Marqués. Imaginad la sonrisa de bondad de éste.

—Le está muy bien—dijo—; no se preocupe de mí.

Como aquel otro contado por D. Rufino Blanco, Director del diario *El Universo*:

Un humilde empleado tuvo un hijo que desde su primera infancia quedó tullido. Enseñáronle en casa a leer, y salió apasionado por la lectura. Muerto el padre, el chico se puso a pensar qué haría para sustentar a su pobre madre. Escribió al Marqués pidiéndole algún empleo, y a poco se presentó a él con la misma pretensión. Enteróse el Marqués de su afición a la lectura, y dijo a D. Rufino:

—¿En qué podremos emplear al pobre tullido?

—Ya que es tan aficionado a la lectura, le ocuparemos en la sección de bibliografía del periódico.

—Y ¿cuánto le daremos?

—Diez o doce duros son bastantes para un principiante. Quince ganan los veteranos.

—Es poco; ¿cómo va a sustentar con eso a su madre? Dele usted los quince.

Al cabo de algún tiempo le dice el Marqués:

—D. Rufino, ¿qué van a hacer ese pobre chico y su madre con quince duros? Hay que darle más.

Y... consiguió que le subiera el sueldo hasta veinticinco duros.

—D. Rufino—le dijo otro día—, ¿sabe lo que estoy pensando? ¡Qué gustazo le daríamos al pobre tullido proporcionándole un carrito en que pudiera salir a la calle! Se lo voy a buscar.

Y le compró uno por quinientas pesetas.

—Pero el caso es—le dijo otro día—que ese muchacho necesita uno que le empuje el carro. Démosle una peseta más cada día, para el que le lleve.

¡Tan grabada llevaba en el alma la imagen del infeliz, él, que por tan graves negocios andaba solicitado!

El pobre, por ser pobre, tenía un derecho especial a su cariño: la distinción de clases la admitía para la vida social: en su corazón todos eran iguales; y preferidos los de abajo; entre ricos y pobres, a buen seguro que más muestras, no de liberalidad (eso hubiera sido natural), sino de afecto, de respeto, recibieron de él los pobres.

En 1920, D. Paulino Moro servía a la Trasatlántica salvavidas patentados y colchones salvavidas. Trató con la Compañía de establecer en los barcos el salvavidas reglamentario en Inglaterra, y resolvieron ponerlo solamente en el pasaje de lujo y oficialidad, por resultar muy cara la sustitución total: hablando en el verano de ello con el Marqués, éste replicó: —No, Paulino, no es esa la solución: desengáñate; esa medida ha de tomarse para todo el pasaje; porque *tan preciosa es la vida del pobrecito emigrante a quien Dios no le ha dado fortuna, como la del más encopetado pasajero de lujo.*

\* \* \*

El fué el ángel consolador en la catástrofe del vapor *Cabo Machichaco*, que regó de sangre y lágrimas las vías de Santander.

No pertenecía aquel barco a su flota, ni personalmente le afectaba su ruina. Sin embargo, apenas supo en Barcelona la noticia, mandó poner un tren especial; en dos horas recabó del Ayuntamiento una sección de bomberos y material de incendios, reclutó médicos, telegrafió a los agentes de la Trasatlántica en San Sebastián y Bilbao que solicitasen bombas y personal, y lo embarcasen a Santander, todo a su cuenta y riesgo.

Por poco las ansias de llegar ocasionan otra catástrofe. En Haro un descuido del jefe de estación originó un choque; la máquina quedó deshecha, y el maquinista y fogonero heridos.

Al llegar a la capital montañesa, el Marqués y su esposa se trasladaron directamente al hospital, y una por una recorrieron todas las camas, derramando sobre los heridos el bálsamo del consuelo cristiano.

En la casa de D. Angel B. Pérez, representante de la Trasatlántica, reunió las pocas fuerzas vivas que quedaban, los alentó con un discurso que hizo llorar, organizó brigadas para los distintos servicios; en fin, tales cosas les dijo en aquella casa, que D. Angel Pérez salió llorando y diciendo: «¡*Qué hombre; no es un hombre, es un ángel!*»

Como la ciudad había quedado sin gobierno, el Siervo de Dios con la serenidad imperturbable de un ángel tomó sobre sí la incumbencia de constituir un Ayuntamiento digno y a la altura de las circunstancias. Así en la misma casa se formó aquel Ayuntamiento, que por la calidad de sus miembros se llamó el *Ayuntamiento del guante blanco*.

Del arreglo del orden y seguridad se iba a las casas particulares donde yacían víctimas del accidente, y a los hospitales; presenciaba las curas, consolaba a los heridos, volcando su nutrida bolsa para el alivio de tanta calamidad.

Tres días le bastaron para asentar la paz. La prensa y las corporaciones se disponían a hacerle un homenaje de acción de gracias; mas él, para esquivarle, el mismo día 9 huyó sin avisar a nadie.

La Diputación, el pueblo todo, pidió para él el título de *Duque de Santander*. El Presidente del Gobierno, Sagasta, presentó la solicitud a la Reina Regente, la cual consintió gustosísima. Quien no consintió fué D. Clau-

dio: —Nada he hecho, sino cumplir como cristiano y como montañés, y aún me faltan fuerzas y méritos para llevar el título heredado de mi padre.—Así respondió al Gobierno. Insistieron los santanderinos en que aceptase; pero no hubo poder humano que le doblegase a aceptar el título de *Duque de Santander*. ¡Así son los Santos!

## CAPÍTULO XIV

### Limosna espiritual

En otro orden de cosas más delicado mostraba el Siervo de Dios su fina caridad con el prójimo.

*Consolador de los afligidos*, consolábalos, más aún que con la limosna material, con los dulces consuelos de la religión. Así consoló a su hermana Isabel, transida de dolor a la muerte de su marido. Así iba a dar el pésame aun a las familias más modestas, como la del herrero de Comillas. Y acompañaba con el Sr. Nuncio al entierro desde la casa mortuoria de un pobre pescador, socorriendo al mismo tiempo a su familia.

Mucho conmovió al mencionado arqueólogo P. Carvallo este rasgo de caridad, que él mismo presenció en Comillas. Un día que estábamos él y yo clasificando las piezas prehistóricas en una casita suya contigua al palacio, «de repente comenzó a tocar la campana de la parroquia, pidiendo auxilio; porque en aquella peligrosa barra del puerto zozobraba una lancha de pescadores, que no lograba avanzar hasta el espigón. D. Claudio, en cuanto la oyó, echó a correr escalera abajo, y sin sombrero ni abrigo se fué hacia el puerto. Yo le seguí un rato después; y

cuando llegué, estaba él con unos pescadores tirando de una maroma, a la que se habían agarrado los pobres pescadores de la lancha en peligro».

Más conmovedor, si cabe, es este otro episodio, que me refirió el honrado pescador de Comillas, Pablo Fernández: Siendo yo muchacho de unos diez y seis años, un día de verano estábamos pescando langosta, en lancha de vela y remos, a dos horas del puerto. En esto se desencadenó una furiosa galerna; la lancha se nos llenaba de agua, no dándonos tiempo para achicarla; la vela hecha tiras; no podíamos avanzar. Ya no contaban con nosotros, nos daban por perdidos.

El Marqués corrió al puerto, el viento le llevó el sombrero; mandó unos vaporcitos suyos de pesca a socorrernos. Cuando por fin entramos salvos en el puerto, se emocionó tanto, que se echó a llorar.

¡Ese señor tiene que estar en la glorial, exclamó el cristiano pescador, por el mucho bien que hizo en este pueblo; y en otros, porque creo que en todas partes hacía lo mismo.

*Protector de la fama ajena*, era esta una de las notas que más maravillaban a todos: ni admitía juicios desfavorables al prójimo, aun en circunstancias que pudieran hacer fundada la sospecha. Acércase a él un hombre a pedirle limosna. Su secretario le advierte que es un pilla. —Cabañas, replica el Marqués, no juzgue mal. —No es juicio malo, responde el secretario, conozco a ese hombre.

Le advierte el administrador la infidelidad de algunos empleados; la misma respuesta: —Cueto, no hay que pensar mal.

En 40 años que le traté jamás le oí murmurar de nadie, afirma su íntimo compañero González Rojas, y eso que hubo ocasiones en que pudo hacerlo sin menoscabo

de la virtud. En una Junta de Acción Católica comenzamos a hablar mal de cierto político, que hacía público alarde de anticlericalismo, censurando su conducta; luego lo hicimos a satisfacción nuestra. D. Claudio que hasta entonces había guardado silencio, sonriéndose nos dijo: —Dirán ustedes que soy un pastelero; ¿pero, no creen que esa conducta puede tener alguna disculpa?

De labios del Excmo. Sr. Plaza, Obispo de Santander, oímos el siguiente relato: Cuando el General Primo de Rivera, derrocando al Gobierno, proclamó su dictadura, preguntó el Sr. Obispo al Marqués: —¿Qué le parece del manifiesto de Primo de Rivera? —No me parece mal; una cosa no me satisface: lo que dice del Sr. Alba, porque en mi larga vida he adquirido la experiencia de que a los hombres públicos muchas veces se les achacan cosas que, o no son verdaderas, o no en la medida en que se les atribuyen.

Y en último término, aunque así sea ¡la caridad cristiana! Edificado el Sr. Obispo de la virtud del Marqués, se dijo para sí: —¡Aprende caridad!

¡Cuánto le disgustaban las murmuraciones! En la mesa se le notaba el disgusto, y el vencimiento interno que se imponía, cuando oía alguna crítica, atestigua el Conde de Ruiseñada.

- Mas no callaba, sino que con suma habilidad acudía al quite echando la capa; bien, ponderando las buenas cualidades de aquella persona, como nota Martín Alvarez; bien, con una mirada de dulzura o una suave insinuación, como hacía con su esposa diciendo: ¡*María!*: bien, con una reprensión más explícita, pero siempre amorosa, como de sí misma refiere cierta señora: —Hijita. ¿Estás cierta de esto? Lo que muchas veces la obligaba a rectificar. Y como cuenta un familiar suyo, a quien,

sin enfadarse, reprendió por haber dicho de uno que era un imbécil.

\* \* \*

*El perdón de las injurias*, he aquí otro de los preciosos esmaltes que decoraban aquel corazón de oro. A montones pudo meter en la cárcel a periodistas desalmados, por los insultos y calumnias que le prodigaron, tratándole de hipócrita, avaro, judío y todo el repertorio de lindezas que aquellos sabían volcar a diario. El marqués no se daba por enterado. Sólo una vez llevó a los tribunales a su tío Pancho Brú, hombre indeseable, por las injurias que propaló contra la honra de su padre. Y aun entonces D. Claudio le pasaba una pensión; y le arregló su maridaje, y siguió favoreciéndole con grandes sumas toda la vida, hasta conseguir su reconciliación con Dios en la hora de la muerte. A su viuda la mantuvo con un buen pasar, mientras ella vivió.

*El nombre de Verdaguer* va íntimamente unido al del Marqués de Comillas, que le nombró su capellán y su limosnero; el insigne poeta catalán fué para el Siervo de Dios fuente de grandes amarguras y ocasión de heroicas virtudes.

Preferimos reproducir algunos párrafos del relato hecho por su esposa, 2 de junio 1925.

\* \* \*

«El P. Verdaguer por exceso de trabajo tuvo algunos trastornos mentales, y para que se distrajese, descansase y mejorase, fué admitido como capellán de los barcos de la Trasatlántica. En estos viajes tuvo la inspiración de la *Atlántida*.

Luego, para proteger a un poeta ilustre, quedó como capellán de la casa. Mi suegro le trataba con rudeza, porque se había fijado en sus rarezas.

Vivía en el piso alto de casa en Barcelona, y cuando yo iba a algún balneario con mis sobrinas, siempre iba con nosotras el P. Verdaguer, como persona de respeto. Entonces hacía poesías y me las leía, para que le diese mi parecer. Yo noté alguna vez sus símiles demasiado realistas.

Dijeron que un arranque de soberbia había sido la causa de que el Sr. Obispo de Vich le privase de las licencias de celebrar misa, no hubo tal cosa. El era muy humilde: lo cierto fué que perdió la cabeza...

Le entró la manía de los exorcismos; quiso exorcisar a una de mis sobrinas, y esto exasperó a mi cuñado y a toda su familia; y a mí me exorcizó, poniendo un escapulario en mi reclinatorio, para que al bendecirle, me alcanzase el agua bendita.

Viendo que administraba las limosnas de Claudio, cayó en las redes de unos cuantos desalmados, entre los cuales estaba Pancho, hermano de mi suegra, que era un perdido.

Esta banda, no satisfecha con las pequeñas limosnas, concibió el plan de grandes exacciones, valiéndose del P. Verdaguer.

Una mujer muy lagarta, con la cual en compañía de su familia llegó a vivir él, hizo creer a éste revelaciones divinas, superiores a las de Santa Teresa de Jesús; y el P. Verdaguer tuvo gran empeño en que yo la admitiese en mi intimidad.

Me pidió que la diese trabajo, y la encargué una bata azul. Yo, que la tuve siempre por una embaucadora, no quise que me hablase de otra cosa que de la bata.

El P. Verdaguer me preguntó si me había hablado de cosas espirituales, y tuvo gran contrariedad al decirle que no.

Cada vez me perseguían más Verdaguer y la mujer de ojos azules, y yo llegué a cogerles miedo.

Invitaron también a Claudio a las sesiones de exorcismos, y Claudio dijo que «había padecido escrúpulos», y que no quería exponerse a otras perturbaciones del espíritu.

Vinimos a Madrid y Claudio cayó enfermo de gravedad (debió de ser cuando estuvo diagnosticado de tuberculoso); y el P. Verdaguer me escribió varias veces en este tono: Dios la llama a Barcelona. Usted debe venir aquí. La voz de Dios está por encima de todos los deberes.

Yo le contestaba: Mi deber es estar al lado de mi marido, cuidándole para que se ponga bueno.

Viendo que las cartas no lograban su propósito, vino aquí la mujer de las revelaciones (y tal fué su empeño, que tuve que recibirla) y me dijo pretendiendo hipnotizarme: Vengo de parte...

—No, me diga usted de parte de quién viene.

—Pues le ocurrirá una gran desgracia a usted sola. Usted debe ir a Barcelona enseguida.

La dije que era imposible, y se terminó la visita...

A los pocos días llegó aquí el P. Verdaguer a insistir sobre lo mismo.

Se lo conté al Cardenal Cos, Obispo de Madrid, quien me aconsejó que se lo contase todo a Claudio, asegurándome que aquella mujer era una embaucadora.

Volvimos a Barcelona... Claudio habló con el Obispo Morgades y acordaron que el P. Verdaguer fuese al santuario (o monasterio) de la Gleva hasta que se repusiera...

Indudablemente todo fué fruto de una perturbación mental, que quisieron explotar una banda de perdidos.

Pancho, el hermano de mi suegra, declaró en una carta que él había contribuído mucho a la perturbación del P. Verdaguer...

Apenas se supo la salida de casa del P. Verdaguer, llovieron los folletos difamadores, diciendo que Claudio era tonto, con caricaturas... y afirmando que todo era una intriga de los jesuítas para captar la caja del Marqués de Comillas.

Ellos no tuvieron intervención alguna en este asunto, y así se lo dije al P. Goberna.

Pey y Ordeix le dijo al P. Verdaguer: Yo le hago a usted rico, si escribe un libro contra el Marqués de Comillas y contra el Obispo Morgades. Pero el P. Verdaguer no quiso hacerlo.

El Obispo de Vich rehabilitó... al P. Verdaguer...

Reducido éste a la pobreza, se lo echaban en cara a Claudio. ¡Si no fuera por Fulano, le decían, el P. Verdaguer se moriría de hambre! Pero nadie sabía que ese Fulano recibía del Marqués de Comillas la pensión que él daba como si fuera suya (por encargo especial del verdadero donante) al P. Verdaguer.

La familia de Verdaguer, además de que nunca le ayudó, ha estado recibiendo pensiones de Claudio, hasta que murieron los parientes próximos.

Uno de ellos dijo: No queda en casa de Verdaguer más que la primera flor que él ganó en unos juegos florales. Para nadie debe ser más que para el Marqués de Comillas. Yo conservo aún la carta.»

Hasta aquí la esposa del Marqués.

La conducta de Verdaguer fué para el Marqués veneno de heroicas virtudes. El, a pesar del despilfarro de su limosnero, le aguantó en su casa hasta más no poder.

Cuando de acuerdo con el Obispo Morgades éste le llamó a su diócesis, le tuvo allí tratado a cuerpo de rey, a expensas del Siervo de Dios. Ofrecióse a costear al poeta un viaje a Rusia, que mucho le halagaba, o a cualquier parte, lejos de Barcelona. Cuando Verdaguer se declaró en rebeldía contra su Prelado, escapándose a Barcelona, y negándose a volver, D. Claudio le escribió una carta exhortándole a la obediencia, que es sencillamente admirable; no la escribiera mejor San Ignacio.

Lamentábase Verdaguer del artículo de un tal Vidal que dejaba mal parada su fama. El Marqués le consuela, le anima a soportar la tribulación:

«Comprendo, dice, que aun cuando abunde usted en mi opinión de que la virtud flota como el aceite, le haya apenado que con tan infame acción se haya intentado empañar la de usted; tengo en esta clase de disgustos una triste experiencia; pero por lo mismo sé que no son de los que pueden arrollar un espíritu sereno, aunque de momento lo agiten.

No así el que ha tratado usted con el Canónigo Estalella. Ese sí que puede trastornar la más recta razón y la intención más santa; ese sí que me preocupa profundamente, pues de las persecuciones injustas de los hombres, santamente sobrellevadas por un sacerdote, resulta gloria para Dios y gloria para la Iglesia y méritos para el que las sufre; pero de sus errores, aunque sean hijos de una alucinación producida por los rigores de una vida austera y la debilidad consiguiente de una imaginación de suyo ardiente y exaltada por un profundo sentimiento religioso, de esos errores del sacerdote no se desprende gloria alguna para Dios, y sí desprestigio para la clase que representa, a su Iglesia, y armas con que la combaten sus enemigos, y motivos de perturbaciones y desaliento

para los que vivieron sometidos a su dirección y mandatos...

De ahí mi empeño en que someta usted en esta cuestión especial su criterio y su voluntad, tan humildes en todo, al juicio y resolución del Canónigo Estalella, de cuya ciencia y virtud no puede usted dudar, a riesgo de dudar de la de todos.

Hágalo usted, no porque yo se lo pida, que nada valgo, sino porque lo que le pido es lo que en esencia aconsejan cuantos conmigo han hablado de estos delicados asuntos, Prelados, sacerdotes; y me atrevo a decir que es lo que la Iglesia pide a usted, aunque por bien humilde conducto...

Usted que tanto ha admirado y practicado la humildad, no puede temer que Dios le exija responsabilidad por un acto de humildad; y por lo tanto no puede dejar de hacer lo que le pido, aun cuando tema que Estalella se equivoque... Dios no parece que haya de castigarnos porque dirijamos nuestras ideas y nuestros trabajos según aconsejan los que ha encargado de dirigirnos. La obediencia y la humildad le han de ser siempre gratas. Eso parece seguro... A la causa de Dios no le habrán de venir perjuicios; pues Dios tiene medios sobradísimos e inagotables para realizar sin ayuda de nadie (como no sea la del pecador, para salvarle, y esto porque él así lo ha querido) cuantos propósitos abrigue en su infinita sabiduría...

En cuanto a que examine usted su conciencia acerca de si ha distribuído bien las limosnas, se lo prohibo, si puedo prohibírselo; y en cuanto que en casa no haya usted hecho «nada bueno», sólo diré que nunca podremos pagarle todo el bien que con su ejemplo nos ha hecho, todos los consuelos que nos ha dado, y todo el cariño que le debemos. Es usted dueño de no creerlo así, por

su modestia, pero así es, y así lo creo yo...» (Madrid, 19 abril 1902).

Jamás puso en duda el Siervo de Dios la rectitud moral del vate, antes estaba persuadido de que en toda esta campaña Verdaguer no había cometido pecado venial.

De las calumnias ni se defendió, ni hizo caso; más aún, cuando Mosén Cinto merced a los buenos oficios del Excmo. Sr. Cos se reconcilió con su Prelado, instaron algunos al Marqués que para que se le devolviesen las licencias de celebrar exigiese la retractación de lo escrito contra su persona. Nunca vino en ello.

La generosidad del Marqués subió de punto en los últimos días del poeta, cuando se recrudeció la campaña difamadora contra el Siervo de Dios; él dió orden de procurarle todo cuanto bien le hiciere, sin reparar en gastos; encargó a Mosén Güell que se viese con el Dr. Ezquerdo para que le indicase qué sitio convendría más al enfermo, forma de asistencia, si conviene que tenga al lado una Hermana, etc.

El 10 de junio de 1902 el nombre de Jesús cerró los labios de Verdaguer.

\* \* \*

Hundióse en febrero de 1915 en la bahía de Santander el trasatlántico *Alfonso XII*.—«Ya sabrás, escribe D. Claudio a su esposa, que he pasado por una nueva contrariedad, la de que se perdiera el *Alfonso XII*, afortunadamente sin ocasionar pérdidas de vidas. Acepto este disgusto, como todos los que la Providencia quiera mandarme, por más que mucho me perjudique...»

Pocos días después en conversación alguien preguntó.  
—¿Y no se ha podido averiguar de quién fué la culpa?  
—Mejor es que no llegue a averiguarse, replicó el Marqués.

Manos criminales le incendian en Bilbao el año 1920 el vapor *Alfonso XIII*, en el que tenía toda su ilusión, por haber sido fabricado en España. Descubiertos los reos, preguntaron al Marqués qué se haría de ellos.

—Perdonarlos, respondió.

Un día cierto palaciego en el Palacio Real, no estando presente el Siervo de Dios, quizás por chanza para excitar la risa de los demás, quizás con otra intención, se atrevió a hacer sin fundamento un comentario burlesco de una cosa del Marqués.

Súpolo el Rey, e indignado dijo: —Si ese señor supiera que el Marqués de Comillas de un plumazo podía destituirle de todos sus cargos... Llegó también la noticia a D. Claudio, el cual lejos de tomar represalia, la recibió con una sonrisa (Calderón).

En la bahía de Santander, después de un banquete de gala, conversaban a bordo del yate real *Giralda* distinguidas personas, entre ellos el Marqués. Una de aquéllas, con imprudencia inconcebible, ante el grupo en que se hallaba, lanzó una frase irónica y molesta para D. Claudio.—Podía éste, dice uno de los caballeros que presencié la escena, con una sola palabra haber dejado confundido al insolente. El Marqués sereno e inmutable, dándonos a todos el difícil ejemplo de un perfecto dominio de sí mismo, tuvo el valor de callarse.

Admirable es el motivo que le impulsaba al perdón de las injurias, la sentencia del *Padrenuestro*: «Perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores.»

He aquí lo que a este propósito refirió la Marquesa a un sacerdote: —Mire usted, D. Faustino, lo que me ocurrió ayer con Claudio: Estaba él un poco apenado con esa huelga de camareros de los barcos, que ha habido en Santander, cuando yo le dije: —No será tanto lo que te

apena el trastorno, que esto te cause, cuanto la ingratitud que supone en ellos, con el trato que de tí reciben y portándote siempre tú tan caballerosamente. —No, María, respondió; como ves, esto sucede rara vez, alguna vez en en varios años; pero ¿qué me dices, cuando nosotros, que estamos a todas horas recibiendo abundantes gracias divinas, con todo tantas veces al día nos declaramos en huelga contra Dios?

Gracioso es el caso de la Marcela, de Comillas. Poseía esta mujer una finquilla de mezquino valor cerca del palacio marquesal, y se empeñaba en no venderla a D. Claudio; porque por otro camino pensaba sacar una buena suma de dinero. Para salirse con la suya trató de impedir por los tribunales el cierre del parque, alegando derechos a pasar por él siempre que se le antojase. No faltó abogado que se comprometiera a sacar la causa a flote; y Marcela puso pleito al Marqués. Es de advertir que un hijo de ella cobraba sueldo de él.

Cuando Marcela iba a Madrid a proseguir su pleito, tenía la frescura de irse a hospedar en casa del mismo Marqués. D. Claudio la preguntaba: —¿A qué vienes, Marcela? —Pues a mi pleito. El se sonreía y ordenaba atenderla.

Cuando las vecinas la echaban en cara su atrevimiento, Marcela replicaba: —Teniendo casa el Sr. Marqués y siendo yo su vecina ¿a qué otro sitio he de ir?

Perdió Marcela el pleito; y D. Claudio fué tan bueno con ella, que de su bolsillo la costeó un camino desde la casa hasta la carretera.

Más tarde instada por su hijo se avino a vender la casa a D. Claudio, el cual repugnaba a que aquella mujer se fuese con sus años a otra parte. «La pobre está aficionada a su casa, y el afecto con qué se paga.» Así la sinceraba el Siervo de Dios.

Finalmente *en devolver bien por mal*, conforme al consejo de Jesucristo, era tan largo, que socorría y aun subvencionaba habitualmente a personas que le habían hecho enorme traición, afirma González Rojas; y comentando esto D. Valentín Gómez, vocal de la Junta de Acción Católica, nos dijo que lo mejor para tener asegurada la protección del Marqués era *jugarle una mala partida*.

## CAPÍTULO XV

### Apóstol de las almas

Apenas se concibe hoy un hombre genuinamente cristiano, que no se sienta apóstol activo de las almas. Este espíritu animó todas las empresas del Marqués, como hemos ido notando en esta vida; pero veamos obrando en casos admirables el celo de las almas, que le consumía.

Un padre desconsolado le escribe cómo le llevan secuestrada la hija a La Habana. El barco está ya en alta mar. D. Claudio se levanta vivamente, va al despacho y ordena a su secretario: —Escriba usted este cable a La Habana. Comienza a dictar largo y tendido. Gayangos alza la cabeza: —¿Pero esto es un cable o una carta?

Siga usted escribiendo; allí se explicaban minuciosamente las señas de la muchacha, se daban instrucciones menudas para reconocerla, recogerla y devolverla a su padre. El cable llenaba varias páginas.

Retiróse el Marqués; Gayangos calcula unos momentos, se levanta, vase a la mesa donde trabajaba el hoy Conde de Güell, y le dice: —Con tu tío no se puede: está loco; ¡este cable le cuesta *cuatro mil duros!*

¡Locura extraña, que sacrifica sus caudales para salvar la honestidad de una pobre doncella! De estas locuras tuvo hartas D. Claudio.

\* \* \*

Eminentes servicios prestó a la *Sociedad de San Rafael*, cuya misión es mirar por el bien, sobre todo espiritual, de los emigrantes. Bien experimentó su celo por esta benéfica obra el director de ella P. Guim, S. J.: Dióme cartas muy eficaces de presentación y recomendación para todos los consignatarios de los diferentes puertos de España, donde la asociación deseaba implantar sus secretariados; y para los representantes de la *Trasatlántica* en los puertos de la América meridional.

Además hablándole yo de la labor evangelizadora que podía realizar la asociación entre los emigrantes durante la travesía, que en aquel entonces eran muchísimos y llenaban toda la tercera clase de los barcos, se mostró dispuesto a aceptar en los suyos una tercera clase de sacerdotes, que pensábamos llamar *Rafaelianos*, cuya única misión sería únicamente la espiritual y benéfico social para con los emigrantes. Por supuesto que estos sacerdotes viajarían gratis y recibirían su retribución. Y a propósito de esto me decía que su intención al poner capellanes en la *Compañía Trasatlántica* había sido ya esta: que atendieran preferentemente a los pasajeros de tercera clase.

En todas las conversaciones que tuve con él sobre este punto siempre demostró un celo extraordinario de las almas, un interés grande por los pobres, y un total desinterés de sí mismo y del dinero que todo aquello podía costar a la *Compañía*, dispuesto a pagarlo de su bolsillo particular.

Intimamente persuadido del poder de la *prensa* para el bien y para el mal de las almas, gastó sumas incalculables en fomentar la buena y desterrar la mala.

Empresa suya fué el semanario *El Siglo XX*; suya, en cuanto a pagarla, la *Revista Parroquial*, *El Obrero*. La *Revista Católica de cuestiones sociales*, recibió de él desde su fundación hasta la muerte del Marqués una suma mensual. *El Universo* fué el diario de la Acción Católica, puede decirse fundado y sostenido por él durante toda su vida; el déficit anual de cien mil y a veces de doscientas mil pesetas que registraba, enjugábale él de su bolsillo; y al morir el Siervo de Dios quedaba debiéndole el periódico más de un millón.

Puede decirse que apenas hubo publicación católica, que no experimentase su protección. A cinco mil pesetas anuales ascendían las suscripciones a la *Lectura Dominical*, que repartía en la Compañía Trasatlántica, según el testimonio de su empleado Sr. Solá. Innumerables eran los anuncios de la misma Compañía que enviaba a los periódicos y revistas que se lo solicitaban, más que todo para ayudarlos a vivir.

Esto no lo hacía sin la debida selección y previo informe.

He aquí lo que él mismo escribe al P. Vicent, S. I. «Respecto a *El Mercantil Valenciano*... se le daba el anuncio. Como regla general no se lo damos a los periódicos impíos. De ahí la guerra que me hacen. Usted apreciará si el caso de *El Mercantil* es de los que aconsejan quitárselo. Dígamelo, después de pensar el *pro* y el *contra*; así como también si algunos otros periódicos de la lista merecen castigo» (2 set. 1902).

La sanción se impuso: «Ya he dado las órdenes para que se retire el anuncio de la *Trasatlántica* a los periódicos *El Mercantil Valenciano* y *El Correo*» (1 oct. 1902).

El Sr. Vilaseca, Capellán Mayor de la *Trasatlántica*, atestigua: Varios periódicos y revistas pidieron el anuncio de la *Trasatlántica*. El Marqués me mandaba las peticiones para su informe, y enterado de la ortodoxia de dicha prensa, les concedía siempre el anuncio. Tengo entendido que los anuncios le costaban al año más de un millón de pesetas.

Para purificar de malas lecturas las bibliotecas de las estaciones, encargó a D. Carlos Martín Álvarez que las adquiriese en arriendo a nombre del Marqués.

Para perseguir la pornografía y la maledicencia de la mala prensa, pagaba a un abogado, que se encargaba de hacer las oportunas denuncias; lo cual le ocasionó graves disgustos, al decir del Duque de Bailén.

Firmada por el mismo Duque de Bailén y D. Juan Vázquez de Mella se propuso una iniciativa interesante bajo el título: «*El mejor monumento al Marqués de Comillas.*» Dice así:

«Para cuantos pudimos apreciar de cerca el ejemplo siempre heroico y sufrido del hombre a quien todos lloramos; quienes recordamos su manera de ser, su manera de sentir, y creemos todavía oír frases de sus labios, como aquella de: «*La propaganda católica es el seguro de todas las obras religiosas, benéficas y sociales*», tenemos la certeza de que el mejor monumento para el Marqués de Comillas había de ser: «*Una fundación de propaganda de la fe y de la defensa del orden, regida por la Junta Central de Acción Católica*» (1).

---

(1) Cascón. *Luz sin sombra* III.

Amigo de sus amigos, mostraba la amistad no sólo con la buena correspondencia social, ni con ofrecerles el apoyo de su nombre y crédito (en este punto hay casos admirables, que la reserva oculta), sino en procurarles la salvación, cuando la veía arriesgada. Uno de sus más adictos, por enredos del periódico, vióse envuelto en un desafío: la víspera, D. Claudio no pudo dormir: a las dos de la madrugada, en la cama escribe una carta, y ordena que se la lleven y entreguen inmediatamente; la carta suplicaba, por lo que más quisiera, que reflexionase el riesgo de su vida y de su alma, y la excomunión en que incurriría; y considerase si un puntillo de honra y de amor propio podía contrabalanzar en un cristiano a tantos males. Tan al corazón iban las razones, que, leerlas el otro, y buscar quien le arreglase el asunto, costase lo que costase, fué todo uno. El duelo, gracias al Marqués, no se realizó.

En el último trance, la última prueba de amistad, y la más preciosa la ponía en que murieran como cristianos: «Acabo de recibir un telegrama del amigo que acompaña a Romero (Robledo) diciéndome que la operación la juzgan los médicos sencilla. Gracias a Dios: mi satisfacción es doble, porque del telegrama se desprende que Romero se confesará antes de operarse» (a su madre, París, 10 abril 93). Creíble parece que le comunicaran la noticia, porque el Marqués había aconsejado la confesión al Ministro Romero, enfermo, en los paseos a que le sacaba, *para distraerle*.

No tuvo tan buena suerte el Presidente de Ministros Cánovas, alevosamente asesinado: el crimen de Angiolillo lo juzgó D. Claudio una gran desgracia nacional, ponien-

do su nota cristiana: «Dios tiene medios inagotables para dirigir el curso de los acontecimientos como le plazca»: pero la desgracia pública no le hizo olvidar la privada del gran político, en presentarse ante Dios sin arreglar despacio sus cuentas: su optimismo y piedad halló algún consuelo: «Ayer recibí algunas noticias de buen origen, que demuestran que sus sentimientos religiosos estaban despiertos en sus últimos días» (15 agosto 97). Cánovas cayó exclamando: ¡Dios mío! ¡Viva España!

—¿*Qué es del Capitán?*—lo primero que preguntaba, al saber el naufragio de algún barco suyo.—Escogíalos cristianos, pero le sobresaltaba el recelo de que en la turbación de la catástrofe, se dejasen arrastrar por la desesperación y lo que se llama *honor* y se suicidasen; después se enteraba si había desgracias personales; la pérdida material era lo de menos.

*Con los moribundos* extremaba su celo en aquel momento de que depende la eternidad. Era este tan proverbial, que los mismos enfermos descuidados de sus deberes de cristiano durante la vida, llamaban al Marqués de Comillas para que los preparase a bien morir.

Dios le había dado gracia especial para este santo ministerio, como lo demostró ya de joven en la muerte santísima de su hermano.

El Duque de N. cuando se vió en peligro de muerte dijo: —Bueno, ahora ya no es tiempo sino de hablar con el Marqués de Comillas.

Cuando no le llamaban, él mismo espontáneamente se presentaba en la casa del enfermo. Fué a casa de uno que no cumplía con la Iglesia, en compañía de la Marquesa, diciéndola: —Entras tú primero y me preparas la entrada. Entró la Marquesa, y al verla el enfermo dijo: —¡A que está ahí el Marqués! Que entre.—Pasó, y el enfermo se confesó.

Otro; anunciándole que estaba allí el Marqués, exclamó: ¡Si todavía no estoy tan grave! Otro al decirle que el Marqués estaba a la puerta: —¡Pero si ya me confesé ayer!

Un caballero sin religión enfermó de gravedad. Nadie se atrevía a descubrirle su estado ni a exhortarle a bien morir. Sabiéndolo D. Claudio escribióle una carta desengañándole y animándole a recibir los Santos Sacramentos. El mismo en persona se presentó en casa del enfermo para ver qué impresión le hacía la carta.

Abrióla el enfermo, y al leerla soltó una carcajada de desprecio. Descorazonado el Marqués se retiró diciendo: —¡Esto no tiene remedio!

Sí lo tuvo. Después de la primera impresión de desaire, vino la reflexión, y obrando la gracia de Dios por medio de aquella carta, el enfermo se confesó, y luego dijo: —Avisen al Marqués de Comillas que he cumplido la primera parte, y que mañana cumpliré la segunda (1).

Gracioso es lo que pasó con el despreocupado periodista Rodríguez Correa. Conocíale algo el Marqués, y enterado de que se hallaba en las últimas, fué a su casa: el enfermo había perdido ya el conocimiento, y en la antesala un grupo de amigos de su genio y casta endulzaban como podían aquellas tristes horas; en ello quizás emplearon la limosna que le dejó D. Claudio, porque a Correa no llegó ni un céntimo: hubo de repetirla el Marqués. Escapó de aquella, y repuesto fué a darle las gracias:

—Yo no sé cómo mostrarle mi agradecimiento: oíré a su lado la misa más larga que se celebre en Madrid.

Ante sus camaradas el tono era distinto:

—Soy el hombre de suerte más perra. Comillas fué

---

(1) CASCÓN, *Luz sin sombra*, VIII.

a verme para salvar mi alma; no vale dos pesetas, y si por ella le pido diez mil duros, me los da. Pero tuve la mala sombra de no conocerlo.

Mayor solicitud aún desplegaba porque se preparasen a morir santamente sus familiares y servidumbre. He aquí cómo se expresa su doncella Gervasia: —Por teléfono avisaron de Comillas que estaba grave su hermana D.<sup>a</sup> Isabel. Inmediatamente telefoneó el Marqués que se le administrasen los Santos Sacramentos y no se la ocultase su gravedad.

¡Y qué gozo experimentaba cuando conseguía que algún moribundo, recibiese los sacramentos o sabía que los había recibido! Dice el Conde de Ruiseñada.

Episodios conmovedores:

Volvía de su finca *La Moguda*, y al salir de Moncada encontró un coche volcado, y a su conductor tirado en el suelo en un charco de sangre; D. Claudio se apea, corre a él, y el primer pensamiento fué para el alma del herido. —¡Una buena recompensa, gritó, a quien primero traiga un sacerdote! No murió el cochero, y a la limosna espiritual añadió D. Claudio la de pagar los gastos de su cura y convalecencia.

Delante de una taberna en el barrio de Las Ventas (Madrid) le encontró la policía arrodillado en el suelo, sosteniendo con sus manos la cabeza medio cortada de un infeliz, y sugiriéndole actos de contrición. El caso fué así: Volvía D. Claudio de una Junta con Gil Becerril, ya tarde: a la puerta de una taberna vieron a dos hombres que se acuchillaban ferozmente; sin reparar en el riesgo propio, saltó del coche y corrió a ellos: sólo llegó para recoger a uno de los dos que se desplomaba con un navajazo en el cuello. El miedo a la justicia ahuyentó a los demás; sólo D. Claudio y su amigo quedaron allí, auxiliando a bien morir al desgraciado, porque ni tiempo ha-

bía para llamar a un sacerdote: Envolvióle en su manta de viaje, y tomándole en sus brazos le metió en su coche, conduciéndole a una casa de socorro, mientras en el camino le iba preparando para una buena muerte. Al entrar en casa, notó la Marquesa que estaba horriblemente pálido.

—¿Qué te sucede?

—No es nada.

Se lavó las manos tintas en sangre, y la escena quedara oculta, si no hubiera echado de menos la manta del coche. Guardábala con cariño D. Claudio, como recuerdo de su hermano; y al indicarle meses después su desaparición, ni se mostró apenado, ni le dió importancia. Entonces Gil Becerril declaró que la manta había servido para enterrar el cadáver.

Algún parecido tiene este otro episodio referido por D.<sup>a</sup> María Gil.

Yendo yo en Puente Viesgo (Santander) con él, su esposa y mi padre en una cesta tirada por caballos, vió un mendigo que yacía moribundo al borde de la carretera; sólo él le había visto. Mandó parar, le tomó en brazos, le colocó en el coche, y sugiriéndole fervorosas jaculatorias le llevó a una posada, encargando al dueño que le cuidasen, y que todos los gastos corrían de su cuenta. Nosotros volvimos a pie.

En vista de casos como éstos, le decía graciosamente su esposa: —Tienes instinto de perro de aguas, si uno se hunde ya estás allí para cogerle.

No era instinto: era la caridad del buen samaritano del Evangelio.

En uno de los viajes que, por motivos de salud, hizo de recién casado, por el Mediterráneo, tocó en Ceuta. Visitando el penal, oyó voces y blasfemias en uno de los calabozos.

—¿Qué pasa ahí?

—Uno de los presos por faltas disciplinarias; ¿quiere usted verle?

Aquel hombre desesperado podría echarse contra el primero que viera. Entró D. Claudio en el inmundo y asfixiante calabozo y se puso a conversar con el preso. Sorprendido éste por la afabilidad, tan poco acostumbrada en aquel sitio, contábale sus penas. El Marqués aprovecha la ocasión.

—¿No reza usted?

—No, señor, yo no creo en nada.

—Y si yo le mandara a usted libros ¿los leería?

—Si son de religión, no.

—Pues a lo menos me va usted a prometer pedir a Dios todos los días la fe; en cambio yo me comprometo a solicitar su indulto.

¡Qué promesa no arrancarí esa esperanza!

Vuelto el Siervo de Dios, cumplió su palabra, y logró se revisase la causa; pero el indulto no se logró, porque al saber los vecinos del criminal lo que se trataba, clamaron a una en contra: no querían ver por sus vecindades aquella fiera.

El Marqués lo recordaba con frecuencia, exclamando: «¿Rezaré el infeliz?»

## CAPÍTULO XVI

### ¡Yo nací para ser pobre!

Parece una contradicción: Un hombre cargado de millones, tal vez la primera fortuna en España, el mayor prestigio e influencia en toda la nación, repetía a menu-

do esta frase, que su criado Calderón se complace en recordar: — *Yo nací para ser pobre.*

*Pobre de espíritu*, que tiene el corazón completamente despegado de las riquezas y de los honores, que él no buscaba, sino que le buscaban a él. Primera de las ocho bienaventuranzas que el Divino Maestro pronunció en el sermón del monte: *Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos* (1). Milagro viviente, que por tal le elogia Dios en la Sagrada Escritura: *El rico que no manchó su corazón, ni fué tras las riquezas; ni puso su esperanza en el dinero ni en los tesoros* (2).

Verdadero amor de corazón profesaba a la pobreza: — ¡Dios no me concederá la dicha de conocer la pobreza! Exclamación oída de sus labios por su íntimo amigo don Javier Gil.

«El dinero, repetía frecuentemente, por sí solo no merece la pena de buscarlo: puede traer la dicha y la desgracia: Si Dios lo manda, empleémoslo conforme a su voluntad; si lo quita, bien ido sea, quizá con él se vaya el peligro de males, que no sospechamos.»

Hablando con el P. Nevares, S. I., sobre la revolución marxista, que amenazaba, le dijo: Creen algunos que yo había de sentir mucho que me quitasen las riquezas los enemigos de Dios y de España. No es así, yo sólo las quiero para el servicio de Dios y de la Patria; y creo que sin orgullo puedo decir que cuando me faltaren, tengo habilidad suficiente para ganar el pan para mí y para mi esposa.

En efecto, a dos dedos de la ruina total en aras de la patria se vió, cuando la guerra de Cuba; y entonces

---

(1) *S. Mat.*, 5, 3.

(2) *Eclesiástico*, 31, 8.

con el mayor sosiego se puso a pensar en serio sobre la manera de ganarse la vida en una oficina.

Cuando estuvo a punto de que el Gobierno no le pagase los millones que él adelantó como Presidente de la Trasatlántica, en bien de la patria, manifestó al Padre Fuster, S. I.: Si el Gobierno falla en contra, no lo sentiría por mí, sino por las familias que de la Compañía dependen.

Incitándole un pariente suyo a tomar parte en un negocio de las minas del Riff, que se presentaba lucrativo, contestóle el Siervo de Dios: —Mira, hijo, ya tenemos bastantes, ¿a qué buscar nuevos negocios y más riquezas?

Motivos espirituales, puramente cristianos, fundaban este desasimiento: la tierra le sonreía; pero los ojos alzados al cielo, todo lo de acá le parecía comedia; y en medio de las grandezas y opulencias, «desde que mi razón alcanzó algo de madurez, jamás me olvidé de que estaba representando». Son expresiones suyas, de cuando sólo contaba 22 años.

Otra paradoja. El, que era tan pródigo en dar, tan espléndido en agasajar, para sí observaba un régimen de severas restricciones en sus gastos: vivía pobremente.

Vaya una anécdota, contada por el Sr. Pobil, jefe de fondas de la Trasatlántica: —«Un día regresábamos de dar un paseo por mar en Barcelona: éramos tres; el Marqués, un marinero y yo. Al dejar el bote, cogí su gabán e instintivamente fijé en él la vista, y como a D. Claudio no se le escapaba nada, de repente dijo: —¿Se estaba usted fijando en mi gabán *de vuelta*?

¡El Marqués de Comillas, el gran millonario, usaba gabán vuelto!

Zapatos remendados gastaba, mientras pudieran estar en buen uso, atestigua su apoderado Guasch.

Yo le amortajé, afirma Martín Alvarez, y comprobé que llevaba ropas interiores muy modestas y hasta recomendadas.

Por lo demás el Marqués era sumamente pulcro, atento y cortés; vestía externamente bien, según su condición, pero sin exceso alguno de elegancia; si le bastaban dos trajes, no tenía tres.

En un humilde coche de punto iba alguna vez a ver al Sr. Obispo, a las cinco de la tarde, por las calles de Madrid, con la capota bajada sin respeto al qué dirán, cuenta el Sr. Marín Lázaro. Y añade: automóvil no quiso comprarlo hasta que este aparato se había hecho vulgar; y aun entonces le compró por no ser molesto a los amigos pidiéndosele para casos de urgencia. Y por cierto que su auto no era, ni mucho menos, de los mejores, según atestigua Calderón.

Su morada en la corte un modesto piso de alquiler. Cuando el Rey y el Jefe del Gobierno, Primo de Rivera, fueron a la casa murtuoria donde yacía el Siervo de Dios, salieron profundamente conmovidos de su habitación, considerando la modestia y sencillez que todo ello respiraba (Martín Alvarez).

Bien le conocía su padre, cuando decía: —«Yo no veré acabado el Palacio de Sobrellano; pero si no le dejo a medio hacer, Claudio nunca tendrá palacio.»

En el soberbio palacio de Barcelona el despacho más pobre era donde él trabajaba: un antiguo cuarto de niños, y ni siquiera cambió de decoración, al lado del de su padre soberbiamente tapizado de cordobanes dorados.

\* \* \*

El, tan espléndido en dar y tan magnífico en obsequiar, no podía llevar en paciencia *que se desperdiciase*

*nada*, considerándolo todo como don de la mano de Dios.

Después de haber tenido una suculenta merienda en el parque de Comillas unos jóvenes de su familia, dejaron tirados por el suelo los pedazos de pan sobrantes. Advirtiéndolo D. Claudio les hizo esta cristiana reflexión: ¡Tanto ha estado trabajando Dios para hacer los granos de trigo de este pan, y vosotros habéis de desperdiciarlo!

Yendo él a bordo en una corta travesía estuvo viendo comer a los tripulantes. Uno de ellos al terminar, tiró un pedazo de pan al agua. El Marqués con modos paternales le dió una buena reprensión.

El siguiente caso refirióle su fiel servidor Miguel Llano. Durante la estancia del Marqués en Comillas su secretario Gayangos se entretenía a veces después de comer en echar pedacitos de pan a los patos y gansos, que devoraban cuanto se les echaba.

Estaba yo, dice el narrador, una tarde en el parque, y el Marqués paseaba al abrigo del viento al lado del palacio que da al comedor. El por los árboles no me veía, pero yo prestaba atención a sus movimientos. En esto veo que se agacha, coge una cosa del suelo, la lleva con veneración a los labios y la coloca cuidadosamente en una de las ventanas. Me entró curiosidad de ver lo que era; y cuando él se hubo retirado, me acerqué a la ventana y ví que eran unos pedacitos de pan que habían desdeñado o no habían visto los gansos.

\* \* \*

A la par de la pobreza cristianamente amada va la *modestia*; y por ella D. Claudio fué reconocido como la modestia personificada: no es frase convencional; es opinión de cuantos se le acercaron; ni se requería la intimidad, para echarla de ver. Alguien, varón por cierto es-

piritual, llegaba hasta considerar excesiva su *humildad*.

*Humildad en el desprecio de sí mismo.* Salía de la iglesia con su administrador Cueto el Miércoles de Ceniza con la frente manchada de ella, quiso el administrador limpiársela con el pañuelo; más él le replicó: —No, la he de llevar todo el día.

Alabanzas oía continuamente, porque sus obras eran demasiado grandes para que se pudieran ocultar; y eran muchos los agradecidos, para que callasen las lenguas. Las oía como si hablaran de otro.

«Atribuyo los elogios, de que me hablas, al cariño y simpatías de quienes los dijeron, en parte; y en parte al desconocimiento de lo que en verdad soy; y lo que a esto no se deba, a las circunstancias y causas en que todo el mérito alcanza a Dios, a mis padres y a tí y a cuantos me rodean y quieren: a mí, sólo el malograr en gran parte los medios de que para el bien dispongo» (A la Marquesa 28 ag. 1895).

A los directores de los periódicos *La Epoca* y *El Universo* les encargaba que no hablasen nunca de él.

Asimismo tenía en nada las injurias y afrentas que se le hacían, de lo cual hemos ya visto heróicos ejemplos.

*Le buscaban todos los honores* que un vanidoso pudo apetecer, las condecoraciones más preciadas del Papa y del Rey; él jamás pretendió ni una sola y rechazó muchas.

Los Papas le honraron con los títulos de *Caballero de S. Gregorio Magno*, de la *Suprema Orden de Cristo* y de *Caballero de la Espuela de Oro*. Estas dos insignias jamás se conceden ambas a la misma persona, por excepción fué el Marqués de Comillas el único en el mundo que tenía las dos.

Los Reyes de España también le condecoraron con los títulos de *Grandeza de primera clase*, de *Gentilhombre de Cámara con Ejercicio y Servidumbre*, *Caballero de*

la Orden de Carlos III, Caballero de la Gran Cruz de Isabel la Católica, del Mérito Militar y del Mérito Naval, Gran Cruz de Beneficencia de primera clase y con el Toisón de Oro, suprema de todas las insignias reales.

¡Mira lo que son las cosas!—contaba la Marquesa al Marqués de Valdeiglesias—Claudio, que no ambiciona nada, lo tiene todo: ha recibido del Papa las dos mayores condecoraciones, y del Rey el Toisón de Oro, y no les da ninguna importancia.

El año 1920 quiso el Gobierno belga otorgarle una distinción, por los beneficios de él recibidos durante la guerra europea. Al saber este intento, el Siervo de Dios escribió a D. Rufino Blanco: —«Ruegue usted a Hanseur por conducto del Marqués de Pidal que evite *a toda costa* que se me otorgue ninguna distinción por el Gobierno belga; pues me causa con ello un conflicto, por haber renunciado recientemente a otros Gobiernos distinciones que me habían otorgado» (14 jul. 1920).

Las condecoraciones, así como no las pretendió, así tampoco las ponía sino cuando la etiqueta o la cortesanía lo demandaba.

Aun en el Palacio Real los días de recepción solemne prefería las insignias concedidas por el Papa.

El *Toisón de Oro* le ostentó para honrar al Santísimo Sacramento, desfilando en la procesión del Congreso Eucarístico de Madrid con los obreros.

*Tenia verdadero prurito de pasar desapercibido*, escribe Ortiz de la Torre.—No le gustaban las ceremonias y recepciones de la Corte, añade D. Juan de Borbón, pero cuando era necesario, allí estaba. Venía a Palacio casi solamente cuando lo pedía el servicio del Rey, y cuando estimaba que era un deber. Huía los honores, pero no podía llevar una vida oculta por su posición.

Los periodistas apostados a la puerta del Palacio Real a la salida de las grandes solemnidades, para sacar fotografías de los altos personajes vestidos de gala, se lamentaban de que el único a quien no habían podido nunca retratar era el Marqués de Comillas. El cual al salir de la puerta se escabullía por detrás de la garita, esquivando las máquinas fotográficas.

Con frecuencia entraba en el Palacio, no por el Oriente, sino por una puerta disimulada. Son rasgos referidos por su sirviente Calderón.

*Los honores, que tanto halagan al corazón humano, sobre todo a las personas nobles, eran tormento para el alma humildísima del Marqués de Comillas. El deseo de Claudio, escribe su esposa, 24 mar. 1925, era que ni en vida ni en muerte se hablase nunca de él.*

Celebrábanse las bodas de plata del Seminario de Comillas, y todavía no figuraba en él el retrato de su fundador, D. Claudio. Entonces el Rector, P. Bianchi, se propuso a todo trance lograr uno. Tarea tan difícil como la conquista de la India. El Siervo de Dios se negó a ello una y otra vez, y a la última carta que el Rector le dirigió insistiendo en la petición, apoyada en motivos sobrenaturales, llegó a las tres semanas la respuesta de un santo: — «Dispéñeme que haya tardado tanto en lo que tanto me cuesta... Pero yo le suplico a usted considere todavía si es necesario ese sacrificio que de mí pide; pues yo abrigaba la ilusión de haber hecho eso poco que he hecho por el Seminario, sin que quedara memoria de mí.»

Dicho queda cómo huyó de Santander sin avisar a nadie, apenas tuvo noticia del homenaje de gratitud que el pueblo santanderino se aprestaba a tributarle por su heroico comportamiento en la catástrofe del *Machichaco*; y la invencible constancia con que rechazó el título de

*Duque de Santander*, que la Reina le otorgaba a instancias de la ciudad.

Cádiz fué una de las ciudades predilectas de D. Claudio. «Son contadas las familias que... no hayan experimentado los efluvios de su largueza», escribe el Sr. Pobil.

Pues bien, los gaditanos quisieron en vida de su insigne bienhechor levantarle un monumento que perpetuase su memoria. El Ayuntamiento en colaboración con la Academia Hispano-Americana, apresuróse a la obra, sin anunciarla al homenajeado, sino «cuando el proyecto estuviese tan adelantado, que ya la modestia de Vuestra Excelencia no pudiera oponer dificultad alguna», así le escribió el Alcalde Sr. Noguero. Así y todo el Marqués opuso toda la resistencia posible. Se dió el caso peregrino de un empleado, el Delegado de la Trasatlántica, trabajando por evitar honores a su principal. ¡Esto es inaudito! D. Claudio ordenó a Barrie manifestar su irrevocable decisión de no admitir el homenaje. Era ya tarde. En él se interesaba toda España, el Nuncio de Su Santidad, el Monarca. La inauguración se hizo el 12 de octubre de 1922. ¡El Marqués ni asistió ni envió representante!

\* \* \*

«*Siéntate en el último lugar*» (S. Luc. 14, 10). Este consejo de Cristo le cumplía a maravilla D. Claudio.

Aunque en las juntas tenía que ocupar la presidencia por razón de su cargo, procedía con tal modestia y naturalidad, que en las deliberaciones parecía uno de tantos, sin que se permitiera jamás la más pequeña insinuación de preferencia y superioridad (P. Guim, S. I.).

En los actos públicos su lugar predilecto era un rincón, y sufría verdaderamente cuando le llamaban al sitio de preferencia. De estos casos se pueden contar infinitos.

En el presbiterio del Seminario tiene su sitio de patrono y fundador; ni una sola vez lo ocupó, y rehusaba con tenacidad un simple reclinatorio que le tenían preparado en la iglesia. En cambio se le veía en los bancos entre los pescadores de Ondarroa, que le apretujaban, y para besar la reliquia de S. Ignacio pasaban sobre él.

Celebróse en el juego de bolos de Comillas la entrega de la *Medalla de salvamento de náufragos* a un marinerero. A la función asistió el Marqués, pero colocándose atrás entre los últimos.

Contó la Reina a una sobrina del Marqués que éste en las galerías del Palacio se quedaba siempre el último, viéndose los Reyes obligados a llamarle para que ocupase los primeros puestos.

En el viaje de los Reyes a Barcelona, la Reina visitó el Hospital de la Cruz Roja, acompañada de los Marqueses. Se dió orden de que no entrara el público. Estando ya en la sala de recepciones la Reina y la Marquesa, ambas al parecer buscaban una persona determinada entre la concurrencia. Al no hallarla, me hizo seña la Marquesa para que me acercase. Yo estaba allí como Contador de la Cruz Roja. Me encargó que buscase al Marqués. Bajé a la calle y le encontré que no entraba, por no dejarle el guardia y no darse él a conocer. Le manifesté que le llamaba la Marquesa, y entramos en el salón (Dardet).

En la mesa se servía el último, atestigua su secretario Cabañas, y confírmalo el camarero del vapor *Villaverde*, Sr. Pérez García, que varias veces le sirvió a bordo; añadiendo que aunque en la fuente solo quedara un insignificante residuo de comida, después de haber servido a los demás comensales; él hacía señas al camarero para que no le trajesen más.

Avaro del tiempo para el trabajo, mandaba a veces que empezasen la comida, sin esperarle a él; y cuando

se presentaba a la mesa después de servidos algunos platos, no consentía que le sirviesen los manjares ya servidos.

Asimismo en la mesa eucarística con frecuencia comulgaba el último, como queriendo pasar inadvertido.

Plácenos por fin copiar un fragmento del folleto del CARD. REIG, *Principios y bases de reorganización de la Acción Católica Española*; pág. 75-76.

Suspiraba el Marqués por una reforma en la constitución de la Acción Católica, que él había planeado. «Esta idea, escribe el Cardenal, se llevó al sepulcro aquel ejemplar de caballeros católicos... Cuando fuimos promovido a la Sede Primada nos dijo, y nos repitió más tarde: «Afronte y lleve a término, sin consideración alguna personal, la reforma que estime oportuna, de la Acción Católica. Prescinda de mí o relégueme al último lugar; estoy gastado con tantos años de actuación. Donde quiera que esté, contará siempre conmigo, y hasta es muy posible que pueda prestar aún mejores servicios a la Iglesia, como soldado de fila.»

\* \* \*

No menos se echaba de ver su profunda humildad en el *ejercicio de oficios humildes*, como recoger con sus propios brazos a los pobres que yacían en los caminos, conduciéndolos en su coche a donde estuviesen bien atendidos a expensas de él mismo. En ayudar a sus criados en sus cargos, como al sacristán en el arreglo del oratorio para la misa; en fregar él mismo los platos, cuando en los viajes se sentaban a comer a la orilla de un río. Hasta en poner la mesa para todos en el santuario de Guadalupe, mientras los envió a los demás a ver el pue-

blo. Hechos son estos atestiguados por sus servidores. Pasamos por alto algún otro acto más heroico, por más repugnante a su natural tan pulcro y delicado.

Su predilección parecía polarizada *hacia los humildes y sencillos*. ¡Qué cosas decía a los pobres que en Alamin se reunían esperando su limosna! Parecían inspiradas por Dios, exclama su capellán. A los niños que hallaba en el camino con qué cariño les preguntaba: ¿Sabéis rezar? ¿Váis a la escuela? ¿Oís misa?—En su finca La Moguda reunía a los niños para el catecismo y les distribuía premios (Guasch).

Yo no fuí de la servidumbre del Marqués, cuenta el ancianito Francisco Molleda, pero sí serví en sus barcos. Mi hermano Andrés era administrador suyo y me invitaba a ir a Barcelona, diciéndome que en el Palacio de Puertaferri tenía fonda; y así me pasaba allí unos días. A veces se enteraba el Marqués de mi llegada antes que mi hermano, y se lo decía.

Era un bendito, muy amable. Cuando se acercaba a nosotros a decirnos algo, lo hacía con el sombrero en la mano. Nosotros enseguida nos quitábamos la gorra. Así se expresa el referido Molleda.

Escenas encantadoras eran verle conversar en la estación de Torrelavega con un golfillo madrileño, atraído a la Montaña por su afición a los toros; o en la Rambla de Barcelona con el infeliz *Sapo* de Comillas; escenas referidas por su criado Calderón; y la que tanto llamaba la atención de un sobrino suyo, acariciando en Comillas a un muchacho muy pobre, sucio y repugnante.

Cualquier mendigo, cualquiera tribu de gitanos que encontrase, le robaba el corazón, y se entretenía conversando con ellos, y por supuesto terminaba por alargarles una buena limosna.

Más sorprendente, si cabe, es la escena referida con deliciosa sencillez por el hoy H. Víctor, portero de la Trapa de Cóbreces: Estando yo en el monte *El Lavadero*, junto a Santa María de Nieva, al frente de una brigada de leñadores, se presentó allí el Marqués de Comillas, al tiempo en que mi tío, anciano de 80 años, estaba merendando unas sopas. —¡Qué buenas sopas come usted, buen viejo!, le dijo el Siervo de Dios. —Si usted gusta..., le replicó el leñador. —¿Y cómo no? Diciendo y haciendo, con la misma cuchara de palo con que comía el ochentón, se puso a comer el Marqués unas cuantas cucharadas de sopas, entre las risas de complacencia y a la vez de admiración de los otros leñadores. —A la verdad, prosiguió, en toda mi vida jamás he comido unas sopas tan ricas.

Observó el Marqués, añade el portero trapense, que yo estaba afinando con una navaja una cuchara de boj, y me dijo: —¡Qué linda cuchara está haciendo! —Si usted la quiere..., le respondí. El la aceptó gustoso, le dí dos. —En verdad, añadió, que estas cucharas han de lucir en mi mesa, cuando tenga yo huéspedes de categoría. —Sí lo hará, me dijo la Marquesa, porque es muy sencillo.

Complacióle también un gran cucharón de boj, que allí tenía yo. Si a usted le agrada... —Sí, sí, me vendrá bien para que mis cocineras no se quemem las manos cuando derriten la manteca.

Hay que dar un viva al Marqués, dije a mis leñadores: ¡Vival ¡vival!, gritaron con el mayor entusiasmo; y el Siervo de Dios, huyendo de los ¡vivas!, se alejó, arrojándonos un billete de cien pesetas: —¡Ahí va, para vino! y se despidió.

Así realizaba el Marqués, pobre de espíritu, aquel lema: *Yo he nacido para ser pobre.*

## CAPÍTULO XVII

### El varón fuerte

Muéstrase la virtud de la *fortaleza* en sufrir varonilmente las adversidades, y en acometer con gran presencia de ánimo cosas arduas, y arrostrar los peligros.

¡Qué *resignación* tan admirable y sobrehumana la del Marqués en las mayores calamidades que afligieron su delicadísimo corazón. Siempre en las manos de Dios, dispuesto a recibir las contrariedades como enviadas o permitidas por la Divina Providencia, aun las causadas por la malicia de los hombres. *En tus manos, Señor, están mis suertes* (1). Esta sentencia del Profeta David, con palabras equivalentes, la tenía de continuo en sus labios y a ella se acomodaba en el tiempo de la tribulación.

Lo hemos visto en la muerte de sus seres más queridos; y cuando tenía al ojo la ruina inminente de toda su fortuna; y cuando en sus campañas por la Acción Social y Católica hallaba el desdén, cuando no la oposición, de los que debían prestarle apoyo; y cuando se le anunciaba la pérdida de alguno de sus barcos.

Sublime *resignación* la suya en el naufragio del vapor *Eizaguirre*; nárrala su consejero D. Jorge Barrie: Durante la guerra Europea, por estar cerrado el Canal de Suez, los barcos que se dirigían a las Filipinas se veían obligados a hacer su travesía por el Sur de Africa. Pues bien, el vapor *Eizaguirre* tuvo el infortunio de chocar con una

---

(1) *Salmo*, 30, 16.

mina, la cual explotó hundiéndole en el fondo del Atlántico. Estábamos en una reunión del consejo de la Traslántica en Madrid, cuando nos anuncian: se ha hundido el *Eizaguirre*. —¿Ha habido víctimas?, fué la primera pregunta de D. Claudio. —Sí, Sr. Marqués, perecieron casi todos los navegantes.—Entonces dijo: —No es ahora tiempo de seguir tratando negocios; y suspendiendo la sesión fué enseguida a la iglesia de San Pascual donde estaba expuesto el Santísimo Sacramento. Allí estuvo en oración una media hora; y luego, confortada su alma por el Señor, volvió a reanudar la sesión, para tomar providencias sobre las víctimas y sus familias.

A este propósito dice el Marqués de Valdeiglesias: A mí me recordaba el gesto de Felipe II, cuando le anunciaron el desastre de la Armada Invencible: «Espre que termine la misa y hablaremos.»

Su resignación en las manos de Dios subió de punto en los males que le causó la malicia de los hombres; cuando más se rebela el corazón humano ardiendo en ansias de venganza, y más fortaleza se necesita para reprimir sus movimientos. Dicha queda aquella sublime serenidad con que sobrellevó el hundimiento criminal del trasatlántico *Alfonso XII* en la bahía de Santander; con aquellas palabras de santo que a raíz de él escribió a su esposa: «Acepto este disgusto, como todos los demás que la Providencia quiera mandarme.» Asimismo el incendio del *Alfonso XIII* en Bilbao, que nadie se atrevía a comunicarle, y él aceptó resignado por completo en la divina voluntad (Luis Satrústegui).

\* \* \*

«*En sufrimientos desde mi juventud*»: así pudo exclamar el Marqués con el Real Profeta (*Salmo 87, 16*).

¡Qué *paciencia la suya* en los dolores y angustias de la enfermedad que de continuo le afligió desde su juventud hasta la muerte!

La tuberculosis contraída a los 22 años, por la fraternal solicitud con que asistió a su hermano en la última enfermedad, le acompañó toda la vida, sin una palabra de queja. Es cosa que maravilla a los que le conocían.

Preguntando qué tal se hallaba, nunca respondía: —*Mal*—sino —*gracias*—o *no es nada*, afirma su criada Gervasia; la cual añade: En sus dolores y enfermedades mostraba que los sufría por amor de Dios.

De sus enfermedades o achaques nunca hablaba, sino tal vez para explicar su tardanza en responder a las cartas que recibía, como a veces las dirigidas al P. Vicent.

Por excepción reveló una vez a su íntimo amigo don Javier Gil lo que sufría; según el cual aquella tuberculosis debía causarle agudísimos dolores corporales y gran pena y humillación; dolencias que sólo alguna vez se podían presumir por la contracción del rostro (José Gil).

Con igual paciencia soportaba las demás contrariedades. Aunque por sus secretarios sabíamos que algo adverso le había sucedido, ninguna señal de disgusto notábamos en él, atestigua su criado Calderón.

\* \* \*

Cualquiera diría que un hombre tan caritativo y bondadoso, tan sufrido, había de ser cobarde y apocado ante los peligros. Nada menos. Era de grandes arrojos, cuando era necesario. Nunca le ví acobardarse ante las dificultades, afirma González Rojas. Frase feliz del Señor Obispo de Calahorra en su oración fúnebre: —*El Señor Marqués era Señor de los negocios, no los negocios señores de él.*

Mostró su invicta *fortaleza* en aquella constancia inquebrantable con que llevó adelante sus empresas tanto materiales como espirituales, contra viento y marea, según queda consignado en los capítulos de su Acción Social y Acción Católica, hasta la muerte.

El valor con que acometía los peligros, dejaba pasados aun a los más valerosos. Le hemos visto en Barcelona entre las amenazas de los revolucionarios ir a pie delante de la carroza real, abriendo camino para defender la vida del Monarca; le vimos en el Congreso Eucarístico de Madrid colocarse detrás de un personaje sospechoso acechando sus movimientos para lanzarse sobre él al menor intento criminal contra su Rey; le vimos luchando pistola en mano en el Bruch con otro que se acercó a Su Majestad en actitud inquietante.

Le vimos en el palco de los calaveras, por si alguien atentaba en el teatro contra la familia real.

Semejante intrepidez desplegó en defensa de la religión. A principios del siglo xx desencadenó el Gobierno una persecución contra los religiosos con la impía Ley de Asociaciones. Los católicos se aprestaron a la defensa; y a la gran manifestación que se celebró en la plaza de toros de Barcelona asistió él con sus mesnadas de empleados y obreros. Salíamos de la plaza desarmados con las manos en los bolsillos, dice el Sr. Ferrer, cuando los enemigos empiezan a tirotearnos. —¡A ellos!, gritó el Marqués impertérrito.

El fué quien se distinguió sobre toda ponderación en la defensa de los jesuítas durante la revuelta de 1890 en Barcelona, exponiendo su vida por ellos. Dió a cada uno un billete para que se refugiasen en un vapor anclado en el puerto, que retrasó expresamente su salida para que les sirviese de asilo. Trabajó con el Gobernador y el Capitán General para que enviasen al Colegio de jesuítas

gente que los defendiera, y él mismo envió allí personas de confianza, que se pusiesen a las órdenes del P. Rector. Y aunque estaba prohibida toda circulación de carruajes, él por sí mismo, a las diez de la noche, se fué al Colegio para saber si estaban tranquilos o necesitaban algo. Todo esto se escribe en el *diario* del P. Arbona, uno de los mártires de nuestra última persecución roja.

El fué quien en la *Semana Trágica* de Barcelona, 1909, defendió con denuedo a los religiosos y a sus iglesias.

En una huelga los obreros del Marqués se encargaron del servicio de tranvías, y él mismo empuñó la manivela de uno para dirigirle; y como un hombre le cogiese los brazos por detrás para impedirle el manipular, le despidió de sí con un bofetón. Porque, dicho sea de paso, el Marqués, a pesar de sus achaques, tenía mucha fuerza corporal. El Sr. Pérez Eizaguirre, que narra el hecho anterior, añade: En el sanatorio de Panticosa había un aparato de gimnasia consistente en una polea con una cuerda y una pesa colgada de ella: ninguno de los que allí estábamos era capaz de levantar la pesa, que levantaba D. Claudio.

Vimos con qué valentía se fué entre las turbas agresoras que en Valencia intentaban impedir el embarque de los peregrinos a Roma, en la colosal peregrinación obrera de 1894; no embarcándose él hasta que estuvo a bordo el último peregrino.

Nota una de sus secretarios: En la época de terror en Barcelona salía por las calles con pistola en el bolsillo, que nunca usó, ni usaría para defenderse a sí mismo, sino a otros.

Fué asesinado en Madrid por los socialistas el principal contratista de obras Sr. Madurell por haber admitido al trabajo obreros de los sindicatos católicos. El asis-

tir a su entierro en tales circunstancias era arriesgadísimo; pero al Marqués le pareció una claudicación, que podría envalentonar más a los socialistas y abatir más a los católicos, el dejar de asistir; y, contra pareceres de personas más temerosas, presidió el entierro, exponiéndose a la muerte.

Las amenazas concretas de muerte para él, no fueron bastantes a hacerle desistir del Congreso Eucarístico de Madrid. Presidió todo el tiempo que duró el Congreso, y luego desfiló en la procesión.

En el cumplimiento de sus deberes, dice el Marqués de Valdeiglesias, no hubiera vacilado ni ante la muerte. Quisimos hacerle desistir de presidir una Junta de la Compañía de Tabacos de Filipinas, que se auguraba tormentosa por la conjura de muchos miembros, que querían presentar un voto de censura contra la Junta Directiva. A pesar de nuestros esfuerzos la presidió, durante dos horas; y a fuerza de mesura y prudencia calmó la tormenta.

La saña de los revolucionarios contra el patrón opulento y cristiano, contra el sostén firme del orden, es raro se contentara con ataques de la pluma: ¿Cómo se explica que cayendo tantos patronos de escasa significación, no se acordaran de él los asesinos de oficio?

Dios le guardó.

Porque él bien poco se guardaba: creía uno de sus deberes mostrarse tranquilo en la general turbación, y jamás el miedo le hizo cambiar su manera de vida. El 1 de mayo de 1890 los socialistas inundaban la Rambla de Barcelona con la primera fiesta del trabajo: el recelo a posibles desmanes bajó cierres y persianas en tiendas y balcones; D. Claudio acompañado de su mujer, era el único que presenciaba tranquilo el desfile.

En otra huelga general vió tan amenazador el horizonte, que hizo subir a bordo de uno de sus buques a las mujeres de la familia: con él quedóse la Marquesa. Llama al cochero:

—Francisquet, ¿te atreves a sacar el coche?

—Señor, con usted voy a cualquier parte.

—Pues vamos a ver qué pasa.

Y su carruaje fué el único que rodó por las calles: hizo la visita de las Cuarenta Horas, y otras a sus parientes, y volvió a casa sin prisas, sin esquivar las turbas.

Su honrado lacayo ufanábase en ostentar en su despacho la bendición papal que los Marqueses le trajeron de Roma; y como una reliquia mostraba el magnífico reloj de oro, de cuya gruesa cadena pendía una auténtica onza pelucona de oro. Era regalo de D. Claudio, agradecido a tan arriesgado servicio de llevarle en coche por las calles de Barcelona en día de tanto peligro.

El Ministro de la Gobernación, Marqués de Vadillo, le comunicó oficiosamente que en una junta anarquista de Seltz habían decretado su muerte: era en 1897; al volver D. Claudio de Panticosa, el Conde de la Viñaza le envía un folleto de Tárrida de Mármol, publicado en el extranjero, en que Cánovas, Comillas y otro personaje se delataban causantes de las famosas y supuestas torturas de Montjuich contra los anarquistas. Cuando el Marqués leyó el folleto, había ya caído uno de los sentenciados, Cánovas: motivo tenía para recelar que no faltaría otro Angiolillo para sí; con todo, al telegrama con que Vadillo le ofreció la escolta de un policía, conocedor del suceso encargado de asesinarle, contestó rehusándola y pidiendo las señas del asesino. Se las mandaron: al volver un día a casa, le parece ver en la puerta al hombre. Encaminóse a él D. Claudio resueltamente:

—¿Qué desea usted?

—Entregar a usted esta solicitud...

Quizás fuera un infeliz de peor catadura que alma; quizás se acobardara ante la apostura decidida del Marqués, que es muy creíble se le acercase con la mano en el bolsillo del revólver: para eso lo llevaba en tales ocasiones.

\* \* \*

«Mejor es el hombre paciente y sufrido que el varón fuerte; y el que se vence a sí mismo, mejor es que el dominador de ciudades.» Así se expresa el Sabio en el Sagrado libro de *Los Proverbios*, 16, 32.

Conservar la serenidad de la *mansedumbre* en lo adverso un hombre de genio fuerte e impetuoso, es de lo más difícil en la vida; y por lo mismo de lo más meritorio y admirable. Este *dominio de sí* es una de las cualidades que más admiran y ponderan los conocedores de D. Claudio.

Uno de los jesuitas que empezaron a tratarle de cerca al fundarse el Seminario de Comillas, el P. Ciáurriz, escribía: «Estos señores se imaginan un Marqués de cera, y es otra cosa.»

El Marqués era el hombre de más dominio de sí mismo que he conocido. Tal fué la alabanza principal que de él hizo su íntimo amigo Pérez Eizaguirre respondiendo en carta a quien le preguntaba.

¡Oh el genio del Marqués era de lo más grandel, contesta su secretario Cabañas. Con lo nervioso que era, ¡cómo se vencía tanto! Al notarle yo cómo se estaba reprimiendo interiormente me decía: ¿Porqué este hombre no revienta y nos suelta una andanada?

Tenía genio fuerte, pero dominado, atestigua González Rojas: Trifino Gamazo solía contradecirle; el primer im-

pulso del Marqués era de genio; pero al punto se refrenaba.

El mismo reconocía su genio fuerte, propenso a la irascibilidad; y al mismo tiempo la necesidad de dominarse.

Hablando con el P. Nevares sobre las dificultades que experimentan los que andan en negocios temporales, le dijo: —Hay que vencerse mucho; porque de mi naturaleza *tengo temperamento salvaje*. —Pero yo, añade el P. Nevares, siempre le ví moderado.

Una vez expansionándose, dice Dña. Cristina Güell, me dijo que tenía carácter muy fuerte.—Y al decirle yo que nunca le había visto enfadado, me contestó: —Pues porque me domino, hija.

Hacíase violencia para ser humilde y lo consiguió, añade otra de las que con él convivieron.

Cuando estaba más nervioso, extremaba su dulzura con los que le rodeaban, atestigua su criada Gervasia. Buena prueba de ello eran aquellas reprensiones amorosas que hacía a su servidumbre, y que a ésta tanto llamaba la atención y al mismo tiempo saludablemente la impresionaban: ¡*Hijito!* ¡*Pero hijo mío!*

Yo siempre le ví apacible, afirma otro de sus íntimos, si alguna vez disentía del criterio ajeno, lo manifestaba con frase como estas: —*No es así, querido, no es así*.

«Es muy de notar, escribe el Dr. Ortiz de la Torre, que este hombre que tuvo que tratar en su vida con tantas calidades de personas: buenas, malas y regulares, jamás se incomodaba ni impacientaba con tantísimo tonto como tuvo que importunarle en los diversos tratos de su vida.»

Disgustábanle las visitas, dice el portero Torre, y al anunciarle alguna, su primer movimiento era de desagrado; pero sobreponiéndose a sí, acudía a ella; y cuando

el visitante empezaba con la frase obligada: —Dispéñseme que le moleste, —él respondía: —Aquí no se molesta a nadie, para eso estamos en el mundo, para ayudarnos los unos a los otros.

Con semejante frase respondió al P. Camilo García, Rector del Seminario: —«Padre, ¿para qué estamos en el mundo, sino para hacer todo el bien que podamos.» —¡Sentencia de Santo! exclama el Padre.

Notables son los casos referidos por Calderón; de la mansedumbre con que habló a su criado Vigil, cuando éste inutilizó aquél juego de té, del que estaba prendada su esposa; y el de la exquisita bondad con que sentó a su mesa a dos vulgares huéspedes, por equivocación de un sirviente suyo; y de la mesura con que calmaba la viveza de la Marquesa, cuando esta reprendía a sus criados, diciéndola en voz baja: —Déjalos, María, no siempre han de hacer las cosas bien.

¿Que alguna vez el carácter se sobreponía a su habitual mansedumbre? Es verdad y es muy humano; si no apareciera nunca el temperamento de los Santos ¿de dónde sacan sus biógrafos que era tal o cual?

Sólo recuerdo haberle visto un acceso de cólera, narra uno de sus íntimos, como de excitación nerviosa, estando él sólo; por no haber admitido el criado una visita que mucho la esperaba. Le observé desde otra habitación y me impresionó verle incluso golpearse la cabeza con la mano. Sin embargo no ví que reprendiese al criado.

Pero semejantes casos eran raros, y más bien de esos actos que los filósofos llamaban *primo-primos*, que se adelantan a la advertencia de la razón.

Por otra parte ellos daban al Siervo de Dios ocasión de ejercitar altísimas virtudes, principalmente de peni-

tencia y de humildad, dando satisfacción al que juzgaba agraviado.

Cuando creía haber reprendido a un súbdito con exceso, le faltaba tiempo *para pedirle perdón*, afirma su secretario Cabañas; y en confirmación narra este caso: Dicitábame un día muy de prisa y con las manos temblorosas; yo, no pudiéndole seguir, le interrumpí dos veces preguntando: —Decía usted... Ante la precipitación atropellada me tentó la risa. Al Marqués le supo tan mal, que incomodado rompió el papel que yo tenía en la mano y marchó. A los dos minutos vuelve sosegado y me dice: —Cabañas, me alegro de que mis nervios le hayan dado ocasión de reír y no de otra cosa.

El día que regresó de Palacio para dar las gracias al Rey por el Toisón de Oro, le rogó el Barón de Satrústegui que le explicase aquella condecoración. Al Marqués, a quien tanto disgustaba aquella insignia, le disgustó la pregunta de Satrústegui, y sin responder palabra se encerró en su cuarto. Mas a poco, como arrepentido de su descomedimiento, salió y se lo explicó todo con la mayor amabilidad y dulzura.

A un criado que ejecutó mal un encargo, en el primer ímpetu le dijo una palabra que pudo ofenderle, cuales no se le escapaban de la boca. Descuidarse es de hombres, reparar a costa de amor propio, es de santos. El Marqués llama a su criado y le dice: usted es hermano mío, y no le he tratado como a tal. Perdóneme.

Yendo en auto de S. Rafael a Segovia, al atravesar la vía, el guarda por descuido dejó abierta la portilla, y faltó muy poco para que el tren atropellase al auto. Don Claudio se tiró a reprenderle por el descuido; dió el guarda sus disculpas; y creyendo el Marqués que le había reprendido con exceso, acabó por darle disimuladamente dos duros (José Gil).

Cerramos esta serie de rasgos con uno en que la humildad echa sobre el desborde del genio, un zurcido que hermosea más la belleza de su alma. Refiere el hecho una de sus sobrinas: Cuando el Rey de España fué a visitar al Papa Pío XI, mi tío gestionaba en Roma con el Embajador el conseguir que las damas se presentasen a Su Santidad con el traje que en la corte usaban en la visita al Santísimo, como el Monarca lo deseaba. Ponían dificultades para ello, por lo cual mi tío contrariado estaba un tanto nervioso. Luego en el Hotel dijo una palabra un poco áspera a un dependiente, en presencia mía. Al día siguiente reconociendo la falta, y el mal ejemplo que creía haberme dado, me dice: —Ayer me viste faltando a la paciencia con un criado. Yo traté de quitarle importancia; pero él insistió: —No, aquello no estuvo bien.

## CAPÍTULO XVIII

### Yo nací para trabajar

¡Sentía la grandeza del trabajo! Con pinceladas de artista enalteció él mismo la nobleza del trabajo en ocasión bien solemne. Fué en la ceremonia de *cubrirse* ante la Reina Regente, el 12 de mayo de 1889, como *Grande de España*, exponiendo los títulos merecedores de la Grandeza.

«Al amor que dispensara [Don Alfonso XII] al trabajo nacional, débese precisamente la distinción que dispensó al primer Marqués de Comillas... No fueron [otros] títulos los que le ganaron principalmente el aprecio de su Soberano; lo ganó en primer término como campeón del trabajo nacional...

Educado en el ejemplo de mi noble antecesor, firme en la convicción de que el engrandecimiento del trabajo nacional es la única base sólida del engrandecimiento de nuestra Patria..., permítame Vuestra Majestad que haga presente ante el Trono mi voluntad resuelta de perseverar en los caminos del primer Marqués de Comillas, y de avanzar por ellos hasta donde mi aliento alcance, con la vista siempre fija en la prosperidad de mi Patria...»

D. Claudió cumplió a fuer de leal caballero la palabra empeñada al Rey.

El Excmo. Sr. Conde de Güell, sucesor suyo en el Marquesado y en la Presidencia de la Compañía Transatlántica; en el discurso que dirigió a la Junta de Accionistas, 21 dic. 1925, ensalzó como características del difunto Marqués el trabajo, la delicadeza, como grado supremo de la honradez, y la fe religiosa.

«Si el trabajo enaltece al hombre, bastaría el grado supremo con que el Marqués de Comillas ejerció esta virtud, para que tan sólo por este concepto mereciera ser considerado como modelo de ciudadanos; porque en su larga vida trabajó desde la adolescencia hasta su muerte, y trabajó sin descanso.

Yo tengo la seguridad de que ninguno de los que hemos vivido cerca de él hemos conocido a nadie que trabajara más de lo que trabajó el Marqués de Comillas; y ninguno de los paleros de los vapores de nuestra flota pudo envidiar a su Jefe porque tuviera más horas de descanso al día, de las que él tuviera.»

\* \* \*

*El deber del trabajo* fué sin duda el predilecto suyo. Decía el Excmo. Sr. Alcolea, Arzobispo de Santiago, que el Marqués *tenía el vicio del trabajo*. Parecía tener hecho

*voto de trabajar*, añade el Sr. Martín Alvarez: trabajaba, como si fuese un padre de familia cargado de hijos a quienes tuviese que sustentar con su trabajo.—Decía la Marquesa a la mujer del secretario Cabañas: Desengáñese, Claudio mata a Gayangos y al marido de usted.

Notable es lo que afirma Ortiz de la Torre: —«Entre tantas y tan diversas gentes como he tratado en mi larga vida, no he conocido a nadie que tuviera ni tanta pertinacia ni tanta resistencia para trabajar; siendo más de admirar esta condición en persona que tuvo que luchar toda su vida para mantener en equilibrio sus escasas fuerzas.»—«Trabajaba, escribe su secretario Cabañas, en el automóvil o en el tren: a veces de una estación a otra acometía un arduo problema, que quedaba resuelto en un telegrama, que depositaba en la misma estación.»

El mismo decía que el día que no recibía sesenta cartas era de descanso para él; y las leía todas, y escribía en cada una un sumario de la respuesta, para que después las despacharan sus secretarios; cuando no redactaba él mismo de su puño y letra toda la carta de respuesta, como he visto muchas al P. Vicent, alguna de ellas hasta de doce páginas.

Setenta y dos años bien trabajados contaba, cuando después de penosos afanes logró la última renovación del contrato de la Trasatlántica con el Gobierno. Al dar en la Junta la noticia halagüeña, echóse atrás en la butaca, como hombre que respira después de un ahogo. Uno de los consejeros le dijo: —Ahora, Sr. Marqués, a descansar. —¿A descansar? Oiga usted lo que me contaba mi padre: En un ingenio suyo cubano, un pobre negro, después de ruda faena, se tendió a la sombra. —¿Qué haces ahí?, le preguntó el capataz. —Estoy descansando. —¿Y no sabes tú que el negrito no ha nacido para descansar? —Pues apliquemos el cuento, añadió D. Claudio.

«Yo he nacido para trabajar y ser pobre», era sentencia que salía con frecuencia de sus labios.

Y lo más admirable era el espíritu que animaba su trabajo.—*El Marqués fué un hombre que siempre trabajó para los demás, nunca para sí.* Tal fué la primera alabanza que me hizo el Conde de Romanones, al pedirle yo datos sobre el Siervo de Dios.

Incitado por su esposa a que viniese a pasar una temporada de veraneo, replicaba: —¿Sabes tú cuántas bocas de familias obreras están pendientes de que yo despache estos asuntos?

Tan avezado estaba al trabajo, que le costaba imaginarse sin trabajo el cielo. Un día se puso a hablar llanamente en el vestíbulo del Seminario a los alumnos de Gramática, y animándolos a la estudiosidad, les dijo: —Mirad, yo apenas puedo figurarme el cielo sin trabajo; me imagino que allí Dios nos mandará hacer algo.

Admiraba su conserje Torre aquel orden en que tenía dispuestos sus papeles, que a una ligera indicación suya le ponían en la mano sus secretarios el papel que necesitaba.

Los domingos eran para el descanso, no para la holganza, empleándolos en obras de piedad y honestos esparcimientos: regatas, juego de bolos, excursiones campestres o artísticas, etc., en sus buenos años.

## CAPÍTULO XIX

### Otros destellos de virtud

*Varón justo.* Alabanza que Dios tributa en la Sagrada Escritura a ciertos hombres eminentes en virtud; más en concreto se aplica a los que sobresalen por el ejercicio

de la virtud de la justicia, que consiste en dar a cada uno lo suyo.

Salpicada de rasgos de tal virtud está todo este libro.

Por su diligencia en administrar los bienes que le estaban confiados inspiraba tal confianza, que su criado Calderón oyó de labios del opulento Conde de Sert que él pondría toda su fortuna en manos del Marqués de Comillas.

Era yo Gobierno, narra el Presidente Sánchez Guerra, y un vapor de la Trasatlántica perdió una saca de correspondencia (1893), caso penado con multa de *cuarenta mil pesetas*. Me ví en el trance de imponer la sanción a la Compañía.

No faltaron quienes alardearon de que el Marqués con su poderío escamotearía la multa; y alguien en el Gobierno me lo advirtió diciendo: —¡Cómo se defenderá Comillas!

Fué todo lo contrario: Se me presentó el Marqués; pero venía a darme explicaciones, a dar razón al Gobierno, *¡y a dar cuenta de haberse pagado las cuarenta mil pesetas!*

El propio Sánchez Guerra contó el caso en el Congreso, cuando se discutía un nuevo contrato con la Trasatlántica (1908), exclamando al fin: —Entonces aprendí yo que *el Marqués de Comillas era un gran patriota, un gran caballero, y un gran cristiano.*

Extremadamente riguroso era en pagar al Estado los tributos, aun aquellos que personas de buena conciencia procuran evadir.

Al pasar la frontera francesa de vuelta a España encargaba a sus familiares: ¡Cuidado con ocultar nada que tenga que pagar derechos; porque yo mismo soy capaz de denunciaros al agente de aduanas! Así lo refiere testigo de vista.

Por fin, en las cartas de recomendación que con frecuencia le pedían, por ejemplo para conseguir tal puesto, ponía exquisito empeño en que, por favorecer a su recomendado, no se violase en lo más mínimo la justicia distributiva, perjudicando a otros, que tal vez tuvieran más méritos para lo mismo. Y así es frecuente leer en tales cartas de recomendación frases como esta: *Siempre que se pueda dentro de la justicia.*

En un hombre como él, criado entre las delicias de una opulenta familia fué sorprendente la *templanza* que observó.

Y ante todo se preocupaba de que en su casa se guardasen a rajatabla las vigiliass prescritas por la Iglesia, a cuyo fin tenía el cocinero en la cocina un almanaque donde se anunciaban los días de ayuno y de vigilia.

Si se presentaba algún huésped insigne en día de vigilia, *pedía privilegio*, dice con sencillez su portero Torre. Tal sucedió, añade la doncella Tomasa, cuando fué a su palacio de Barcelona una persona de la familia real, a quien no parecía correcto obsequiar con comida de vigilia. Por supuesto que para tranquilidad de todos hacía saber la dispensa obtenida del Prelado.

Haciéndose cargo de las dificultades especiales que ofrecía en sus barcos la observancia de la ley de la abstinencia, consiguió de la Santa Sede dispensa general de ella, para que todos pudieran comer de carne.

Por lo demás él comía como dos pajaritos, dice graciosamente Martín Alvarez. No bebía vino ni licores, sino agua de Solares. Fumaba un sólo cigarro después de comer, y a veces otro después de cenar; pero de un tabaco tan insípido, que no se podía ofrecer a nadie, como si le hubieran quitado la nicotina, dice Calderón. De suerte que más bien puede creerse que lo fumaba por medicina.

Bellísimas son las sentencias que sobre la *modestia en el vestir* escribió a su esposa: «Los gastos en trajes, en cuanto excedan a lo que las conveniencias sociales exigen, son un dinero completamente tirado... El lujo de trajes, por grande que sea la modestia de quien lo usa, la representa ante la sociedad o como vanidosa o como superficial. Es más, considero que la señora que, como tú, modera el lujo de sus trajes sólo por modestia o sencillez, no sólo consigue las consideraciones que estas cualidades merecen, y puede emplear en cosas útiles y santas grandes sumas, que otras tiran tontamente, sino que hace un bien inmenso a la sociedad, moderando con su ejemplo el lujo exagerado, que tan desastrosos daños materiales y morales causa en las familias» (13 ag. 1885).

El ajuar y adorno de su casa eran acomodados a su categoría, sin exageración. Jamás noté en él ostentación ni prodigalidad, dice una de sus familiares.

Parco y templado era también *en el sueño*. Dormía poco y trabajaba mucho. Yo que tenía el encargo de despertarle a la hora por él señalada, a veces, para que durmiese más, le hacía la trampa de atrasar el reloj, confiesa su doncella Tomasa.

En la *pureza* un serafín, así se expresa una persona de su familia.

Podría sonar a profanación hacer mención de virtud tan delicada; pero la edificación nos autoriza a proponer a este Siervo de Dios como modelo de las almas castas.

Ya lo hemos visto; casto se conservó en su juventud, aun en medio de las naciones extranjeras, lejos de la vigilancia paterna, donde todo le solicitaba a los placeres. Entre mis familiares oí que fué modelo en todo, especialmente en la castidad, afirma otra persona de su familia.

Y si tal se conservó en sus años juveniles ¿cuál no

sería en el resto de su vida? Flor de perenne perfume de pureza nos le presentan los que más le trataron.

En los cuarenta años que le traté, afirma el Duque de Bailén, jamás oí de sus labios palabra que ni levísimamente pudiera mancillar la virtud angélica. En todo su porte, en todas sus miradas fué pudorosísimo.

Tal era la delicadeza de su pudor, que otro de sus íntimos le juzgaba incapaz de cosa alguna que pudiera deslustrar en lo más mínimo la blancura de su alma. Elocuente es el testimonio del Conde de Casal: Pertenece el Marqués al Patronato del Museo del Prado y a la Sociedad de Amigos del Arte, y manifestaba su criterio moral sobrio en lo que a las bellas artes se refiere.

Aunque era muy aficionado a las obras de arte, tenía sumo cuidado de su moralidad; ningún adorno había en su casa que pudiera ofender los ojos más castos.

La honestidad exigíala con sumo rigor de los que de él dependían. Ya lo hacen notar sus servidores. Hemos visto las precauciones que ordenaba en sus barcos, para evitar abusos. Con los deshonestos no transigía, aunque fuesen altos empleados los despedía, atestigua su alto funcionario Sr. G. Antúnez.

## CAPÍTULO XX

### S u s a n t i d a d

*Evita el mal y obra el bien.* En esta sentencia del Profeta David (*Salmo 33, 15*) se contienen los dos elementos de la santidad, que consiste en evitar el pecado y practicar la virtud.

*La delicadeza de conciencia*, esa nota de las almas finas con Dios, consistente en un empeño decidido de evitar aun las faltas veniales deliberadas; la delicadeza de conciencia en un hombre que vivió desde su juventud en medio de tantos peligros del alma, y metido en tantos negocios temporales, es un verdadero prodigio.

Recordemos aquella exclamación frecuente de su padre, cuando al ver a su hijo, joven aún, tan desprendido de las cosas del mundo y tan dado a la virtud, exclamaba conmovido: ¡A veces me vienen deseos de que Claudio hubiese cometido alguna falta, para merecer tal hijo!

Con palabras ponderativas y llenas de admiración ponderan sus familiares y amigos aquella limpieza de alma, en quien muchos declaran no haber advertido jamás pecado alguno deliberado.

El ejemplarísimo sacerdote D. Juan Badía, que murió Arcediano de Tarragona, escribía al P. Cascón: «Mucho se puede decir y escribir de Claudio, pero en él tenía muchísima más importancia su vida interior que su vida exterior. Creo que se podría decir de él: *«Omnis gloria eius ab intus»*: Toda su gloria está en el interior. Ya sabe usted que yo le conocía bien. Pocos corazones he encontrado tan rectos y tan puros como el suyo: pureza de sentimientos, de afectos, de intenciones, de juicios, de deseos, de palabras, de acciones y de todo aquello en que puede delinquir la conciencia. Por eso tenía yo siempre interés por su compañía.»

Quien fué por bastante tiempo su confesor estaba admirado y edificado de la delicadeza de conciencia del Marqués: sabíalo por experiencia, por las consultas de puntos tan sutiles, que pocos hubieran reparado en ellos; y al decirlo, recordaba que treinta años antes había oído lo propio al Padre Vinuesa, de la Compañía de Jesús, a quien asimismo acudió D. Claudio en Panticosa con sus

dudas; entre ellas, v. gr., si faltaban a la verdad los anuncios de la hora de zarpar los barcos, señalándola fija, cuando quizás las conveniencias de la marea obligaran a cambiarla. Tan delgado hilaba.

De esas consultas las hay abundantes en su correspondencia; ora pedía informes sobre personas que buscaban su apoyo en oposiciones a cátedras; ora inquiría el carácter de tal publicación, que solicitaba el anuncio de la Trasatlántica; ora si había peligro en adquirir para su despacho cierta enciclopedia, etc.

En un papel escrito de su mano halláronse una serie de dudas de conciencia sobre salarios, para proponerlas a su director espiritual, que debía serlo el P. Carles, a juzgar por la cifra P. C.; y a continuación el mismo Siervo de Dios consigna las respuestas recibidas. Poseemos otro papelito más menudo con notas de su puño y letra para uso personal, medio en jeroglífico, donde anota otras dudas de conciencia delicadísimas sobre distintas materias, con su correspondiente solución. Ellas le denuncian, y sin pretenderlo nos descubren la finura de aquella alma, esmeradísima en evitar aun las culpas más menudas.

Tanto llegó a *adelgazarse* su alma, ante el temor de verse rea de pecado, que según me manifestó su esposa, Claudio nunca hizo ejercicios espirituales, porque se lo prohibió su director espiritual, el P. Goberna, a causa de las angustias que padeció su espíritu. Bien que en los últimos años de su vida gozó de la más plácida paz; y en esa paz del Señor descansó.

No quiere esto decir que el Marqués de Comillas fuese un hombre ideal, sin mancha ni lunar, cual no ha existido en el mundo. No. Ya escribía el Apóstol S. Juan: «*Si dijéremos que no tenemos pecado, nos engañamos.*» (*Epist. I, 1, 8*). Y el Concilio de Trento definió: Que no

puede el hombre evitar todos los pecados veniales durante toda su vida, sin privilegio especial de Dios, cual fué concedido a la Santísima Virgen (ses. 6 can. 23).

No obstan, pues, a la santidad heroica tales defectos humanos, que ni son grandes ni frecuentes; y por otra parte se borran con las lágrimas de la penitencia; y dan ocasión de ejercitar eximias virtudes, principalmente de humildad, mortificación y paciencia en las adversidades.

\* \* \*

*Penitencia.* El Marqués tuvo sus faltas, pero las lloraba con amarga penitencia interior, que consiste en la contrición de corazón. ¡Quién le contemplara todas las noches pidiendo perdón a los pies del Crucifijo!

Solía el Siervo de Dios confesarse al menos cada semana; y aunque acostumbraba tener su confesor fijo, no tenía reparo en confesarse con cualquier sacerdote. Muchas veces lo hacía con el que fuese a decirle la misa a casa.

A este propósito refiere D. Manuel Rubio Cercas, hoy párroco de S. José de Madrid: Yo me ordené con dispensa de edad, y el primer destino que tuve fué de capellán de la colonia veraniega de S. Rafael, donde veraneaban algunos años los Marqueses de Comillas. Pues siendo yo sacerdote joven de veintitantos años, ¡conmigo se confesaban los Marqueses!

Y no tenía respeto humano en confesarse delante del pueblo, antes así lo hacía para dar ejemplo, como lo atestigua otro capellán de S. Rafael, D. Cayo Martín: Veraneaba el Marqués en casa de su amigo D. Javier Gil Becerril y ambos venían a comulgar y oír misa en el oratorio público del lugar a mi cargo. Más creo que lo hacían por dar buen ejemplo que por otra cosa, pues luego oían otra misa en su oratorio privado.

Decía yo la misa para el pueblo a las ocho y media, y los dos cristianos caballeros se acercaban puntuales a confesarse antes. Mas un día se retrasaron algo. Acercóse primero D. Javier Gil, y le oí su confesión. Llegaba entre tanto la hora de la misa, los fieles estaban esperando y decían: —«A ver lo que hace ahora D. Cayo con el Sr. Marqués.» En efecto, acercóse éste al confesonario, pero mirando yo el reloj, y viendo que había dado ya la hora, me levanté, dejándole sin oír su confesión.

Hubo comentarios diversos; unos aprobaban lo hecho por mí, como un rasgo de buena disciplina; otros decían que, tratándose del Marqués de Comillas, podía haber sido más condescendiente. Yo me quedé intranquilo sobre si habría obrado bien, y temía encontrarme con él.

Solía yo comer con los dos los miércoles, invitado a su mesa. Con temor y repugnancia fuí a su casa como de costumbre, y al llamar a la puerta, salió la hija menor de D. Javier, y me dijo: D. Cayo, el Sr. Marqués está deseoso de verle. —¡Buena me espera, respondí, con lo que le hice el otro día! —Al contrario, está muy satisfecho de usted.

Me senté a la mesa.

D. Claudio y D. Javier, hombres de trabajo, para no perder un minuto de tiempo, no se sentaban a la mesa, sino cuando estaban sentados todos los comensales. Entraron, pues, en el comedor; y el Marqués dando la vuelta hacia donde yo estaba, me dijo: «D. Cayo, bien lo hizo usted el domingo.» —«Ya me perdonará, Sr. Marqués, era cosa de disciplina.» —«No hay que hacer comentarios, replicó, hizo usted lo que debió hacer.»

Esta respuesta me dejó tranquilo y admirado. Si aquello lo hubiese hecho yo con cualquiera otro de los veraneantes, aunque buenos, me hubiera levantado una tempestad.

Asombrado de la humildad y espíritu de fe del Siervo de Dios en el sacramento de la penitencia, narra su empleado en Barcelona, Sr. Escardó, este caso: Una temporada tomó D. Claudio por confesor a un simple coadjutor de parroquia, sin atractivo alguno humano, que ni hablar sabía; y a mí me daría repugnancia confesarme con él. Y me preguntaba yo para mis adentros: —¿Pero qué habrá visto el Marqués en ese sacerdote, para tomarle por confesor? ¿Qué había de ver con los ojos claros de la fe, sino al ministro de Jesucristo, con el mismo poder que Jesucristo mismo para perdonar los pecados?

«La primera vez que me pidió que le confesara, escribe el párroco de Almorox, le puse un almohadón para que no se arrodillara en el suelo; pero él con gran humildad le retiró y se puso en el suelo; no se le volví a poner más.»

Cerremos esta serie de rasgos edificantes con el siguiente episodio, que me narró el sacerdote que en él intervino:

Con ocasión de una fiesta había quedado la sacristía de una parroquia, frecuentada por el Marqués, en bastante desorden, y lleno de barro el piso. Al día siguiente estaba el sacerdote joven dando órdenes al sacristán para que arreglara las cosas y barriese el suelo. —¡Cuidado, le decía, que está la sacristía como para recibir a cualquier personaje!

En esto se presenta el Marqués de Comillas, y pide al sacerdote que le oiga allí en confesión.

Después de darle mil excusas por el deplorable estado del suelo, accede a una indicación del Marqués, que le señala un banco de madera colocado en un rincón de la sacristía, que no era precisamente de los más limpios. —¿Pero ahí se va arrodillar el Sr. Marqués?, le interpela

el sacerdote. A lo que respondió el Siervo de Dios con su ademán lleno de verdad y placidez:

¡Para uno que viene a confesar sus pecados todos los sitios están demasiado limpios!

\* \* \*

*Mortificación.* A la penitencia interna, o arrepentimiento de los pecados y humilde confesión sacramental, añadía el Siervo de Dios una continua mortificación corporal.

«Si el ser santo es ser mortificado, el Marqués puede colocarse entre los santos.»

Así hablaba quien vivió con él muchos años, quien fué testigo presencial de su proceder en los negocios y en los descansos, en los viajes y en casa: refería, y no acababa, anécdotas y hechos de los que tejen la vida cotidiana, pinceladas menudas, imperceptibles cada una, pero que en conjunto retratan de cuerpo entero y de alma entera al hombre.

Si el sol o el polvo molestaba, D. Claudio no torcía el rumbo: «es igual». Si salía con otros, el coche más molesto, y en el coche el asiento más incómodo se adelantaba a ocuparlo él; y nótese que forzado por prescripción médica hubo de comprar coche suave, pues el traqueteo le causaba gran daño: y lo hacía sin vender la mortificación, como si fuera gusto. Planeaban una excursión: pues si a cualquier importuno se le ocurría telefonar anunciando su visita, más que su importunidad fuera notoria, don Claudio se quedaba en casa: «Otro día saldremos.»

Si la familia iba a almorzar al campo, casi seguro que D. Claudio perdía el almuerzo, o llegaba tarde: tras cada pobre o tribu de gitanos que se cruzaba en el camino se le iban los ojos, y había de detenerse a hablarles y socorrerles; veíasele nervioso e indeciso entre la caridad y el

deseo de ocultarlo; disimuladamente sacaba un par de duros y los alargaba a escondidas. Era inútil advertirle el retraso del almuerzo: «Lo mismo es: que traigan una botella de agua y tomaremos un vaso.»

Si viajaba solo o sin señoras, le importaba un bledo hallar aposento o no: sobre una mesa, envuelto en la manta de viaje, durmió muchas noches; y en sus propios barcos cedía el camarote de lujo a cualquier persona de respeto, y se tendía en una litera, y aun en camastro de tercera alguna vez.

Diversiones, aun lícitas, las huía; y no por creerlas pecaminosas, puesto que convidaba con ellas a los suyos. Gustábale el teatro clásico, y solía asistir una vez al año; últimamente ni eso, a no ser que lo llevasen sus obligaciones palatinas, y entonces se escabullía al finar el primer acto. Recepciones y saraos ni los daba ni los admitía; quejóse una vez el Contralmirante Montojo de que no iba por su casa: —No lo desee usted, le replicó la Marquesa, Claudio solo visita con el Viático o con la desgracia. Años adelante, las consecuencias del desastre de Cavite (Islas Filipinas), en la guerra con los Estados Unidos, metieron a Montojo en las prisiones militares; allá sí fué el Marqués a consolarle.

Tenía un buen cocinero y mandaba que hubiese siempre preparada comida exquisita para huéspedes inesperados. Pero los manjares delicados que se presentaban en la mesa él no los probaba, sino comía cosas vulgares e insípidas, como pescado y carne cocidos; y aparentaba tomarlo con mucho gusto, diciendo a los comensales: Tome un poco, verá qué bueno está. Sus familiares lo atribuían a mortificación.

Era severísimo consigo, dice la Marquesa de Castellodorsius; y Dña. Dolores Sert: Yo creo que cada comida era para él un sacrificio.

Gayangos añadía: D. Claudio está enfermo de no comer.

Siendo niño, cuenta el Conde de Ruiseñada, en el piso bajo, Plaza de la Independencia, tenía yo encerrado un perro de caza. Un día se soltó, y olfateando subió a donde yo estaba con mis tíos. Me dió vergüenza, pero mi tío, acariciando al perro, me dijo que desde los 14 años había tenido él deseo de tener un perro de caza como aquel, mas se había impuesto el sacrificio de no tenerle. Era muy aficionado a la caza y tenía muy buena puntería.

¿Llegó a practicar verdaderas austeridades ascéticas? Motivos tenemos para afirmarlo, aunque su humildad las encubría.—«Nadie sabe lo mortificado que es Claudio», decía su esposa.

Pasaba él una temporada de relativo descanso en La Nava de la Asunción (Segovia) en casa de su amigo D. Javier Gil. Los señores principales del pueblo solían ir por las noches a hacerle la tertulia, y les llamaba la atención que todas las noches a la misma hora se retiraba a su cuarto de una manera un tanto misteriosa. Picado de la curiosidad el administrador del Sr. Gil dijo: —Pues yo me he de enterar de lo que hace el Marqués. En efecto le sorprendió una noche golpeando su cuerpo con una disciplina.

Tomar disciplina en tiempo de vacaciones un personaje criado en las delicias de la opulencia, y por añadidura afligido por las dolencias de una enfermedad constante, es sencillamente asombroso; y deja columbrar la penitencia que haría en otros tiempos.

\* \* \*

La limpieza del alma, evitar el mal del pecado, he aquí la parte negativa de la santidad. La parte positiva es

*obrar el bien*, practicar la virtud, y practicarla de un modo heróico, que consiste en ejercitarla en un grado más perfecto que los otros fieles que son tenidos por verdaderamente buenos y virtuosos.

Un reguero de virtudes sorprendentes hemos venido admirando en todo el trascurso de su vida.

Las personas que más íntimamente le conocieron, por lo común *heróicas* consideran sus virtudes; y no sólo las poco iniciadas en las cosas del espíritu, sino también las que por su exquisita educación religiosa o por su estado y profesión saben ponderar los puntos de la perfección cristiana.

En concepto de *santo* era tenido en vida; y de *santo*, no en sentido vulgar de hombre bueno, virtuoso; sino de *santo* en el sentido más riguroso de este vocablo, a saber, de un hombre que por sus extraordinarias virtudes es reputado digno del honor de los altares.

Con qué íntima convicción lo manifestaba el H.<sup>o</sup> Víctor, antes hombre del mundo y después humilde portero de la Trapa de Cóbreces (Santander): —Cuando el Marqués pasaba por las calles de Madrid, se le señalaba diciendo: *Es el Marqués de Comillas, es un Santo*.

El Sr. Conde de Romanones, tantas veces Ministro de la Corona y Presidente del Consejo de Ministros, que le veneraba, a pesar de sus ideas tan distintas, se expresa así: Era voz del pueblo, aun entre sus enemigos, que era un santo; y ordinariamente se le llamaba *el santo Marqués de Comillas*.

Refiere el que fué secretario suyo durante 32 años, D. Luis García Cabañas, el siguiente caso: Presentóse el Marqués de la Viesca de la Sierra al Ministro Silvela para proponerle un negocio, y medió entre los dos este diálogo: Pregunta el Ministro: —¿Y será lucrativo ese negocio? —Y tanto, ¡como que entra en él el Marqués de

Comillas! —¿Pero no sabe usted, replica el Ministro, *que los Santos hacen milagros, pero no hacen negocios?*

A este mismo propósito viene lo que cuenta una persona de su familia, digna de toda fe: Celebróse una junta de financieros para tratar asuntos pecuniarios, a la cual asistió D. Claudio y tal vez presidió. ¿Qué cosas les diría que aquellos negociantes salieron llorando algunos?

D. Manuel Arnús, prestigioso hombre de negocios, decía: —Con el Marqués no se puede negociar, *pero como es San Claudio, hay que dejarle.*

Del mismo es aquel dicho hablando con D. Javier Gil. —¿Ha oído usted alguna vez *San Claudio, Banquero?*

Semejante es la frase de su sobrino el Conde de Güell: *No se puede ser santo y banquero.*

Fué a Panticosa con su secretario Gayangos, y se preocupaba de que este no se cayese, tal vez porque su salud no le permitía ciertos equilibrios. El impetuoso secretario amoscado le replicó: —Si me gusta caerme cuando quiera, déjeme. En efecto, se cayó rompiéndose una pierna. El Marqués tan bondadoso le atendió; y Gayangos exclamaba: *Como es San Claudio, no se puede con él* (José Gil).

*Era un santo.* No era de este mundo, decía su veterano empleado Ferrer.

El citado Arnús exclamaba: *Este hombre cualquier día se las carga con un milagro.*

Su sobrino el Conde de Güell, y hoy Marqués de Comillas, decía al P. Camilo Abad, S. I.: *Si hay algún santo en el mundo, ese es mi tío.*

Yendo cierto día en su coche el Marqués por las calles de San Sebastián, de repente le sorprendió un mal agudísimo, y le llevaron a un hotel vecino. De ahí a un rato, sin saberlo, e independientemente del viaje del Marqués, pasó en coche su pariente Satrústegui. Alguien

le detuvo diciéndole: —¿No sabe lo que le ha pasado al Marqués de Comillas? Que le ha sobrecogido un mal agudo, y se halla en tal hotel.—Sin vacilar se encaminó Satrústegui allá. Más tarde, inesperadamente, sin relación con los dos anteriores, y sin saber nada, pasó el Conde de Güell. Le anunciaron el lance, y allá encaminó su coche, hallándose pronto a la cabecera del enfermo. Al verse allí reunidas tan inopinadamente todas aquellas personas de la familia, exclamó el Conde de Güell: *Ya empiezan los milagros de tío.*

Es incidente que narra una de sus sobrinas.

Cierta señora espiritual, que vivió gran parte de su vida con su tío D. Claudio, decía con la más profunda convicción. Si el ser santo consiste en hacer milagros, no diré yo que mi tío sea santo; pero si consiste en hacer siempre y en todo la voluntad de Dios, y cumplirla con toda perfección, yo diré que mi tío *fué Santo*. En toda mi vida no ví en él cosa menos perfecta.

El famoso orador parlamentario Vázquez de Mella, de ideas dinásticas distintas del Marqués, como santo le calificaba.

¡Con qué gracia cerraba su relato la viuda de D. Antonio Correa, Director de la Compañía de Tabacos de Filipinas: *¡Si el Marqués no está en el cielo, ya pueden clavar la puerta!*

El párroco de San Jerónimo oyó de labios del señor Obispo de Madrid al expirar el Siervo de Dios: *Acaba de morir un Santo.*

¡Qué finura y delicadeza la suya!, exclama el sacerdote D. Cayo Martín. Católico de veras, pero con naturalidad, sin afectación. *Un Santo*, al menos lo parecía.

De labios del Rey Alfonso XIII oía su hijo D. Juan hablar del Marqués de Comillas como de un santo.

Esta misma convicción tenían los miembros de la Junta de Acción Católica, según afirma el Sr. Marín Lázaro: Conversando entre sí, cuando aún vivía D. Claudio, recayó la conversación sobre él; y a uno de ellos, creo que a D. Pedro Pablo de Alarcón, le ocurrió esta pregunta: —¿Cómo representarán al Marqués de Comillas, cuando le pongan en los altares? *Porque un santo de levita parece que no pega.*

Cierto que un Santo de levita, y más un Santo financiero, es un milagro. —«¿Quién es este y le alabaremos? porque obró prodigios en su vida», pregunta el sagrado libro *Eclesiástico*, 31, 9. Pues este milagro le obró el Marqués de Comillas.

\* \* \*

No sin fundamento se le puede juzgar dotado por Dios de *dones sobrenaturales* ya en vida.

Aquel «*mal de cielo*», que no puede menos de curar-me todas las enfermedades de la tierra», que él reveló en carta a su hermana María Luisa, ¿no deja entrever cierto grado de oración mística?

Firmado espontáneamente por Su Alteza D. Juan de Borbón y por su Secretario particular D. Ramón Padilla, conservamos el relato siguiente:

Su Majestad el Rey D. Afonso XIII (Q. S. G. H.), contó después de una comida de familia en el Grand Hotel (Roma) en la primavera del año 1940 el siguiente episodio:

En una de las más graves crisis se encontrada el Rey desanimado, y echando de menos a Comillas que se encontraba en Barcelona, exclamó: «Esta vez no vendrá ni Comillas, por estar fuera de Madrid.» En aquel momento se le anunció la visita del Marqués. Como siempre, se le ofreció incondicionalmente y se permitió darle algu-

nos consejos. Al cabo de un rato de despedirse el Marqués, necesitó su Majestad de su colaboración y le hizo llamar. Contestaron de su casa que el Marqués estaba en Barcelona desde hacía una semana... Hizo entonces el Rey telefonar a Barcelona y pudo hablar *personalmente* con él, recibiendo, como siempre frases de adhesión, y lamentando no haber podido acudir personalmente a Palacio como en otras ocasiones similares...

El Rey terminó diciendo que aunque hoy día hay gente que trata de explicar estos fenómenos, *él lo atribuía a milagro*.

El precedente relato le oyeron de labios del mismo Rey, además de otras personas, su hijo D. Juan y el Secretario particular de éste, D. Ramón Padilla, que lo atestiguan; el cual en carta al P. Regatillo añade que la crisis política en que acaeció este caso de bilocación debió ser la de 1917, cuando D. Antonio Maura tuvo que formar el famoso Gobierno Nacional.

Vaya otro caso, especie de revelación sobrenatural que el Siervo de Dios tuvo de la muerte de la esposa del Dr. Ortiz de la Torre, médico del mismo Marqués.

Narróle el mismo Doctor, verdadera eminencia en el mundo de la medicina, a sus hijos, que le refieren así:

El día que murió nuestra madre, 3 de agosto 1919, a las cuatro de la madrugada, llegaba por la tarde a Comillas el Siervo de Dios con su esposa; y al llegar al monte *Tramalón*, distante unos seis kilómetros, dijo el Marqués a la Marquesa: — «Antes de subir a Sobrellano, sitio donde se halla el palacio marquesal, vamos a casa de Pepe Ortiz, *porque Adela ha muerto*.» Este hecho se le refirió la Marquesa a nuestro padre; y nuestro padre nos le contaba como cosa que él con su ciencia no alcanzaba a explicar naturalmente, y que atribuía a un conocimiento habido por vía sobrenatural.

El caso es que, aunque nuestra madre padecía de cirrosis hepática, no parecía entonces que estuviese para morir tan pronto.

Estos hechos ¿no permiten columbrar las gracias celestiales de que estaba adornada su alma?

De ello, como de cuanto pudiere redundar en propia alabanza, guardó siempre el Siervo de Dios el más sepulcral secreto. Graciosamente decía a tal propósito la Marquesa a un amigo: — «¿Conoce usted el misterio de la Encarnación? *Pues Claudio es la encarnación del misterio.*»

Esperemos que la Iglesia emita su juicio sobre tales carismas sobrenaturales.

## CAPÍTULO XXI

### Dulce atardecer

El pensamiento de la muerte fué familiar al Siervo de Dios desde su juventud. Mirábala, no con horror, sino con ojos de complacencia, como portera empuñando la llave de oro del palacio celestial. Lo hemos visto en la correspondencia en la muerte de sus seres queridos.

El día mismo de la boda, cuando todo convida a alejar de la mente pensamientos de última hora, hicieron los dos esposos el convenio de avisarse el uno al otro, cuando llegase el peligro de muerte, para prepararse a bien morir.

¡Ya no quiero ver más, desde aquí al cielo! fué su exclamación, cuando dos años antes vió al Rey de España a los pies del Papa Pío XI.

¡Con qué presencia de ánimo miraba la muerte, cuando se acercaba! ¿No te asustaste ayer? le preguntaron, ante una seria amenaza — ¿Porqué iba asustarme? Para mí la muerte es un simple cambio de distribución de

tiempo. Lo que Dios disponga es siempre lo mejor.

La muerte al fin llegó. Asistía en el Cerro de los Angeles a la solemne colocación de la primera piedra del convento de monjas carmelitas, encargadas del monumento al Sagrado Corazón de Jesús. Soplando un sutil viento de la Sierra, cuando los otros asistentes a la función se cubrían por temor al resfriado, el Siervo de Dios por reverencia no quiso cubrirse. Allí contrajo la bronconeumonía que le llevó al sepulcro.

Apenas el Dr. Ortiz de la Torre hubo diagnosticado la gravedad de la dolencia, la Marquesa le dijo: Claudio, ya sabes que desde que nos casamos nos comprometimos a advertirnos mutuamente el peligro, sin ocultarnos nada. Mira cómo cumplo el triste deber de hacerlo. Desde entonces el enfermo solo se preocupó de prepararse a bien morir.

Dejemos aquí la palabra a su confesor el P. Rodolfo Velasco, S. I., que le asistió en aquellas horas.

«Como fineza especial de Dios para conmigo considero la de haberme encontrado a la cabecera del lecho del buenísimo D. Claudio, y haberle asistido espiritualmente hasta el último suspiro...

En su última enfermedad resplandeció la providencia y bondad de Dios, que experimentó él siempre, como me decía, y por la que se mostró especialmente agradecido hasta el fin de ella.

Tres días puede decirse que duró la enfermedad.

Cuando me avisaron que le fuese a visitar, con llevar solamente un solo día de cama y no dar aún especial gravedad al caso, apenas me senté a su lado comenzó su confesión, como quien veía con toda claridad que se acercaba su última hora; y tal la hizo, como quien se preparaba para morir, quedando del todo tranquilo después de ella.

Comulgó este día.

Su resignación y conformidad con la voluntad del Señor era completa y lo fué hasta el fin...

El Viernes víspera de su muerte, había también recibido al Señor.

Me apretó y besó con cariño la mano al saludarle. Estaba del todo tranquilo en su conciencia. Le encargué que tomase agua de S. Ignacio. Les dije a él y a la Marquesa que, habiendo sido ellos tan buenos siempre para con los hijos de S. Ignacio, este Santo tenía obligación de premiarle con la salud, si le conviniera. El, unido siempre con la voluntad de Dios, solía responder: —*Lo que Dios quiera*. Me añadió que él había tenido devoción siempre a S. Ignacio; que siempre le había atraído mucho su espíritu magnánimo y emprendedor.

En la mañana del 18... el párroco de S. Jerónimo le administró la extremaunción, y él contestaba a las preces del sacerdote. Luego le fué leída la recomendación del alma...

La Marquesa..., de rodillas a la cabecera del lecho iba haciendo la presentación de las personas de familia, que iban llegando, con frases que enternecían a todos. ¡Qué fortaleza la suya, y que magnanimidad tan admirable!...

Cuando comenzó la agonía, ella fué, como lo había sido en todas las horas amargas de su vida, el principal ángel de consuelo, que Dios puso a su lado.

D. Claudio, que conservó el uso expedito de sus facultades hasta minutos antes de expirar, seguía aquellas santas aspiraciones y aun respondía fatigosamente a ellas. Le recordaba la Marquesa que debía entregar a Dios en aquella hora todo su corazón; y él pronto respondía que le ofrecía todo su ser, como siempre lo había hecho.

Le animaba ella a aceptar la muerte con resignación perfecta, y él repetía: —*Lo que Dios quiera*...

Y con cristiana valentía le hacía contemplar el tránsito y aun le quería confortar, recordándole sus merecimientos: —Has trabajado mucho por la Iglesia y la Patria...; has trabajado sin descanso en las obras sociales... hiciste todo lo posible por el bien de los demás...

El Marqués tuvo aún alientos para responder suavemente: —*No lo bastante, no lo bastante...*

Y así le fué repitiendo con gran fervor y sublime inspiración jaculatorias durante dos horas...

Las últimas palabras del moribundo fueron: *¡Sólo en la misericordia de Dios confi!*...

El Señor Obispo le aplicó el crucifijo a los labios diciéndole: Acuértese del Sagrado Corazón y del Cerro de los Angeles, y ofrézcale la vida por su reinado... ¡En tus manos, Señor encomiendo mi espíritu!

El Marqués aún tuvo la fuerza suficiente para dar una señal de afirmación...

Con los ojos abiertos parecía asistir con plena conciencia a cuanto ocurría alrededor, y dirigió una cortés mirada de gratitud a los presentes.

Por fin, cuando... se acercaba el instante supremo redobló la Marquesa sus oportunísimas jaculatorias, repitiendo a los oídos del moribundo: *¡Jesús, José y María, asistidme en la última agonía!*

Ella ocultando sus lágrimas, que al fin vencían su resistencia, puso el crucifijo a los labios de su esposo. Luego lo elevó hasta sus ojos, que quedaron extáticos e inmóviles. Ella misma, cuando el Dr. Ortiz certificó su defunción, arrodillada aún a la cabecera de su esposo, le cerró los ojos, y se sentó rendida y sollozando.»

Hasta aquí el P. Velasco.

El Sr. Obispo de rodillas besó el primero aquellas manos siempre obradoras del bien.

Después de dar el natural desahogo a su profundo

dolor, dijo la Marquesa: Me consta que era voluntad suya que se le amortajase con la sotana de jesuíta.

No es costumbre pedirlo ni otorgarlo; pero el Marqués pedía lo suyo, por haber estado siempre unido con la Compañía de Jesús, y gozar de la bien merecida *carta de bienhechor*, que le hacía participante de todas las buenas obras que se hiciesen en la Orden. Envióse, pues, al Colegio de Areneros a buscar la sotana, y precisamente en la portería se halló una sin estrenar y como hecha a medida para él.

Amortajado, pues, con la mortaja de un humilde hermano lego jesuíta; sotana, fagín, rosario y crucifijo entrelazados en sus manos, le contemplaron llenos de veneración profunda y de dulcísima devoción aquella no interrumpida procesión de personas de todas clases, que acudieron a la cámara mortuoria; no tanto a rogar por su alma, como a venerar el cuerpo de un Siervo de Dios.

Allá acudieron desde los Reyes y la Reina Madre, y el Presidente Primo de Rivera, y los Prelados, hasta las más humildes personas del pueblo; y eran de ver los besos de amor que estampaban en sus manos y en su rostro los que habían sido sus inseparables empleados, como su secretario Cabañas; y eran de contemplar aquellos sus colonos que con las gorras enjugaban las lágrimas que hilo a hilo surcaban sus bronceadas mejillas; eran de admirar las firmas que consignaban en el álbum: «Una persona socorrida por el Marqués», «Un obrero agradecido», hasta un comunista.

Con aquella humilde mortaja salió el cadáver en el entierro más solemne que jamás vió Madrid. El Rey ordenó que pasara delante de su Palacio. Allí desde su balcón hizo oración y con una tristeza inmensa contempló el fúnebre cortejo. ¡Bien puedes llorar! se decía para sus adentros el apoderado del Marqués, Sr. Guasch, contem-

plando el tristísimo ademán de Su Majestad, apoyado el brazo en el hierro del balcón, y la frente sobre la palma de la mano. ¡Bien puedes llorar!, pues se te va el mejor de tus amigos.

El cadáver fué trasladado a su capilla panteón de Comillas. Desde la estación de Torrelavega los caminos atestados de gente que lloraba y bendecía su memoria.

Celebróle en la iglesia parroquial solemnísimas exequias de cuerpo presente el Sr. Obispo de Santander, con asistencia de otros varios Prelados, autoridades civiles y militares; el Seminario, que cantó el oficio y misa fúnebre a su venerable fundador... De allí fué trasladado el cadáver a su última morada.

## CAPÍTULO XXII

### ¡Era un Santo!

*¡Era un Santo!* He aquí la exclamación que por doquiera se oía: en la calle, en los salones, en los tranvías, en las tiendas. Y es cosa que consuela, que pasados los años seguía repitiéndose la exclamación: *¡Era un santo!*

—María, dijo el Rey a la viuda del Siervo de Dios, está segura que a Claudio le veremos en los altares.

¡Y qué ansia tenía el Rey de que se incoasen los procesos de beatificación, para prestar en ellos su testimonio! Preguntando un día a la Marquesa: —¿Qué hay de la causa de Claudio? añadió: —Aquel día he de hablar yo, que tengo grandes cosas que decir.

Esta misma esperanza manifestó a D. Ramón Padilla, secretario de D. Juan: —*A tu tío le veremos en los altares;*

y el mismo D. Juan, en 1940, oyó a su augusto padre que el Marqués sería canonizado.

Ya el mismo día del sepelio manifestaron los Padres Jesuítas su sincero deseo de que inmediatamente se comenzase el proceso de beatificación; causas ajenas a nuestra voluntad obligaron a demorarle.

La fama de santidad del segundo Marqués de Comillas, así como estaba en el ambiente, durante su vida, según arriba consignamos; así perdura después de su muerte.

Recogemos tan sólo algunos testimonios:

El P. Gutiérrez del Olmo, Provincial de la Compañía de Jesús, escribía a la Marquesa viuda: «Tuve la suerte de bajar al panteón en el sepelio y ver los restos venerables del Marqués. La emoción que experimenté al ver aquel *Santo* vestido de jesuíta fué profundísima. Daba devoción verle. El P. Regatillo besó en el cristal (ya que no le era dado besar el cadáver), como se besan las reliquias de los Santos.»

«*Si yo tuviese la centésima parte de la virtud del Marqués de Comillas, moriría enteramente tranquilo*», escribía años más tarde el religiosísimo Duque del Infantado.

El Conde de Doña Marina en pública velada necrológica remató su discurso con esta invocación: «*¡Bienaventurado Marqués de Comillas, ruega por nosotros!*»

El Excmo. Sr. D. Luis Javier Muñoz, S. I., Arzobispo de Guatemala, en la oración fúnebre pronunciada en la Catedral de La Habana, no vaciló en expresarse así:

«Es tan luminosa la estela de santidad que ha dejado en pos de sí el gran caballero cristiano, que no me parece aventurado deciros que bien podéis, en vuestros azares y peligros, en vuestros afanes y dolores, dirigiros a esa alma cuyo poder ante Dios tiene que corresponder a la perfección cristiana, que reguló todos los actos de

su vida. No permiten prudentísimas leyes de la Iglesia tributar a nadie homenajes de culto, antes de que ella, tras severo examen y pruebas irrecusables, lo autorice; pero no veda a la piedad privada que invoque la intercesión de aquellos cuya vida nos da seguridad moral de que ya gozan de galardón eterno.

¿No se le apellidaba ya antes de terminar su vida mortal *El Santo laico*? Pues si alguna vez tal elogio sonaba a ironía de los que no podían sufrir la claridad de sus eximios méritos, expresaba sin embargo la voz de la justicia, que reconocía en él algo más que una honradez sin mancha y una ordinaria perfección moral.»

El Emmo. Cardenal Ragonessi, que fué muchos años Nuncio en España, escribía a la Marquesa: «Yo no he conocido en todos los días de mi vida un tan perfecto y virtuoso caballero como el difunto Marqués. Siempre le tuve en altísima estimación, hasta el punto de juzgarle *un verdadero santo.*»

Su sucesor en la Nunciatura, el hoy Cardenal Tedeschini, en un artículo publicado en la prensa se expresó así: «Con la amplitud de la autoridad y agradecimiento del Papa siento el deber de indicarle al afecto, a la gratitud de cuantos son en el mundo sensibles al bien y a la virtud, donde quiera que llegó el cristiano resplandor *dè esta alma canonizable...*»

Terminemos con el elogio de más fuerza y peso que puede brotar de labios humanos. Nosotros mismos le escuchamos de los augustos labios de Pío XI.

En 1925 fueron más de 200 profesores y alumnos del Seminario de Comillas en peregrinación a Roma. El Padre Santo nos otorgó una audiencia, en la cual se extendió en ponderar la santidad del recién fallecido Marqués. «...De aquel Marqués de Comillas, hoy tan llorado, a quien tuvimos la suerte de ver, oírle y hablarle; y cono-

cer, como era fácil, aquella su piedad, que tan claramente se traslucía en sus palabras y en todo su aspecto, no solamente bueno y piadoso, sino tan alta y místicamente virtuoso, *que respiraba santidad...*»

Así continuó el Papa su elogio, tal que, si el Señor quisiere algún día otorgar al Siervo de Dios el honor de los altares, quizá no le haga encomio mayor el Papa que le beatifique.

Concorde con el concepto de santidad es la devoción que se le tiene, la confianza depositada en su valimiento para con Dios, y los favores atribuidos a su intercesión. Sin prevenir el juicio de la Iglesia, indicaremos tan sólo unos pocos.

El Seminario de Comillas por él fundado, experimentó su celestial protección. El 12 de febrero de 1932, en la velada de despedida que los discípulos dedicaron a sus directores y maestros, al disolverse la comunidad religiosa en cumplimiento del decreto de la república, el Rector, P. Tomás Fernández, hizo público el voto de promover la causa de beatificación del Marqués, si nos conservaba el Seminario. Y en efecto el Seminario se conservó en nuestras manos, a pesar de ulteriores intentonas republicanas. Vino la guerra de 1936, los moradores fueron llevados presos a Santander, y el Seminario quedó en poder de los comunistas. Los desterrados, y sobre todo el mismo P. Tomás Fernández, hacían súplicas al Siervo de Dios; y el hecho fué que el Seminario le recobramos sano y salvo. Las tropas marxistas, al huir perseguidas por el ejército nacional, después de haber quemado el magnífico palacio de la *Coteruca*, se decían: ¿Pero nos vamos sin quemar el Seminario? —Vamos, vamos, que nos copan, respondían otros; y así por providencia de Dios se salvó la institución.

Semejante protección del Siervo de Dios reconoce

el señor Rosales, Director de la Tabacalera de Filipinas, sobre los intereses y el personal de la Compañía en Barcelona. «Desde que empezó la guerra, atestiguo el mismo, fuí rezándole dos veces al día. En nuestra oficina central de la Dirección, tanto el mobiliario, como las Cajas de valores se salvaron milagrosamente del pillaje, del incendio y bombardeos.»—Incendian la contigua iglesia de Belén; en sus ruinas cae meses después una bomba; y nuestro edificio ileso.—Un ataque anarquista para ocuparle y convertirle en fuerte, queda frustrado.—Las bombas caen muy cerca, detrás de la casa y en frente, es decir, que rodean nuestro edificio, causando tan solo rotura de cristales.

Creo firmemente que a su protección debemos el haber llegado al fin de la guerra sin que entre el personal haya habido más que una víctima. Hasta aquí el Sr. Rosales.

*Curaciones* que presentan caracteres de algo extraordinario, podrían referirse no pocas.

El seminarista de Comillas Esiquio Domingo contrajo una peritonitis tan aguda que a toda prisa se le llevó a Santander al Sanatorio de Madrazo. Los Dres. Quintana al auscultarle dijeron: No hay nada que hacer; por decir que se le hace algo, le haremos la operación, pero sin esperanza alguna. Terminada aquélla, repitieron los médicos que no se podía concebir esperanza; por miedo a que el enfermo se les quedara entre las manos tuvieron que prescindir de algunos focos de infección y cerrar enseguida. Hubo momentos en que creyó su pariente, el hoy presbítero D. Marino S. Juan, que se moría.

Aquel mismo día se recibió de Comillas una estampa del Marqués con una oración para alcanzar su beatificación, y se comenzó en el sanatorio un triduo, que hicie-

ron entre otros los padres del enfermo. Después quedó la estampa a la cabecera del mismo.

Después de uno, dos, tres días, los doctores sorprendidos no acertaban a comprender cómo aquel niño podía seguir viviendo; tanto más cuanto que hubo que hacerle otra segunda y tercera operación, para extirparle nuevos focos. Un día las religiosas y el médico dijeron al padre que preparase la mortaja y el sepelio, pues la vida de su hijo se extinguía por momentos. Esta escena se repitió días más tarde.

En fin, que contra las predicciones de los doctores, el niño fué mejorando y recobró la salud. Hoy es sacerdote. Los familiares lo atribuyeron a milagro; y el mismo curado escribe: «Yo tengo como ciertísima la intercesión de D. Claudio en mi curación y a él sigo encomendándome.»

Es encantadora la relación que me hizo el sencillo marinero Federico Seoane, de la curación de su hija de nueve años. Una infección en el vientre la puso a las puertas de la muerte. Rebelde la enfermedad a todo remedio, el médico me dijo: —Hay que sacarla una muela. Con fiebre de 40 y 41 grados se le sacó la muela, sin calmante alguno, ¡y, qué tal estaría la niña que ni lo sintió! Inútil, el mal fué agravándose y el médico repitió: —Hay que sacarle otra muela. Se le extrajo, y nada. Un día a las diez de la noche vino el médico y nos dijo: *Ya no tiene remedio, se muere.* Estaba la niña como agonizante, con la cabeza inclinada sobre el pecho, los ojos vidriosos y relampagueando. Al oír al médico que la niña se moría, me quedé como paralizado, y dije a mi mujer: Ya que no tiene remedio, vamos a rezar al Marqués de Comillas, que como fué tan bueno algo podrá ayudarnos. Así lo hicimos, y la niña empezó a mejorar, y a los pocos días estaba sana.

Dña. N., de la familia del Siervo de Dios, tenía un grave tumor en el vientre; después de la segunda operación, ante la gravedad del caso, hubo consulta de médicos, llamaron para ella al Dr. N., una de las primeras eminencias, el cual pronosticó que la enferma *tenía vida para pocos días*. Entonces su hermana comenzó con ella la novena al Siervo de Dios. Al fin notóse una gran mejoría, y al poco tiempo se hallaba completamente sana. Cuando estaba mejor, vino a visitarla el Director del Hospital Clínico que la había aplicado la radioterapia, y la dijo: —Señora, usted sí que puede decir que Dios la ha curado; porque nosotros, no la hemos servido de nada. Pero la quedarán molestias de la enfermedad. No fué así. Todo desapareció, ni rastros ni reliquias del mal quedaron hasta hoy.

Estos casos no son los únicos, los referimos como muestra.

Otros favores de orden espiritual podríamos narrar, si el secreto no nos lo impidiese.

Esperemos confiados el fallo de la Iglesia sobre la santidad del Siervo de Dios. Entre tanto fomentemos en nosotros y en los demás la confianza en su valimiento, pidiéndole que haga verdaderos y claros milagros, que se necesitan para que el Papa pronuncie la sentencia de beatificación, que le ponga en los altares.

A. M. D. G.

## N O V E N A

para obtener la Beatificación del Siervo de Dios

*(No se hará en público)*

Por la señal...

Señor mío Jesucristo.

¡Señor y Dios mío, que entre las riquezas guardasteis a vuestro siervo CLAUDIO desasido hasta no conservarlas sino para socorro de los pobres; y entre los negocios del mundo, hicisteis de su corazón un foco de intensa caridad para con Vos, de ardiente amor a la Santa Iglesia y de filial reverencia a vuestro Vicario el Sumo Pontífice! Concedednos por sus méritos e intercesión la gracia de seguir sus huellas y virtudes; y el favor que os pedimos a gloria vuestra, honor de vuestro siervo y provecho de nuestras almas. Amén.

*Pídase la gracia especial que se desee conseguir por intercesión del siervo de Dios.*

Padrenuestro, Ave María y Gloria.

Omnipotente y benignísimo Señor, que os gozáis en que vuestros servidores sean aun en la tierra glorificados; concedednos ver pronto en los altares a vuestro siervo CLAUDIO, para que, como en vida mereció ser llamado el *Marqués humilde de la caridad*, así podamos invocarle en el cielo generoso protector de sus devotos. Por los méritos de Nuestro Señor Jesucristo y por la intercesión de la Virgen Inmaculada. Amén.

A. M. D. G.

ADVERTENCIA. Los favores extraordinarios obtenidos por intercesión de este siervo de Dios comuníquense al *P. Eduardo F. Regatillo, S. I.*—Universidad Pontificia de Comillas (Santander).

## ÍNDICE

---

|   | Págs. |
|---|-------|
| <i>Prólogo</i> .....                              | 5     |
| Capítulo I. En la aurora de la vida .....         | 7     |
| Cap. II. Carrera de santidad .....                | 23    |
| Cap. III. Boda feliz .....                        | 29    |
| Cap. IV. Al frente de los negocios .....          | 34    |
| Cap. V. Acción política .....                     | 41    |
| Cap. VI. El gran patriota .....                   | 48    |
| Cap. VII. El hijo fiel de la Iglesia.....         | 55    |
| Cap. VIII. El fundador de la Acción Católica..... | 76    |
| Cap. IX. El apóstol de los obreros.....           | 80    |
| Cap. X. ¡Casa de bendición! .....                 | 94    |
| Cap. XI. El hombre de Dios.....                   | 117   |
| Cap. XII. Vida de piedad .....                    | 132   |
| Cap. XIII. El limosnero mayor de España .....     | 144   |
| Cap. XIV. Limosna espiritual.....                 | 162   |
| Cap. XV. Apóstol de las almas .....               | 174   |
| Cap. XVI. ¡Yo nací para ser pobre!.....           | 183   |
| Cap. XVII. El varón fuerte.....                   | 196   |
| Cap. XVIII. ¡Yo nací para trabajar!.....          | 207   |
| Cap. XIX. Otros destellos de virtud.....          | 210   |
| Cap. XX. Su santidad .....                        | 214   |
| Cap. XXI. Dulce atardecer .....                   | 228   |
| Cap. XXII. ¡Era un Santo!.....                    | 232   |
| Novena.....                                       | 240   |

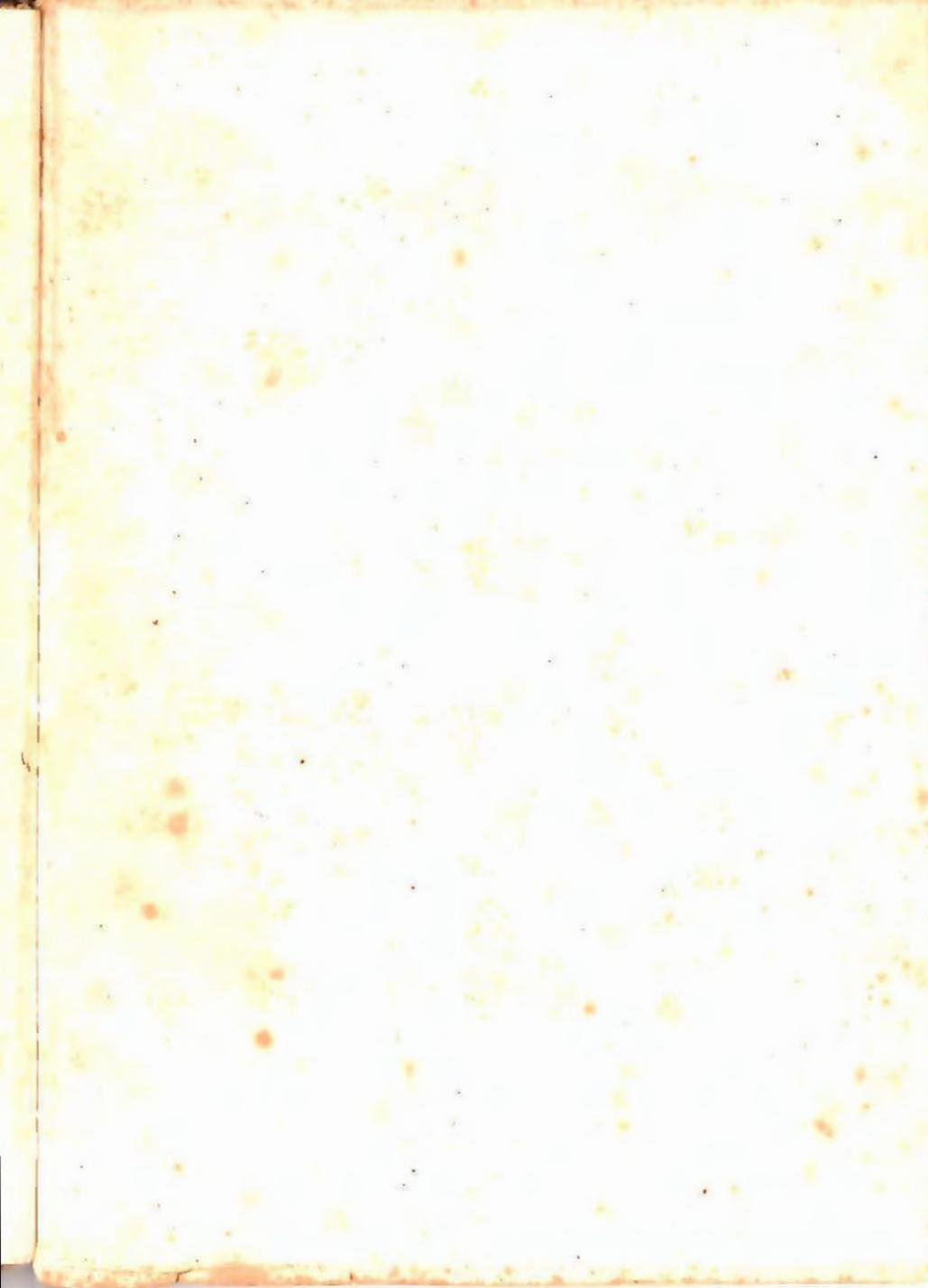
## Algunas obras ascéticas

del catálogo de SAL TERRAE

- LAS INDULGENCIAS, por el P. Eduardo F. Regati-  
llo, S. J. 3.<sup>a</sup> edición. 200 págs. (20 × 14) Ptas. 16
- EL COMBATE DE LA PUREZA, por el P. G. Hoor-  
naert, S. J. 5.<sup>a</sup> edición. 296 págs. (19 × 12,5) Ptas. 16
- CINCO MINUTOS CON JESÚS EN LA EUCARIS-  
TÍA, por el P. Olegario Corral, S. J. 7.<sup>a</sup> edición.  
330 págs. (12 × 9) en tela Ptas. 11
- MARÍA, SUS SÁBADOS Y ROSARIO, por el P. An-  
tonio Arias, S. J. 10.<sup>a</sup> edición. 420 págs. (16 × 11) con  
innumerables grabados y viñetas Ptas. 15
- EL PENSAMIENTO RELIGIOSO DE UNAMUNO  
FRENTE AL DE LA IGLESIA, por el P. Quintín  
Pérez, S. J. 278 págs. (19 × 13,5) Ptas. 18
- SANTOS Y BEATOS DE LA COMPAÑÍA DE  
JESÚS, por el P. Juan Leal, S. J. 296 págs. (16 × 11)  
con cuarenta y dos fotograbados y una cuatricromía en  
la cubierta Ptas. 15
- MI DIOS Y MI TODO (Consideraciones sobre las ver-  
dades de la fe). Por el P. Erico Wassmann, S. J. 130 pá-  
ginas (17 × 12,5) Ptas. 10
- ENQUIRIDIÓN DE EDUCACIÓN CRISTIANA, por  
el P. Dionisio Domínguez, S. J. 342 págs. (21 × 15)  
Ptas. 35

---

*Los pedidos al Administrador de SAL TERRAE  
General Mola, 31 - Apartado 77 - SANTANDER*



PRECIO: 10 pesetas

Editorial SAL TERRE - Apart. 77  
Gral. Mola, 31 - Santander (España)

